

Francisco Muñoz de la Rosa

¿Puede una mirada cambiar el rumbo de un país?



Más allá de
tus ojos

Sevilla en el S. XVII



Ediciones
Alféiza

Más Allá de tus Ojos
Francisco Muñoz De La Rosa



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Krom agency

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*Llegaste como un ángel y como un ángel te irás.
Solo queda hacer un lazo de silencio a tu memoria.
Tita Antonia*

*El alma que puede hablar con los ojos,
también puede besar con la mirada.*

Gustavo Adolfo Bécquer

Mara, extrinsecus oculis tuis

In memoriam Laura Vázquez

In memoriam Eduardo Montes

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

EL AUTOR

“TEMPUS FUGIT”. Esto es lo que me dijo Fernando Iwassaki durante una charla que tuve con él. Exactamente una locución parecida me insinuaron Francisco Narla, a quién admiro considerablemente, y Javier Sierra (Premio Planeta 2017). Significa que el tiempo vuela y que hay que aprovecharlo. No hay más. Tómallo o déjalo. Mucho tiempo atrás, cuando yo era un joven pipiolo e inexperto en la literatura, me hablaron en la misma línea Don Antonio Ortega (conocido profesor de escuela), y Joaquín Ortega, persona hacendosa y virtuosa donde los haya. Haber conocido a Arturo Pérez Reverte, Kent Follet, María Dueñas, Maxim Huerta, Sarah Lark, Nerea Riesco, Juan Manuel de Prada, Juan Ramón Biedma y Ruth M. Lerga, entre otros, es como sentir que se forma parte del vuelo de la lechuza blanca, es decir, si para los tartesios era una bienaventuranza encontrarse con una, me he sentido rodeado por ellas en el lugar en el que anidan. Cuando le preguntaron al autor de la novela “El guardián entre el centeno”, J.D. Sallinger por el noble arte de la literatura, contestó con una pregunta: ¿Para escribir hay que ser escritor? Bueno, bueno... haga usted, haga lo que sea sin hacer daño a nadie, pero haga... tempus fugit. Si se dedica a escribir, escriba, si es usted bombero, apague fuegos o... las dos a la vez; apague fuegos mientras escribe. Pienso que vivir con una ilusión, es caminar, caminar es dirigirse a un punto, y... dirigirse a un punto es buscarlo... si da con ese punto se roza la felicidad, como si fuera el leve aleteo de una mariposa que con el escaso aire que mueve te roza el rostro de vez en cuando. Escribir es escarbar en la naturaleza humana, sacarle la piel a la sociedad...indagar y descubrir lo que hay por debajo de todo lo humano. Si no es así quizás no tiene sentido, no. Cuando se descubre que lo esencial y aparentemente nimio, es más importante de lo que parece, surge un sentimiento que mueve a liberarlo, exponerlo, mostrarlo, reivindicarlo.

Eso es “Mas allá de tus ojos”.

NOTA DEL NARRADOR

Sea verdad que la persona que se presenta ante ustedes no tiene intención de menospreciar su intelecto. Pero por si acaso, yo, ilustre viajante de las Castillas de años gloriosos, quería hacerles saber que muchas de las palabras aquí mencionadas corren el riesgo de no ser entendidas debido al uso cotidiano que hacía de ellas el pícaro de gremio y trabajo bien aplaudido. Es menester que sepan vuestras mercedes que conocer su verbo habitual es conocer parte de sus vidas y costumbres. Que, en esos años de la España de Felipe el Cuarto, era ese pícaro, ese mendigo que podía ser pícaro también, ese alférez que también usaba picardía, o el mismísimo rey (válgame Dios por la afirmación) que rondaba la noche oscura más que los murciélagos, un conjunto disperso, pero unitario, de intenciones un tanto desviadas de las que nos enseñaban los santos padres de la Iglesia.

No por eso se puede decir que la tonsura de los padres dominicos, franciscanos o de cualquiera de ellos no fuera buena muestra de una imagen que entonaba una cancioncilla de buena voluntad, al margen de que bien saben las brujas o Belcebú, hay algún que otro padre sentado a la derecha del Padre, pero que por la inclinación de su cuello está más presto a ver las enaguas de las devotas feligresas que a seguir los ritos sacerdotales.

Esta historia me la contaron en los alrededores de palacio y no quieran saber vuestras mercedes quiénes eran los “sopladores”, que esos que tienen la libertad de contar (aunque sea bajo presión de las altas esferas del reino) son palomas que vuelan errantes como trovadores de plaza y no deben por eso (válida la expresión de paloma) acabar en la cazuela con una saeta clavada y aderezada de tomillos y vino turco. Ya expuestas las razones de esta charla, quiero hacerles saber que en estas páginas encuentran también una breve nota de cada palabra para consulta. Es mi deseo que sea de agrado esta lectura.

La paz sea con vuestras mercedes.

Capítulo 1

Aquella luz se apagó en ese preciso instante.

El sigilo se hizo amo de la oscuridad.

Era tarde para reaccionar.

Isabela, antaño de piel carmesí, rostro pulido por el agua de rosas y uñas engalanadas con alheña, cotejó que la venda que le cubría sus ojos aguamarina no le dejaba ver más allá de su intuición. Ahora, perlada de inquietud y sin vislumbrar nada, se encontraba somnolienta y alicaída por el viaje que la había llevado a estar ensogada a una silla de osamenta pronunciada y lenguaraz en su quejido. A decir verdad, no recordaba nada. Lo último que anidaba en su testa era el palacio del rey Felipe el Cuarto y su inconfundible aroma a pan de oro. Andaba a tientas por el regusto a poco lustre que le provocaba aquel lugar. Podía esmerarse en chistar a las chinches que pululaban por allí, retorcerse en mil vueltas y acabar pareada en la misma situación, y, sobre todo, enfiar con su lengua befas mordidas de villanía que no habría oído que las escuchase.

El olor ratero que emanaba de la estancia bien pudiera parecer de uno de esos estaribeles para condenados de la Inquisición. Aquella tostadera auspiciada por los clérigos era un juego de naipes que no quisiera cavilar. Aun así, rumiarlo le provocaba una zozobra indecible porque los bisbiseos que volaban en torno a las ordalías que practicaban con los reos eran estremecedores. Ese primoroso pañuelo que tapaba sus labios no le permitía hablar, desahogarse, vocear a los vientos que no sabía por qué demonios estaba allí, enjaulada como un periquito al que se le cortan las alas. Aunque podía catar a palmos cortos el efluvio del currusco tostado (y bien que le aullaba el vientre), percibir la fragancia de las margaritas casi mustias y oír la madera que se deshilachaba en el techo, aquello no le convencía del todo. El batiburrillo de olores era tan acusado que no sabía qué entuerto había hecho presa de su persona por mucho que quisiese. Para bien o para mal, ¿cómo era

posible que fuera lozana la tela que libaba sin querer en su boca? ¿Era una cárcel para mujeres como ella? Quizás se estaba engañando a sí misma. La seguridad que tanto trabajo le costó laborar durante mucho tiempo la envolvió de una duda que no acababa de resolverse. Quería creer que el lar perruno y benevolente al mismo tiempo pugnaba por recibimientos diferentes.

Una mano le quitó el trapo que obstruía sus labios, otra le atusó el pelo, y una voz gutural se adueñó del silencio.

—Marrana —aulló una garganta cargada de arrechucho—. ¡Te voy a sacar las tripas para echárselas a los perros callejeros!

Ella quiso sollozar, pero no pudo. La oscuridad que moraba en su rostro se había tornado ama de su resuello. Solo esbozó un lamento cargado de brío desesperante.

A Martín le iban a pagar con bastantes doblones la tortura de esa bella mujer. Le habían ordenado que le cubriera la cara de aceite hirviendo y que después la soltase en medio de los campos cercanos a la muralla de Sevilla. Allí, en aquellos lugares preñados de oquedad, quedaría suelta Isabela cual cachorro inmundo de una perra encelada. Su rostro valía lo que cien cañones de bronce de la guerra de Flandes. Esa deducción hecha por Martín bien valía la pena pensarla, porque era su cara lo que la había traído hasta su regazo. Se tendría que asegurar de que el pellejo que surcaría su cabeza quedara hecho hilo y lleno de aristas, moldeados por el odio y la marca de la venganza. La verdad era que Martín desconocía el atropello que había causado Isabela. No obstante, tendría que hacerle saber que no estaba el viento a su favor... por lo menos de momento. Y ya hacía bastante tiempo que Juan el Arriero, como le llamaban, procuraba no dar pistas sobre los mandones encubiertos que le encargaban las bregas sucias. El maldito Juan lanzaba los cantos y escondía su mano sebosa, una mano que solo enseñaba para soltar los maravedíes, plata o reales para pagarle. Ni un ardite castellano ni nada más. Solo el peso acordado y justo para los matones que se subordinaban a él. Pero a Martín eso le importaba poco... hasta ahora.

Unos nudillos descarnados golpearon en la puerta con insistencia.

—¡Óyeme, Martín! Te recuerdo por tus tripas de paja que me debes veinte maravedíes todavía. ¡No te hagas el bragado o llamo a mi primo el bederre!

Sin acercarse demasiado al vano, Martín susurró sobre la madera que se interponía entre ellos.

—¡Cascarilla! Tengo un trabajo por delante. ¡Vete de aquí o me haré una red

de pesca con tus pelos!

“¡La Cascarilla otra vez!”, murmuró Martín; “¡Ya podría irse a hacer remiendos al convento de Santa Clara!”. Se aseguró de que la cotarrera volvía sobre sus pasos y guardaba el oportuno silencio. A continuación, se lavó las manos sobre una jofaina y se sentó sobre su silla huesuda favorita: la única que había. La mesa de fresno salpicada de guisantes parecía reírse de él. Y es que el lamento que emitía cuando apoyaba algo sobre ella era lo suficientemente acusado como para no pensarlo con zampoña. Al meterse la mano en el ropón para buscar un cacho de algo con que compensar el equilibrio del mueble, se acordó de que los ratones habían hecho de nuevo un desaguisado sobre la ropa avejentada. Inmediatamente pensó en hacerse con un gato. Luego, tras meditarlo, decidió no hacerlo por el dispendio imposible que supondría a aquella vivienda de la collación de la Macarena. Un candil mendicante de aceite parpadeaba apocado de luz, sombreando la bella nariz de la secuestrada sobre la pared picoteada. Se acercó al ventanuco y sus nasales se movieron por el rezumo de la calle a humedad hiriente y estiércol de caballos. Desgranaba la cáscara de guisantes en la mano derecha, y el agua para hervirlos en una cacerola herrumbrosa le avisaba de que su estómago quedaría saciado esa noche. Castañas y bellotas robadas el día anterior aguardaban a que su nuevo propietario las desmenuzase para Cotone, su gorrión. El carbón había viajado más que los galeones de Manila en las manos de Martín. Le costó un esfuerzo enorme ir camuflado como un murciélago bajo la noche a la carbonería de José el Carbonero y que este no echara en falta varios trozos de ese anhelo de cobijo para las noches de frío.

El invierno había sobrevenido pronto a la Sevilla de 1627. Los campesinos sufrían los azotes de Dios con la esperanza de que los obispos, curas y párrocos enmendaran el temporal de lluvias que había hecho destrozos en las plantaciones de las haciendas cercanas el año anterior. Hubo algún que otro loco esmirriado besando la cruz del Santísimo bajo la noche. La última riada fue descomunal y dejó vestigios en toda la ciudad durante el año siguiente. La hogaza de pan había subido su precio al doble de lo habitual. Se había prohibido el tránsito de coches por toda la urbe a causa del agua que anegaba. Más de ocho mil casas fueron dañadas por las tormentas que cayeron con persistencia durante varias semanas. Destrozada quedó también la aduana y la fábrica de palo de Campeche, que se situaba junto a la Torre del Oro. Entre los derribos se encontraban innumerables molinos de trigo que hicieron subir

el coste de la molienda de la saca de seis reales a treinta. Envalentonados con el agua circundante, los barqueros-ladrones que viajaban por el entramado de la ciudad consiguieron hacer robos impensables hasta esa fecha. Se hizo popular la figura del “ganapanes”, jovenzuelo rufián que cometía hurtos haciendo favores al margen de la ley. Los fámulos robaban más que los ponzoñosos ladrones que asaltaban a clérigos tocados por la gracia divina. A muchos de ellos se les amenazó con el potro inquisidor, lo que provocó auténticas risotadas entre los párrocos de andorga rolliza por su afinidad a la Santa Madre Iglesia. Ya años antes, aristócratas de medio pelo, remilgados pero famélicos, disimulaban con acierto su capacidad para gastar cuartos de plata llegada de la América lejana. La continua pugna por adquirir títulos nobiliarios provocaba ensañamientos en muertes nocturnas, hurtos por doquier y un aroma a sangre fresca entre las reuniones de la ciudad. Los ladrones lograban escapar con más frecuencia de lo debido de las manos de las autoridades. De poco servía que el garrote vil estuviera engrasado con aceite y se pregonara por los bederres de aquí a allá por todas las callizas de Sevilla. Los sobornos por las especias, la reciente subida de precios ocasionada por el vellón de plata y las emigraciones en busca de una nueva vida a la América de Picolominus alimentaban el trasiego de retruécanos sucios desde la entrada y anclaje de galeones en el Arenal hasta las innumerables puertas que recorrían la Sevilla del siglo XVII. El asistente de la ciudad, Fernando Ramírez, era acusado de no tener la ciudad preparada para las inundaciones, y el pueblo gritaba a su paso la misma locución continuamente: “Arrojarle de ahí merece el que nos tiene destruidos”.

Martín era parte de esa trabazón muy a pesar suyo. Su vida había sufrido un barullo total a raíz de la muerte de su padre, el añoso cocinero del duque de Medina Sidonia. Y no le servía de nada que aquella ciudad avivara con hablillas nuevas de bienaventuranza tres años atrás ante la llegada de Felipe el Cuarto. Las nuevas promesas del conde- duque de Olivares resonaban hasta en el más mínimo ahuecamiento de aquellas calles por dónde él paseaba su cara transformada en lobo; preñadas de prostitutas hambrientas, murcios con incierto venidero, artesanos de manos callosas, vendedoras de futuro con ramitas de romero, arrapiezos con la mordida del hambre en su barriga, soldados retirados de la guerra con marcas cinceladas en sus cuerpos, mozos de mulas, cómicos trashumantes de tres al cuarto y poetas remendones.

A pesar de todo, Martín había conseguido hacerse un nombre en aquel

entramado de traiciones. La última vez que le pagaron fue por ajusticiar con una paliza a un judío apergaminado. Tirar de la manta de la Iglesia de Santa Catalina suscitó que las piernas azogaran más de lo debido para judíos escondidos tras un embozo de cristiandad. Que no era Martín matón de pega, acostumbrado a meter el miedo ajeno para disimular el propio. Aquello formaba parte de años atrás, antes de que el consejero del rey, Luís de Aliaga, mandara expulsar a los judíos de España. En este caso, no le costó esfuerzo alguno sacarle sangre de su brazo diestro como le habían ordenado, ni retocarle el mentón a puñetazos y, sobre todo, morderle la lengua en un lazo de silencio para que no hablara más de la cuenta. En ocasiones, no sabía cómo era capaz de llevar a cabo las ejecuciones por las que le apoquinaban bien. Y recordaba con añoranza los años junto a su padre cuando de niño le hacía probar las viandas antes de entregarlas a la cocina del duque Medina Sidonia. Guardaba en su sapidez la memoria de esos sabores. De alguna forma, le colmaban el vientre con solo recordarlos. La carpanta era más inteligente de lo que Martín imaginaba. Aquello era el pasado. Ahora tenía frente a sí a Isabela.

—¡Cotone! —gritó Martín a su gorrión.

El pájaro se ovilló entre sus plumas y se acercó a la brasa de carbón para recibir calorcillo. Su humo, previsto de antemano, era desviado a conciencia por las manos del joven. Pero el suave paseo de sus patitas le hizo sonreír y maldecir. Era su amigo, su único amigo en aquella vida que le había llegado con los años. Cogió sus alas y las desplegó para cortárselas con unas tijeras de hierro desportilladas. Al adivinar Isabela el ruido de las patitas y el nombre coreado por su secuestrador, un hilo de conmoción avivó las ascuas de su aliento. Pensó que tal vez ese hombre no era tan sañudo como imaginaba en principio. Y es que aquel silencio era eterno, tanto que los carruajes que pasaban cerca del ventanuco parecían mudos. Tan solo un leve fluido de céfiros silbantes racheaba por debajo de la cancilla de entrada.

Con una castaña en la mano, Martín se entretuvo en deshacerla en diminutas piezas para Cotone; le acariciaba el pico y procuraba no hacer más movimientos delatores de los que podrían aparecer. Se sentó en la silla y enjugó con la imagen de la secuestrada sus ojos. Estaba tan bella como cuando era niña. Sí. No había duda de que era ella. Podía desenmascarar los ojos rutilantes, espigarle el pelo ensortijado y hurgar en su armonía, descubrir de nuevo su sonrisa eterna y bosquejar una estrella con su aroma inconfundible.

Ella no lo conocía. No se acordaba. Él no quería que lo reconociera. Así pasó la tarde antes de que pensara qué hacer con Isabela. Antes, le dio a mordisquear una manzana casi pútrida por encima de la venda que cubría su boca. Le susurró una orden de silencio y apagó el velón ajado por su descuido. Martín no comería nada más esa noche.

Capítulo 2

Recordaba, cuando era un niño, el trabajo que le costaba distinguir las frutas y verduras por el color. Esa enfermedad, decía su padre, era una inquina ordenada por el Santísimo, pues al morir su madre en el parto, quiso Dios dejar una huella en él de aquel desasosiego. Lope de Guzmán, su padre, le había enseñado a diferenciar las vituallas por otros nombres. Así era como Martín tocaba a las cebollas con sus dedos y las llamaba las plañideras, marquesas a las patatas, el distinguido perejil, el bienaventurado rábano y corazones a las castañas. No era de extrañar que, tras la defunción de su padre, los colores, aquellos que no diferenciaba, le obligaran a valerse de las manos para llegar a tener una capacidad especial con ellas. Y fue un auténtico desconcierto cómo de la noche a la mañana siguiente su padre fuera enterrado en un mar de claroscuros sin entender absolutamente nada. El Hospital de la Caridad de Sevilla se hizo cargo de Martín. Antes de cumplir los doce años, salió disparado de allí con solo un par de maravedíes robados a una monja impertinente y unos calzones que bien pudieran servir como costal de trigo.

La incapacidad del niño hacía sonreír a la niña Isabela más de lo normal.

—¿De qué color son mis ojos? —interrogaba con sorna Isabela.

—No te rías de mí. Sé que los tienes aguamarina. Mi padre me ha dicho que me pondrá unos anteojos y podré vértelos bien —replicaba Martín.

Aquello era un recuerdo que él quisiera vivir. A veces pensaba que solo se vive de verdad cuando se es niño y que el mundo de los mayores solo es un arcoíris que no se acaba de ver. La muerte de Lope de Guzmán los separó como la luna y el sol... hasta el día en que la secuestró sin conocerla. Y Martín tomó una decisión que bien pudiera costarle la vida. No podía hacer la cusca con Isabela. No. En ese momento quizás fuera su único aliento en el porvenir que se avecinaba. Ella formaba parte de su infancia. De aquel juego entre las calles, del primer clavel que besaron sus labios, de las carreras entre fogones en la cocina del duque y de tantos recuerdos como su mente podía imaginar. Había decidido sortear las órdenes de Juan el Arriero y abrirse paso como “ganapanes”, murcio o sabe Dios. Quienquiera que pudiera ser objeto de

ratería para ganarse el pan para él y para Isabela sería bienvenido. Pero no podía dejar sola a su secuestrada y pensó que tal vez la Cascarilla pudiera ayudarlo.

Esa mañana se había despertado con suaves lloviznas que se colaban entre las ropas. Esto hacía que el hedor de las calles cobrara aliento y medrara como fuego de ascuas de carbón. Había gente que observaba el cielo amén de santiguarse. Buena parte de los barqueros habían decidido no salir con la barca ese día. Temían que una nueva racha de lluvias inundara de nuevo la ciudad. La posibilidad de robar mermaba los días de agua. Ante eso, la cruz del crucificado se colocaba en todas las casas y corrales de vecinos. Eran pocos los que asomaban el gáznate por las ventanas; de hecho, las mozuelas que buscaban un ajuar jugoso para su dote no se veían como era habitual en ellas. La acumulación de mozos en el Arenal para cargar y descargar mercancías era mucho más acusada de lo común. Y era una mala noticia para Martín que la mancebía del Compás hubiese sido cerrada poco antes. “¿Dónde demonios se habrá metido la Cascarilla?”, musitó Martín antes de salir de la Macarena.

Dejó dormida a Isabela, cruzó la puerta del corral y se ajustó el cinto donde guardaba la navaja vizcaína que le resolvía conflictos. Se dirigió en seguida al bodegón de la calle Feria y allí preguntó por la Cascarilla.

—Me debe un favor aquí —dijo el posadero de nariz tintada por cuartillos de vino de Montilla, señalándose el sexo.

—Anda mareada por las nubes —contestó un tragafuegos acodado en la posada con cara de fámulo arrepentido.

—Yo me he cruzado con ella en la plaza de San Marcos —informó un alguacilillo con faz de matachín al que Martín intentaba no mirar de frente. De todas las respuestas, la del último le producía más respeto. En efecto, al llegar a la plaza, la Cascarilla estaba agarrada a un naranjo mientras pimplaba de una botella de ron.

Era mujer de tientos continuos con el alcohol, pómulos granates y guedejas pardas. Una suave cascada de huesos le recorría el cuerpo tamborileando las carnes escasas, adornada con numerosas verrugas; la más significativa, aquella que hacía de saliente en la nariz redonda y que parecía tener vida propia.

Las tragaderas que aguantaba Martín con la tusona eran dignas de elogio.

—Bebe —le ofreció la prostituta al joven con trapío, reconociéndolo con su

vista nublada—. Esta es la bebida favorita de los piratas —rio a carcajadas enseñando sus dientes ennegrecidos.

La sujetó por las axilas mientras recibía el aliento nauseabundo de su boca.

—¿Ya estás otra vez igual?

—Me debes veinte maravedíes. Ayer estuve en tu casa —dijo asegurándose el piso de sus chapines desflecados.

—Si no me haces un favor, no te puedo pagar.

La Cascarilla se quedó mirándolo atónita intentando averiguar en sus palabras lo que su cabeza no era capaz de interpretar. Era un pardillo para ella. O por lo menos así cuajaba sus palabras para envilecerlo y quitarle la flema que era normal en él. En ese momento Martín se mostraba ahigado para sacarla de los remiendos de aquella cocina del infierno que era la calle.

—Sevilla es un pañuelo. ¿Qué diantres quieres? ¿Pueden más dos mamellas que dos centellas! —gritó agarrándose al guardacantón de la esquina.

Las medias vueltas que daba la prostituta bien pudieran parecer una de esas sevillanas que se bailaba en la ciudad. No obstante, Martín no sonreía.

—Necesito que vayas a mi casa y que cuides de mi prima unos días mientras yo busco tajo en el Arenal.

—¿Cuánto me vas a pagar? ¿Tienes plata nueva? ¿Has hecho otro trabajo de los tuyos?

—Claro que te pagaré.

Mientras le quitaba la botella de ron a regañadientes, Martín de Guzmán intentaba que la cotarrera no se fuera de bruces al suelo. Y trabajo que le costó. La mantilla que la identificaba en los lupanares se enredó entre ambos dando la impresión de que eran unos jóvenes amartelados bajo la lluvia. Eso le tranquilizó lo suficiente como para pasar desapercibidos ante las miradas de los demás. Se cruzó con José el Carbonero, que le lanzó una mirada acusatoria, y con algunos vecinos que se conocían la historia al dedillo. No era la primera vez que Martín sacaba a la Cascarilla de paseo a buen recaudo. Fue ella la que le regaló a Cotone, su gorrión. Y también fue la que le facilitó la vivienda en la Macarena. De alguna forma, la ramera le daba aliento para reñir con la vida de vez en cuando. La ligazón entre ellos bien pudiera ser digna de jácaras entornadas por autores de adecentada condición. Ahora, las vicisitudes le habían traído a Isabela a su lado. Y él se lamentaba con impotencia del sino incierto que se le venía encima.

A duras penas pudo subirla al piso donde se encontraba su raptada y hacerla

retozar junto a su secuestrada. La prostituta se quedó dormida en el momento en el que Martín la tapó con una manta de lino y le arrimó el resol del brasero de carbón. La enjugó con agua fría de una jofaina y le provocó tiriteras rápidas. En corto espacio de tiempo tenía los ojos como platos. Se quedó escrutando a Isabela con sonrisa entrecortada.

—Tu prima, ¿no? —jaleó la tusona.

Isabela a esa hora temprana de la mañana dormitaba, atada a la silla con el mentón caído. Solo se escuchaba el trino de Cotone al acercarse a su dueño.

—Vamos, que tenemos faena —le susurró al gorrión mientras el pajarillo se acomodaba en el dedo índice de Martín.

Cuando Cotone llegó a las manos de Martín, el pájaro apenas comía. Su nuevo dueño tras pasar por la casa de la Cascarilla consiguió que se hiciera un medrado de mancha negra en el buche. Lo alimentó con restos de hogazas de pan de centeno que conseguía del Hospital de Santa Marta. Ovillado casi siempre, buscaba el calorcillo de su ropa a menudo. Y Martín había conseguido tanta fidelidad en él que, cuando lo llamaba por su nombre, acudía a la primera voz.

—Todo por ti —le murmuró a Isabela en el oído sin que ella reaccionara.

Allí dejó a la prostituta digiriendo el alcohol junto a Isabela. Ella entendería enseguida el trabajo que tendría que hacer Martín. Seguramente le daría a beber un buen sorbo de la botella de ron añejo y le diría que no se acobardara. Con eso contaba él. Sí. La Cascarilla sabía que cuando Martín le hablaba de una prima o un primo era una situación que conocía. Y podía alejarse tranquilo hasta que las luces del sol pasaran a tomar parte del mediodía de la ciudad.

Metió a Cotone en hatillo y el pájaro se deslizó hasta hacerse un hueco en el fondo de un rinconcillo acogedor. Le dio una pepita de pan para amansarlo.

Andaba rápido por las calles. El frío se le colaba a esa hora por las muñecas de la ropa raída. Un pañuelo que cubría su rostro y un sombrero de fieltro negro conseguido una noche de luna llena eran todo su atuendo. Sus borceguíes de medio talón reclamaban alimento en las punteras. No le importaba en absoluto. Ese fresquito que iba a más por los agujeros le daba alas para caminar con arreo considerable. Cruzó la plaza de San Francisco y luego recorrió las gradas hasta el Arenal. Una vez allí, echó una ojeada al puerto.

Hacía poco que había anclado un galeón, y sus mozos estaban deshaciendo

las mercancías que llenaban la tripa del barco. Cerca del lugar hormigueaban negros, mestizos, egipcianos, golillas, algún ministril y escribanos de media tinta. Una algarabía de mozuelos llevaba sobre su hombro costales de trigo, centeno, todo un monto de arrobas de especias de todo tipo y algunas piezas de oro, plata, mantones y telas de lugares exóticos. Se acercó al tipo que ordenaba los trabajos con la intención de ganarse unos cuantos reales. El hombre, con cara barbispesa, lo vio acercarse.

—¿Vienes de parte de alguien? ¡Si no es así, vete a freír huevos a otra parte! —ladró el encargado de los mozos.

Martín frunció las cejas y su boca quedó muda.

Varios mozos de cántaros y aguadores recorrían la orilla del Guadalquivir. Los manteros lavaban la lana junto a cesteros, esparteros y cordoneros. Niños de baja ralea hurgaban en los cestos abandonados recorriendo la mordida de la orilla. Cualquier descuido provocaba un galleo entre los carros tirados por jacos y los caballos de señores que transitaban la zona.

—No sé por qué insisto —murmuró y se dio media vuelta.

En ese momento su costillar y su cara dieron un golpe seco contra un joven de aspecto recio, que se quedó clavado al suelo de piedra.

Martín lo observó de abajo a arriba. Medía varios palmos y llevaba unos borceguíes bañados en manteca de caballo, un cinto desaliñado y una capa que le cubría medio rostro.

—¡Ten cuidado con el hijo del pirata! —le advirtió con voz gutural el otro.

—¿El hijo del pirata? —respondió Martín sorprendido.

—Mi tiempo es oro. ¡Quítate de mi camino!

—¿Qué dices de oro?

Ricky Hawkins resopló, se ajustó el sombrero a la cabeza y tomó el camino hacia delante sin mirar atrás.

—¡Espera! —exclamó Martín— Puede que te sea de ayuda...

Hawkins volvió la cabeza, mudó una media sonrisa y siguió caminando.

—¿Eres pirata de verdad? —gritó Martín.

—¡Maldito sacapellejos! ¡No grites a los vientos nada! Solo puedes ayudarme si puedes conseguir oro de la suciedad.

Ricky Hawkins se quedó observando a Martín con ojos de búho. Tardó varios minutos en dar un veredicto sobre la categoría de su interlocutor. Después de ese tiempo, concluyó:

—Solo eres un ladrón de pocos cuartos —dijo en tono seco y distante—. Y

siguió caminando.

—Quiero oro. Soy habilidoso con las manos, tanto que podría reconocer tu cara con solo tocarte la quijada.

—No me sirves. ¡Déjame en paz!

—Tengo contactos importantes —añadió con súplica Martín. Ricky Hawkins se paró y miró hacia atrás—. Sí. Podemos ser dos. Créeme...

—Si me fallas, tengo una espada toledana que te abre en dos de un molinete —se quedó un momento escrutando el aspecto de Martín—. ¿No serás tú un enviado por algún corchete para enjaularme? Soy nieto de John Hawkins e hijo de Richard Hawkins, apresado en el castillo de San Jorge hace unos años, e hijo de una deshecha doncella. Te aseguro que puedo tumbarte solo con mi cazoleta de gavilanes. Aunque me subas a un potro de la Inquisición, te doy certeza de que tengo huevos para levantarme y medio muerto ponerte a criar malvas en Carmona —le aclaró al oído.

Pensaba Martín que aquel personaje nacido de las obras de Lope de Vega era más fanfarrón de lo que su apariencia advertía a un primer vistazo. A pesar de todo, no tenía nada que perder y mucho que ganar.

—Soy como tú —repuso Martín mirándolo fijamente.

—No juegues a los naipes conmigo, te lo advierto. Tahúr soy desde que abrí la molleja para tragar los primeros chicharrones. Me conocen los vientos, las espadas, las ratas; soy amigo del diablo, de las brujas y de medio centenar de tramposos de la ciudad —consignó Ricky Hawkins.

—Estamos en el mismo bando. Te puedes fiar de mí. Mil cañones de Flandes a que no te traicionaré.

—¿Qué me ofreces como garantía?

—No tengo dineros, pero puedes probarme si quieres.

—Mañana al anochecer estaré en el alminar de la torre. Veremos qué puedes hacer —concluyó.

Martín aceleró sus borceguíes de medio talón y enfiló las calles hacia el corral de su cuarto. Allí, sin más, seguirían las dos inquilinas nuevas retozando una nueva amistad. Pensaba que quizás su vida diera un vuelco importante en mejor sentido. Nunca había escuchado hablar del hijo del pirata, y por supuesto que era normal que le negaran trabajo en el Arenal. Serias dudas tenía sobre la condición del hijo del pirata. A tal fin su cabeza hilaba ideas contrariadas. No obstante, poco iba a perder si iba a la cita con Ricky Hawkins.

A esa hora de la mañana debía ir a por pan al hospital de Santa Marta, pero quería asegurarse que tanto la Cascarilla como Isabela seguían pacientes a su regreso. Cruzarse con los alguaciles le hizo doblar la cara. José el Carbonero volvía a quedar pétreo a su presencia. Todavía olía a churrusco el cadalso de Tablada donde fueron ajusticiados varios reos. Le conmovía tanto pensar en caer bajo las manos de las autoridades que decidió taparse el rostro todo lo que pudo. De nada le serviría si algún ganapanes lo denunciaba con algún rasgo de certeza. No era la primera vez que Martín escapaba de la muerte y de los inquisidores. Así que se convirtió en un soplo de aire fresco el haber conocido al pirata quien fuera.

Al entrar en el corral la puerta estaba abierta como de costumbre. Cotone reclamaba algo de aire y se preparó para soltarlo de nuevo allí. La venda que cubría a Isabela estaba en el suelo junto a la silla y la cuerda. Una bocanada de alcohol le golpeó en la nariz. Al fondo, el ventanuco abierto hacía silbar el viento que entraba con fuerza. Reclamó el nombre de Cascarilla, el de Isabela, y nadie respondió. El silencio se enredó en el lar. Fue a la letrina del corral y encontró la botella de ron de la prostituta. No había nadie en los aledaños. Finalmente, tras la maceta del patio, un hilo de sangre fluía por el suelo de arena. Se acercó. La Cascarilla yacía inerte con un chirlo en el cuello. No pudo preguntarle qué había pasado con Isabela.

Capítulo 3

Rápidamente, Martín cogió el cuerpo de la Cascarilla y lo envolvió en una manta de lino. No sabía qué demonios había ocurrido, pero lo primordial era deshacerse del cuerpo de la prostituta. Con mucho esfuerzo la subió al piso para enterrarla de noche a las afueras de la muralla. Después de examinar el feo corte en el cuello, se entretuvo en limpiar los restos de sangre que salpicaban el suelo. Una mirada apareció por el alféizar de una ventana. Era reconocible. Se trataba de Pedro el Egipciano, un pingajoso venido a menos que mostraba curiosidad por lo que ocurría. Trasteaba un bulbo de ajo dándole vueltas para decidir en qué lugar le atizaba el diente. Martín se lo dijo todo con la mirada: “guarda silencio y ahora hablamos”; fue su mueca. En el piso no había restos de Isabela. La puerta estaba rota, desmenuzada con un garrote. El ventanuco de cristal hecho añicos y solo quedaba un leve ribete de lo que era la silla. Allí había habido una lucha y su secuestrada parecía haberse escapado o sido capturada de nuevo por alguien. Bajó al piso de Pedro el Egipciano y llamó a la puerta con sus artejos hechos piedra por el frío.

—¡Hideputa, márchate de aquí! —gritó Pedro el Egipciano.

En realidad, la relación con ese vecino y con el resto del vecindario era escasa o nula. Más aún cuando el trasiego por aquellos pisos añosos era solo un enlace con otros asuntos. Todos sucios. Y Pedro el Egipciano era un alquilado de hacía pocos meses en aquella collación. Desde que Felipe el Cuarto prohibiera la profesión de herrero a los egipcianos, Pedro, mañoso con la ganzúa y hermano cofrade de los Apóstoles, se había visto de la noche a la mañana como un artista de las llaves y el hurto, transformado en cuatrero de mulas enclenques, gallinas para sopas y lazarillo de lo ajeno.

—¡Sé que sabes algo! ¡No me obligues a echar la puerta abajo! —exclamó Martín.

—¡Cien cadenas para azotarme y no me sacarás nada de la boca!

—Te pagaré —aseguró Martín como último recurso.

La puerta de madera de castaño chirrió suavemente. Por ella asomó una

nariz aquilina y un rostro pronunciado de tez cetrina. Trapajos encima por vestiduras que bien pudieron hilarse antes que el ropón de san Pedro.

—¿Cuánto me vas a pagar? —la tufarada que salía del piso hizo que Martín se anudara la mano a la nariz. El ladrido de un chucho pequeño se escuchaba detrás.

—Suelta y te recompensaré. Tengo maravedíes, bellotas, castañas y guisantes.

Martín metió los dedos en el hatillo y en su fondo resonaron varias monedas. Contó tres, acompañado de un gesto de resignación.

—Han sido un gordo y dos esbirros los que han matado a la cotarrera —susurró Pedro el Egipciano—. A continuación, sacó los dedos por la puerta entreabierta y los extendió.

—¿Un gordo de jubón negro?

—Sí. No sé qué de “el Arriero” decían los otros.

Martín mudó el entrecejo. “¿Juan el Arriero?”, meditó. “¿Cómo es posible que Juan hiciera esto?”. Sacó un par de maravedíes y se los dio a Pedro el Egipciano. La entrada tardó instantes en cerrarse de un portazo. Subió al piso y contempló el bulto que mostraba el cuerpo de la Cascarilla. Era un saco de huesos. “Pobre miserable”, musitó dejándose caer sobre el suelo de la habitación. El mundo se le subió a los hombros. No sabía qué hacer en ese momento. Había sido Juan el Arriero el que le trajo a Isabela atada hasta él. ¿Se la había llevado de vuelta? ¿Por qué mataron a la prostituta?

Tenía que aclararse las ideas. Isabela merecía que su vida diera un vuelco. Sí. Debía intentar averiguar su paradero y sacarla de aquel agraz en el que él estaba metido. Eso si seguía con vida.

Sacó a Cotone del bolsillo y lo soltó por la habitación. El pájaro se fue al pie de las ascuas y se hizo una bola de algodón. Se volvió a meter la mano en el morral y verificó que solo le quedaba un maravedí para vivir. Solo uno. Ahora, sin el apoyo de Juan y sin trabajos que hacer, debía intentar sacar cuartos como fuese. Y el hijo del pirata podía ayudarle. O eso pensaba él. Quizás el robo de una casa acomodada, un viaje a las islas Canarias, o sabe Dios qué historia traía consigo aquel mozuelo.

Pachucho por el carbón encendido, se quedó dormido en poco tiempo. El sueño le trajo a la cabeza las líneas de Isabela. Su cintura de guitarra, su pelo en cascada sobre sus hombros y aquellos ojos que no distinguía por su color. El viento que entraba por el ventanuco le hizo toser. Se quedó sentado toda la

tarde soñando con Isabela. Tal era su obsesión porque ella le cambiara la vida que no podía evitarlo. A pesar de todo, su futuro estaba por construirse. E Isabela era la única que le daría alas para seguir caminando. Sí. Lo tenía claro. No sabía dónde encontrarla, pero sí estaba seguro de que la ganzúa para abrir la puerta de aquel asunto era Juan el Arriero.

La hora de ver al hijo del pirata se acercaba también.

Cuando despertó, el alminar de la torre tañía campanadas cortas pero estridentes. Tuvo que acicalarse con el agua de la jofaina fría como la nieve. Se recondujo el cinto y le dio una voz a Cotone para que se acomodara en su bolsillo de un pequeño salto. Al salir, miró hacia atrás. Pedro se había asomado de nuevo. A pesar de que empezaba a caer el crepúsculo, su piel tostada se distinguía entre la penumbra.

Llegar hasta el alminar de la torre fue rápido, el frío que ahechaba entre las ropas le aligeró el paso. Cotone reclamaba alimento con un leve piar y él trataba de que se callara sin conseguirlo del todo. Soslayó la mirada en busca de Hawkins. El encargado de doblar las campanas había cesado y sacaba pelusas de su ombligo. Un suave hilo de unas farolas rielaba con entereza, y un aliento brumoso del río le golpeaba en el rostro entumecido.

Aquella pequeña explanada servía de venta de castañas y trigo, y se hacían canjes de mercancías luneras. Se escuchaba el típico grito contra el asistente de la ciudad en los ecos de las esquinas.

En poco tiempo apareció Ricky Hawkins con media cara tapada por un pañuelo estampado con la señal de Jolly Rogers. Su caminar era lento, preciso en deslizamiento por el suelo empedrado. Parecía querer engrandar su figura con sus pasos, como si eso hiciera que la poca luminosidad que había en ese momento fuera atraída por su cuerpo magro y nervudo. Sin duda hacía ejercicio, pero Martín no sabía cuál.

—Eres tú, ¿verdad? —sin que le diera tiempo a contestar, Ricky Hawkins lo mandó callar— Tenemos trabajo en casa de unos marqueses —susurró—. Estos comen oro en láminas de Flandes mezclado en la comida. Solo tenemos que entrar en las letrinas después de que sus “majestades” liberen sus cuerpos y ya está.

—Tú no estarás loco, ¿no?

Ricky Hawkins cogió del cuello a Martín y se apresuró a asegurarle:

—¡Cógelo o suéltalo! ¡Solo te digo eso, sacapellejos!

—Está bien, está bien. Solo quería preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué no cogemos el oro antes de entrar en el cuerpo de sus “divinas majestades”? —recalcó Martín.

—¿Cómo lo hacemos?

—Tengo a Cotone, mi gorrión. Lo soltamos cerca del servicio y mientras hace de las suyas, nosotros entramos en la cocina y nos hacemos con el oro. El pajarillo revoloteará solo y aprovecharemos para entrar por algún lado. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Tendrás que ser tú el que lo robe. Yo no veo bien los colores.

—Pardiez. Hecho.

Las distinguidas casas de duques, marqueses, condes y otras de linaje acomodado podían verse a varios tiros de ballesta. Era fácil recrearse en los portalones grandes con escudos acuartelados, las cancelas de hierro y las caballerizas que la guarnecían en los alrededores. En un primer momento, Martín pensó que aquello no iba a funcionar. Que era una chaladura hacer un trabajo así con un mediodiablo al que apenas conocía. No obstante, le tranquilizó el silencio y la seriedad obligada que Ricky Hawkins mostró en el paseo por las gradas hasta la plaza de San Francisco. Sus marcados aspavientos alentaban confianza en Martín. Los reos de la cárcel adyacente aullaban como lobos por las torturas de los bederres, como si la ventisca que navegaba hiciera fácil el viaje del sonido de sus lamentos. Le provocaba una pelusa considerable pasar por allí. Martín achicó su rostro todo lo que pudo y el hijo del pirata hizo lo mismo.

La casa que iban a asaltar era de un marqués. Eran las nueve de la noche: hora en la que los dichosos podían comer. El servicio entraba y salía de la cocina al salón en un frenesí auténtico, cargado de platos, escudillas y toda una suerte de cubiertos de plata. Doncellas, amas de llaves, cocheros, mozos y hasta una nodriza se veían apretar el paso por el entramado de la mansión. A palmos escasos apareció una cocinera susurrando por la puerta de atrás. De efluvios grasientos y una cara ovalada, lucía pelillos frondosos bajo los labios.

—Será la última vez que haga esto —señaló la empleada abriendo la puerta trasera de la cocina—. Voy a acabar colgada en Tablada —se quejó a regañadientes.

Hawkins le dio un beso en la frente y le puso el dedo índice en los labios.

—Un día de estos serás mi doncella, Lorenza.

Martín sonrió.

Lorenza era una de esas mozas vetustas que, pasados los años, quedaban para zurcir pañuelos, cocinar y cocinar y afanarse en recibir alabanzas por sus encantos ausentes, que la llenaban de un falso orgullo y de alguna manera tildaba su vida de alguna fe en caer en los brazos de un mozo apuesto.

Atusando el pelaje del gorrión, Martín se preparó para soltarlo cerca del comedor donde probablemente el marqués degustaba un puro de tierras lejanas. La mesa central de caoba estaba repleta de pichelos de plata, candelabros de oro encendidos, cerámicas de china y varios platos con ensalada fresca. Ahora, Cotone debía provocar turbación. No sabía cómo demonios el hijo del pirata se había enterado de que esa noche iban a degustar oro en láminas. Obtuvo la respuesta al comprobar que la familia tenía visitas importantes y con la conversación con la tal Lorenza.

Cotone, con calzas de medias alas, empezó por derribar el jarrón chino. Luego, entre los gritos de la redonda ama de llaves y las carreras del marqués cojitranco por intentar atraparlo, el pájaro hizo perder el pie a un velón encendido. Los revoloteos iban de una esquina a otra del salón, y, tras él, las criadas arremolinaban sus libreas para poder correr más. Una escudilla de sopa acabó sobre el pelo del cochero. Mientras, Ricky se hizo un hueco por la puerta y empezó a hurgar entre los platos preparados. Efectivamente, una perdiz asada tenía como guarnición oro en láminas. También un ganso lo albergaba dentro de sus entrañas. El hijo del pirata separó las láminas de las comidas y dio el aviso a Martín. El silbido fino que salió de los dientes del joven fue la llamada a Cotone, y el ave se acomodó en el alfeizar donde le esperaba Martín. Ya había salido Ricky Hawkins. El hijo del pirata le hizo un guiño a la cocinera y aquella torció la boca con un gesto de resignación. Lorenza se dispuso a seguir disimulando su obra de servicio enseguida, dándose por nueva en esa situación: solo gritó lo que sus cuerdas vocales acordaron con Hawkins.

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Ellos corrieron todo lo que sus borceguíes les permitieron. En corto espacio de tiempo habían llegado callejeando al alminar de la torre. Resoplaron, sonrieron y empezaron a hacer números con las láminas de oro. El hijo del pirata le dio la mitad a su compañero nuevo.

—Ha salido bien la noche —comentó Martín.

—Recuerda que no nos conocemos —resolvió Ricky Hawkins.

Quedaron en el mismo sitio a la noche siguiente.

Antes de llegar a su habitación había canjeado Martín el oro por varios doblones. Lo había cambiado en una mancebía de la calle Carreterías. Allí tenía contactos para hacer el trapicheo con rapidez. Ninguno le preguntó de dónde lo había sacado. Todos los que hablaron con él se imaginaban su origen. Ahora tenía plata suficiente como para sobrevivir varias semanas.

A media distancia, una figura de aspecto lúgubre le seguía los pasos en la noche tupida. Vestía un jubón negro, un ferreruelo con la cruz de Cristo y caminaba tardo por el peso de más. Apenas daba una zancada zarandeando las carnes cuando se deshacía la capa que había terciado sobre su cara. El frío que provocaba la ausencia de gentío y su ropa camuflada eran sus aliados. Martín no lo vio en ningún momento.

Capítulo 4

Salir por la puerta de la Macarena no le costó más esfuerzo de lo debido a Isabela. El alguacil que debía cobrarle el impuesto de portazgo la dejó pasar al comprobar que no llevaba mercadería alguna. Fueron varias veces las que Isabela cayó al suelo azorradado por varios traspies inoportunos hasta poner pies en polvorosa. Y aquellos lares de innumerables lodazales dificultaban el tránsito de carrozas, caballos y de todo aquel que desafiara el paso al caer la noche. El aguacil, un hombre de cabeza rala y mejillas tiznadas, la observó con cierto grado de deseo, le preguntó el nombre y recibió respuesta. Ella bajó la barbilla y se limitó a guardar la compostura intentando no mostrar en ningún momento huellas de su fuga repentina.

No podía denunciar a las autoridades porque no sabía nada. Aquel tumulto del que salió saltando por la ventana le dejó el tobillo herido. ¿Quiénes eran esos desgraciados? Cuando fue consciente de que había escapado a una muerte segura era tarde, lo suficiente como para no haber podido averiguar nada del tumulto. Aquella enclenque compañera que luchaba con sus uñas largas sin despegarse de su botella de ron se aventó por la escalera abajo. Isabela, un tanto incrédula, comprobó la ferocidad con la que se defendía la mujer de esos fulanos. Había conseguido partirle la botella a uno de ellos en la cabeza. Eran dos y luego, uno y medio. Le dio la impresión de ser una loba defendiendo a sus lobeznos. Y, nacida del infierno, dejó de verla por el rabillo del ojo justo cuando ella le cortó las sogas para que se defendiera. Solo le oyó decir que corriera como los podencos en aquel momento inesperado. El tiempo de trifulca necesario para que Isabela pudiera salir por el ventanuco. Ahora no sabía qué hacer exactamente. Ni siquiera sabía el motivo de su secuestro repentino. Estaba claro que aquella bebida que le hicieron tomar el último día de su estancia en el palacio de Felipe el Cuarto llevaba consigo alguna dormidera de efectos considerables: no había razón para dormir tanto en un viaje desde Madrid del que no se percató en ningún momento. Quizás debía intentar volver a palacio. La nodriza, Ana de Guevara, con la que mantenía una estrecha relación de amistad, la echaría en falta. Seguro que a esas horas

estaba buscándola con ahínco.

La España de Felipe el Cuarto era fácil de distinguir por los incontables trepas que subían escalafones lamiendo botonaduras a los caballeros veinticuatro. Muchos lo hacían rondando rejas de damas encorsetadas. En los corrales de comedias, las obras de Tirso de Molina, Lope de Vega y alguno más eran entretenimiento oportuno para distraer el pueblo y sus cabecillas y, sobre todo, desviar al vulgo de las lamentables batallas de Venecia, Flandes y otros lugares de huellas encarnizadas. Soldados surcados por marcas de guerra de todo tipo se entretenían en visitar los lupanares como costumbre habitual. Los estudiantes, que también visitaban los burdeles, eran cazados por las cotarreras con disimulada prestancia. En aquellos burdeles se distorsionaba la realidad, pues era otra más allá de la que veían los clientes con ojos de chiribitas sobre las pechugonas ramera y las apariencias tintadas por la plata arribada de las Américas. Madrid era el centro de la atención del mundo entero. Y las desavenencias creadas en palacio por la actitud de Felipe el Cuarto, cazando perdices con su mosquetón, yéndose de putas famosas o pasando de cargar sobre sus hombros el reino, eran rumores de todos los días en las gradas de San Felipe. E Isabela, muy a pesar suyo, formaba parte de las oscuridades en torno a la corte.

Los últimos días en palacio habían sido extraños, los más misteriosos de toda su vida en la corte del Rey Planeta. Heraldos y carrozas cruzaban por las entradas cargados de paquetes, unos con el sello real del valido, otros acentuados por el misterio. Y Ana de Guevara, nodriza de Felipe el Tercero, trataba de poner a punto el engranaje que echara por tierra al conde-duque de Olivares. La reina, Isabel de Borbón, veía con ojos impotentes que el rey tuviera bastardos por todas las tierras que visitaba y que su aliado en esos adulterios fuera el valido. Pero Isabela pasaba por una doncella más para todos, menos para el valido, al que figuraba una lista de servicio en el que su nombre estaba incluido. Ella no tenía idea alguna de por qué la habían secuestrado. Ni sabía en ningún momento qué ultraje la había llevado a acabar amarrada a una silla con las manos atadas y una venda en los ojos en la ciudad de Sevilla. Solo una mirada de deseo del conde-duque de Olivares le hacía sospechar que el despecho fuera la causa. El valido gustaba tomar chocolate en sus visitas a palacio e insistía en que le sirviera Isabela. Huir de aquellas miradas sobre la figura de su cuerpo quizás fuera una imprudencia. Y la rotundidad de esa negación al valido era tan acusada que Isabela podía

constatar la ira rusiente que subía por las entrañas de él con cualquier gesto que articulaba.

Lo único que tenía claro era que debía volver a Madrid y pasar inadvertida hasta llegar a reunirse con Ana de Guevara. Sí. Ella podía ayudarle. Siempre que pudiera esconderla en algún lugar seguro para averiguar la causa de su rapto.

Avanzó por la negrura en dirección a la ruta de la plata, aquella que enlazaba por Extremadura a la Sevilla que dejaba atrás con la corte de Madrid. Al fondo se veían las teas de una casa de postas que parpadeaban contra el viento. El frío era considerable aunque orillara con un robledal de las cercanías. Llamó a la puerta del bodegón y le abrieron con premura unos hombres de males cárdenos por el efecto del vino.

—Soy doncella del rey —acertó a pronunciar Isabela—. Necesito hospedarme en el convento más próximo.

El posadero preguntó a los acodados de aquel lugar. Un joven de aire resuelto respondió:

—A tres días de caballo está el convento de las trinitarias. Es el que te aconsejo...

* * *

Aquel hombre no conocía los escrúpulos a la hora de rebanar un cuello. A pesar de que su oronda figura no le permitía moverse con holgura, siempre tenía alguien a su lado que le guardaba las espaldas. Era de acertados movimientos para hurgar la faltriquera y sacar de allí una vizcaína de cruz de plata, o apretar el paso y comprobar la llave para montar el perrillo y hacer estallar su pistola. De tahalí dorado, gustaba de untar con grasa de caballo el cinto para desenvainar con rapidez. Hombre de requiebros continuos a las autoridades, mofa constante de pisaverdes, gozaba con trapío inusitado su porte villano. Pero caminar bajo el tul de la noche en esa Sevilla era un auténtico desafío para muchos mozos. Y él, camuflado por el jubón negro que gustaba vestir, medía los pasos con certeza antes de soltar el primer mandoble de su arma al faltón que le hubiera subido las chinchas. Sabía que su víctima salía de noche como las ratas. Era una oportunidad para lanzarse sobre el muchacho y acabar con el atropello en el que le había metido. Esperó a que apareciera una calle más angosta. Los secuaces que le acompañaban

mostraban un silencio obligado. Las cárceles de Sevilla serían un hermoso parapeto para un matachín experimentado. En esa callejuela llena de oscuridad nadie echaría en falta el cuerpo de un andrajoso que se ganaba la vida como bribón. A medida que se acercaba a su objetivo ganaba más peso su trancada acompañada por un vahído explosivo. No. Aquel andrajoso no podía entorpecer sus asuntos sucios. Se ganaba la vida con ellos y estaba consiguiendo hacerse un hueco entre la alta sociedad. La consigna venía de “arriba”, de esos que tienen el pan ganado por una posición de la que es difícil caer. Cuando dio la orden de arrojarse sobre el joven, se escucharon los borceguíes por el suelo de piedra como si fueran elefantes. Y al avisado mozo le dio tiempo de echar a correr por el entramado de la ciudad. Pudo dar esquinazo a los esbirros y ver cómo pasaban de largo por la oscuridad del callejón. Aunque en el gremio estaba por encima de él, los trabajos importantes corrían de sus manos, y adiestrado en palizas de medio pelo. Se arremolinó, sacó la navaja afilada y esperó un tiempo a que el panzón de negro apareciera jadeando. En ese instante se abalanzó sobre él y lo tumbó de un empujón al bulto. Mientras, los perseguidores seguían corriendo en dirección opuesta buscándolo sin que los ruidos de la noche destaparan el reñidero calles más atrás. Y Martín, que no era ajeno al peligro que corría si tardaba mucho en amenazar a Juan el Arriero, le puso rápidamente la vizcaína en el gaznate.

—¿Quién está detrás de esto? —preguntó Martín.

—No lo hagas. Nos conocemos desde hace años. Suéltame y te pagaré bien.

—Ya veo cómo me estas pagando. ¿Crees que soy tonto? ¡Escupe, tuercebotas!

—Solo soy uno más del cotarro, Martín. No te puedo decir quién está detrás —replicó Juan el Arriero.

Martín apretó el filo de su navaja contra el cuello de su antiguo pagador. Ahora, un fino hilo de sangre resbalaba por la nuez de Juan, que al sentir su presencia sobre su piel no dudó en hablar.

—Se trata del caballero veinticuatro Fernando Melgarejo, Barrabás. Él te puede dar más pistas de lo que hay tras la mozuela.

Fue entonces cuando Martín adivinó que la compañía de Juan volvía sobre sus pasos para ir a por él.

—¡Te mataré si me sigues de nuevo! ¿Me oyes? —sentenció Martín. Y lo soltó para acelerar sus borceguíes y perderse.

Cuando Martín desapareció, llegaron a la altura de Juan el Arriero sus subalternos. Uno de ellos lo ayudó a incorporarse y el otro soltó con voz de gallo:

—¡Lo mataremos!

—Tengo que avisar a Barrabás —afirmó Juan el Arriero recomponiéndose el jubón negro.

—Será mejor que no sea así. Vuestra merced sabe que podemos cazarlo.

—¡Te he dicho que no me hables así! ¡Mala liendre! Ya pensaré algo. Este sabe que el asunto que nos lleva a sus pies es gordo. Si Barrabás se entera de que hemos fallado, nos corta en pedazos. Tenemos que cazarlo a la intemperie y buscar a la moza. ¿Qué sabemos de ella?

—Nada —sentenció el de la voz de gallo.

—Tan peligroso es que Isabela llegue a Madrid y píe como que este averigüe cosas del caballero veinticuatro. Hay que hacer algo. Dejarme pensar.

Uno de los acompañantes soltó una ventosidad, mientras el otro reía a carcajadas.

—¡Malditas chinches! Oléis por dentro como el pozo de la puerta de Carmona. Alejaos de mí.

Retomaron el paso en busca de unos cuartillos de vino tinto en el bodegón más próximo. Juan el Arriero se llevó la mano al cuello, que todavía sangraba. Se dolió como un toro con banderillas y sentenció:

—Esta mala bestia no se saldrá con la suya.

¿Quién demonios era Barrabás? Martín no había oído hablar de él en toda su vida. Ni siquiera en los mentideros o en las barberías. Aquella inmundada lagartija que era veinticuatro de Sevilla era su enemigo. Sí. Pero había algo que le sonaba en su nombre: Fernando Melgarejo. Lo primero que hizo fue asociarlo a su niñez. El tal Melgarejo frecuentaba la cocina del duque de Medina-Sidonia en la ciudad. Eso creía recordar de él. Y si era así, estaba claro que trató a su padre, Lope de Guzmán. No estaba seguro de lo que recordaba vagamente, así que al llegar a su vivienda decidió no darle más vueltas al jaleo. Cotone se quejaba de hambre, y Martín lo sacó para darle unas piezas de pan duro. Al día siguiente iría al Hospital de Santa Marta a por pan para los dos. No podía gastar los cuartos que le quedaban. Debía intentar averiguar el paradero de Isabela. Aquella joven hermosa que no pudo saber

que él estaba de su parte. Que movería cien arrobas de hierro por secarle las lágrimas. Ella representaba su futuro. Sí.

Ahora debía deshacerse de la prostituta. La tenía envuelta en una manta de lino hedionda y agujereada. La distancia de su corral a la salida de la puerta era muy corta. Pedro el Egipciano asomó la nariz como de costumbre. Varios niños mocosos hasta los pies corrían por la noche para intentar robar algo mientras el aullido de lobos en la lontananza daba fe de que el vasto campo estaba cerca. La Cascarilla era solo una sombra de lo que había sido. Añoró hasta cierto punto que ella estuviera muerta. Todo ocurrió por ayudarle con uno de sus trabajos que a veces caían en insignificancias. Y aquel saco de huesos pesaba menos que cinco hogazas de trigo seco. Eso le facilitó el trabajo de sacarla fuera del corral en la noche y soltarla cual pedazo de carne deshecho antes de cavar una tumba en las afueras de la puerta de la Macarena. Martín se había hecho con un costal para incluirla en él y arrastrarla hasta fuera de la muralla. A esa hora los alguaciles estaban entretenidos en demasía. Era lo habitual. Unos con varias mujeres de la calle; otros, ebrios como el Guadalquivir en esa época. Desde que se dio rienda suelta a vigilar menos los portazgos cuando la noche caía, los porteros aprovechaban para hacer requiebros a sus mujeres al alimón de embuchar cuartillos de vino con pellejos forasteros que decomisaban a algún despistado por los impuestos. Martín rezó una oración por ella y la metió en una fosa. “Pobre Cascarilla”, musitó afligido.

Cuando volvía hacia atrás, preguntó a uno de los alguaciles sin demasiada convicción:

—¿Alguna moza de basquiña blanca ha pasado por aquí?

El alguacil, con una cogorza considerable, contestó para su sorpresa.

—Isabela, joven y hermosa —dijo hipando.

Capítulo 5

Durante la salida de las procesiones de la Virgen de los Reyes y de la Virgen de las Aguas, Fernando Melgarejo, Barrabás, se cargó de un costal de pan de la Cartuja sevillana para guardar la compostura tras la inundación de 1626. Al repartirlo entre los más necesitados consiguió que muchas sonrisas se esbozaran en las inmediaciones. Él, como caballero veinticuatro de Sevilla, tomaba con tono rabioso esas insinuaciones a su respeto. Pero poco hacía el conocido caballero entre los jurados de la urbe sevillana por remediarlo. Andaba trepando entre los naipes y el cortejo a Luisa Maldonado, de estirpe reconocida. Atrás quedaban corazones rotos con distintas señoras de notable condición: alguna marquesa despechada por su marido, otra doncella de servicio ilustre, jóvenes mujeres de hijosdalgo y alguna cortesana enredada en un vaivén de visitas bajo la luna que no hacían otra cosa que alimentar el apodo del caballero. Y Fernando Melgarejo, Barrabás, no ganaba suficiente plata para sus escuderos de armas. Su florete, de pomo negro y cazoleta de gavilanes dorados, era famoso entre los duelos de la Sevilla nocturna. Como también eran conocidas sus desavenencias con los vecinos a los que gustaba empellar de excrementos las fachadas de sus mansiones. Su relación con la corte madrileña venía de tiempo atrás, cuando conoció al virrey de Nápoles, Antonio Zapata y Cisneros, que en el año de 1627 se hizo inquisidor general por orden de su majestad Felipe el Cuarto. Y las visitas continuas al castillo de San Jorge de la Inquisición sevillana hicieron que estrechara el lazo. Fernando Melgarejo no dudaba en aprovechar al máximo los contactos con cualquiera que fuera ilustre reconocido. No es de extrañar que saliera exento de las trabas que acostumbraba tener a menudo. Por eso tenía tratos con el duque de Medina-Sidonia, con el conde-duque de Olivares y con otros tantos grandes de la nobleza española.

Un asunto importante traía entre manos el caballero Barrabás, tanto, que se jugaba el cuello con su felonía. Pero él no lo consideraba como tal, pues el virrey de Nápoles le incordiaba en sumo desagravio, y el caballero no paraba de masticar la venganza. El problema consistía en estar presente. Solo eso,

estar presente de oídos cuando no debía ser así. Y Fernando Melgarejo, Barrabás, hizo recato de que no podía Antonio Zapata y Cisneros soltarse de la sinhuera más de lo debido. La conversación tuvo lugar en palacio del duque de Medina-Sidonia. Allí se trataron asuntos graves para la Inquisición sevillana. Cuando Barrabás pidió el favor de encarcelar a un enemigo suyo en el castillo de San Jorge, la tapaboca del inquisidor general, junto a la amenaza de revelar la desaparición de Isabela, hizo que su garganta palpitara de una ira inquebrantable. Por otro lado, el duque de Medina-Sidonia andaba comerciando con mercancías peregrinas de los galeones que llegaban hasta el puerto de Sanlúcar de Barrameda; la última llegada de una extraña expedición japonesa que arribó a las costas españolas. El caballero veinticuatro consiguió hacerse con los mercedes del duque una vez más y este le prometió mandar a galeras cualquier enemigo que tuviera a bien de deshacerse. Barrabás tenía un entramado de comercios de telas exóticas con los jurados como compinches, además de numerosos veinticuatro y alguna marquesa flechada de tan singular caballero. Tiempo atrás hacía tratos con los dominicos del castillo de San Jorge para enjaular bajo acusación de herejía a aquel que no tuviera condición de caballero para poder enfrentarse en un duelo. Bromeaba con la tonsura de los dominicos, parloteando que de aquel final de la esfera craneal salían ideas celestiales que se encontraban de frente con otras terrenales, y que él estaba allí para remediarlo. Se trataba de individuos de otra calaña que “molestaban” a Fernando Melgarejo. Así, hizo que enjaularan a varios jurados, y los demás por miedo hacían acato de las órdenes del caballero. Pero su enemigo manifiesto ahora era Antonio Zapata y Cisneros. No podía soportar la prepotencia del inquisidor, su costumbre de mandar, hacer callar y la lealtad que había en él hasta cierto grado hacia la Corona. “La vida está llena de taimados”, pensaba el caballero con rotundidad; como para andar como ovejitas de un rebaño sin saltarse las normas de un pastor pazguato. Barrabás presumía de ello. Sí. Le gustaba ser centro de chismorreos, tejemanajes, y prócer de las jacarandinas. Era una condición de la familia Melgarejo, que se hizo un acomodo en la sociedad sevillana con los trapicheos sucios de mercancías llegadas de la América lejana. Vivido, barbián y coco de sus enemigos, se juntaba con personas maleadas que hacían ayuno de recursos monetarios en ocasiones. A él le importaba una higa que se le viera cojeando con semejantes amistades. En cierto modo, era uno más de aquellos que resolvían conflictos con vino de

moscatel rebajado, unos pastelillos de carne putrefactos y huellas de mala vida en sus ademanes. Y tenía claro que ahora Isabela importaba más de lo que pensaban los demás. La doncella hermosa y bienaventurada de la corte de Felipe el Cuarto era el centro de toda su atención. Bien que se lo había advertido el conde-duque de Olivares. La verdad era que Fernando Melgarejo solo cumplía órdenes. Ninguna pregunta a responder. “En boca sellada no entran moscas cojoneras”, le había dicho el conde-duque. Así y todo, sospechaba el caballero que la visita huidiza del duque de Buckingham inglés tenía algo que ver. Sí. No era normal que los acontecimientos se balearan tanto a raíz de ese asunto. Las relaciones con la corte inglesa eran demasiado frívolas en los últimos tiempos. Los casorios entre Coronas distintas estaban a la orden del día. Y aquella consigna oscura dada por el conde-duque de Olivares podía hacerle ascender hasta esferas desconocidas para él. Soñaba con ser el marqués de Melgarejo, hacerse con una flotilla de galeones, comerciar con nobles de toda España y viajar a la América de Cristóbal Colón para abrirse paso en una encomienda. Sí. Isabela era muy importante.

Ya hacía una hora que los monasterios adyacentes habían tocado el ángelus. El duque de Medina-Sidonia presumía de tener una de las mansiones más abigarradas de la ciudad de Sevilla. Como capitán de la mar oceánica y de las costas de Andalucía, había conseguido doblegar la armada franco-holandesa en su ataque a la costa de Cádiz en 1625, urdido por *sir* Edward Cecil. A pesar de todo, los correos con su primo y marqués de Ayamonte eran interceptados a menudo por la corte de Felipe el Cuarto, ante el barrunto de que su hija, Luisa de Guzmán, prometida a la corte portuguesa, pudiera imbricar algún tipo de rebelión de la posesión española de Portugal. De hecho, el servicio secreto del Rey Planeta lo tenía en el punto de mira ante el enorme estado de posesiones que albergaba la casa de Medina-Sidonia. Y Fernando Melgarejo participaba sin que lo supiera este de esa delación de la corte española a las instrucciones del conde-duque de Olivares.

El duque era dueño de numerosas cuadras de caballos hispano-árabes, un monto considerable de esclavos, documentos secretos que harían chillar al nuncio papal, una nodriza, la capacidad para librarse de los impuestos de media-innata y un servicio de armas que era muy valorado por el Rey Planeta. Sus tierras, en la que trabajaban profusamente esclavos de todo tipo, eran ansiadas por incontables señores que se veían obligados a cumplir sus deseos

en ocasiones. Ornaban la mansión candelabros de oro pulidos, relojes de la corte francesa en miniatura, algún cuadro de Francisco Herrera y otros de Francisco Pacheco.

En ese momento, la chimenea crepitaba con madera de roble al pie de la luz macilenta de un candil de sebo vacuno. El enclaustrado de aquellos tipejos no considerados así era un punto de partida para fechorías de calado imprevisto, articulados siempre bajo la sepultura de la pétrea oscuridad de sus actos por extraños vínculos sucios que animaban el cotarro de sus reuniones. Aquellas mercedes de menesteres de aspecto limpio discutían en ese momento las cachondas e intermitentes conquistas del señor Barrabás. Y el bizarro caballero pregonaba por toda la ciudad sus atrevimientos con las damas de dudosa jaez como si fueran perdices en un día de caza.

El subordinado entró por la puerta de atrás de la cocina con un pequeño frasco de mercurio. Fernando Melgarejo sonrió al ver el diminuto contrincante que era su amigo. No dudó ni un instante en hacerlo. Era la tercera vez que hacía jamar a Antonio Zapata y Cisneros la ponzoña. Se lamentaba de los resultados a corto plazo, pero tenía claro que, a la larga, aquella sustancia admirada por él haría cortar el habla del antiguo virrey de Nápoles. El caballero Barrabás tenía carta libre para hacer lo que quisiera en la cocina con los cocineros, así que sin esfuerzo alguno convenció a los subalternos para que salieran de ella con el beneplácito del duque de Medina-Sidonia. Algún fisgón echó la vista atrás sin conseguir ver nada. Y el caballero se terció la capa para achicar el asunto que le concernía.

La cocina dispensaba carnes y pescados en abundancia. Se trajeron venados de la sierra de Doña Ana, abadejos del convento Loreto, trozos de atún de almadraba, espárragos de Navarra y mazapanes hechos en La Algaba. Todo amenizado con vino de Rioja y de Jerez..., además de mercurio de Almadén.

—Te corto la lengua si la mueves, sabandija de los mares. ¿Me oyes? — advirtió el caballero a su secuaz.

Con una sonrisa eterna, Barrabás vertió varias gotas de mercurio en un pichel de plata con vino de Rioja y salió por la puerta hacia el salón con chimenea. Allí estaban el duque de Medina Sidonia, el inquisidor general, varios caballeros veinticuatro y algunos jurados de la urbe sevillana. Todos reían menos Antonio Zapata y Cisneros, que al ver entrar a Barrabás torció el gesto. Eran varias las copas de vino que atesoraba en la mano el caballero. Acertadamente, la contaminada cayó en el buche del inquisidor general.

Aquello chapoteó de alegría a Barrabás. Sí. Conseguía lo que se planteaba siempre. Unas veces antes y otras posteriormente.

—¡Pichatiesa! —exclamó riendo el duque de Medina-Sidonia—. ¿Vuestra merced quiere contarnos su última aventura con una doncella?

—Sí. No hay más que una rápida vista a Luisa Maldonado —dijo Barrabás—. Bella en sus ojos, pelo como los castaños y ¡húmeda entre las piernas! —rio— Junto a Dorotea Sandoval anda paseando su cabeza Bernardo de Sandoval. Me dicen que hay que ensanchar las puertas por donde pasa —volvió a reír—, y yo con mi arma espero que caiga la noche para brindar su muerte en el ruedo.

Todos rieron con efusividad.

En ese momento, Antonio Zapata y Cisneros se disculpó por encontrarse mal.

Quitándose el sombrero de ala ancha, Barrabás se despidió de él:

—Su excelencia tenga buen cuidado de no caer en mal alguno. El rey Felipe el Cuarto le necesita, y España también.

—Sean vuestras mercedes con Dios —repuso el antiguo virrey de Nápoles—. Ya no estoy para menesteres de bebida y jolgorio. Asuntos importantes vuelan por España... Más de lo que piensan, señores... Sean todos bajo el auspicio de la Santa Madre Iglesia y sus benefactores. Aquí un hombre que declara la guerra a los herejes se despide por causas ajenas a su voluntad; que, bien sabe Dios, camina al lado de las Españas del rey Felipe el Cuarto. Sean prudentes vuestras mercedes de no acompañar demasiado las yantas con vino, que no hace otra cosa que exaltar los ánimos y bajar a la escalera del diablo.

Fue en ese momento, cuando un hombre corpulento de barba puntiaguda apareció silbando a Fernando Melgarejo por la salida trasera de la cocina. Este torció el cuello y lo mandó callar al verlo. Ante la insistencia del individuo se disculpó ante los comensales para atenderle.

—Importante tiene que ser la noticia para que no te mande con los egipcianos de las Alpujarras ¡Suelta! —indicó Fernando Melgarejo.

Su interlocutor tragó saliva y a continuación dijo entre dientes con tintineo acusado:

—Tengo una resma urgente de Juan el Arriero.

Barrabás mudó el gesto.

—¡Dámela ya!

Problemas con la secuestrada. Isabela ha volado por algún sitio. Escapó de las manos de Martín de Guzmán, nuestro esbirro, mas quiere protegerla y no sabemos por qué. Estamos intentando ajusticiarlo, pero me ha descubierto. Ruego a vuestra merced instrucciones.

Después de leerla Fernando Melgarejo, Barrabás, apuntilló:

—Dile al gordo baldragas que no mueva un solo dedo hasta que no me reúna con él.

Capítulo 6

Aquellos años de su niñez entre fogones de la cocina del duque habían sido para Martín los más jocosos de su vida. Isabela jugaba con él a pesar de que ya tenía diez años de edad. Y él, acalorado por las correrías que trazaban en torno al palacio, trataba de espigar el mejor momento para besarla con tono cascabelero.

—¿Qué te dicen mis ojos? —preguntó Isabela yacente en el heno de unas caballerizas.

—Veo dos castañas —apuntó Martín.

Antes habían estado sorteando cuencos de sopa de espárragos, ollas de garbanzos y castañas para el servicio, perdices en bandejas con finas hierbas provenzales y todo un monto de personal que auxiliaba al duque. Ese hombre era un desconocido para él, tanto que las pocas veces que estuvo en su presencia se arremolinó entre los paños largos de su padre, Lope de Guzmán, el cocinero. E Isabela gustaba de trotar de aquí a allá entre establos menores, que eran su lugar preferido, por espantar la vista de los mayores y las cocinas. A menudo tenían que esconderse para jugar a los achuchones. Martín decía que le gustaba besarla en los labios porque era como posarlos sobre almohadas de seda, aquellas de las que había oído hablar. E Isabela reía ante la incapacidad de Martín. Le decía que los huevos eran verdes porque las gallinas comían hierbas; que sus propios ojos eran como el mar, unas veces azules y otras celestes; y que su pelo, que Martín veía oscuro, era igual que un volcán. Él decía a todo que sí, que la creía, que ella era incapaz de burlarle.

En esa ocasión en la que estuvieron rodeados de paja, Isabela lo besó con pasión, un arrebató impropio para una niña. Teniendo en cuenta que eran sus primeros besos, bien pudieran ser eternos. Luego, quizás rajados por hacer cosas de mayores, se quedaron viendo el crepúsculo que acompañaba a la humedad de la paja. Ese atardecer en la Sevilla de 1612 tuvo por nombre Isabela. Martín tendría que cristianarlo y para eso lanzó un cubo de agua a las afueras del establo. En ese momento corrieron dos ratas por los alrededores y el mozuelo dijo cogiendo un apero de paja:

—Tú, como reina de los mares, serás protegida por Martín —y acto seguido corrió en busca de las ratas hasta que acorraló a una de ellas, con la mala suerte de que se abalanzó sobre su mano y le mordió. Martín dijo que no era nada, mientras le goteaba la sangre hacia el suelo. Isabela quiso socorrerle. Él se negó haciéndose el bravo. Le costó unas fiebres con el paso de los días. Estuvo con tiriteras varias noches por culpa de la condenada rata. Y le importaba poco. Sí. Había quedado como un auténtico capitán de barco delante de ella. Lo suficiente como para ganarse su pasmo.

El padre de Isabela era jurado de la calle Cerrajerías. Ella, que no entendía por qué visitaba tanto al duque, se veía obligada a guardar ciertas medidas para ser una futura doncella de palacio. Tuvo la suerte de que los contactos de su padre hicieran de la niña una joven de ademanes precisos y educados, y, por tal, llamara la atención de la nodriza de Felipe el Tercero en su visita a Sevilla. Su padre le había proporcionado con dieciséis años los mejores cuidados y educación que pudo. Y tuvo que marchar a la corte madrileña al llegar a una edad más apropiada. Fue en ese momento cuando perdió toda familiaridad con su amigo de infancia, Martín. Pero fue a partir de aquello cuando el joven comenzó a hacerse hueco en los reñideros de la urbe sevillana. Aquel pispás de la marcha de Isabela, la estirada de piernas de su padre en un santiamén y su incursión en la penumbra de la noche fueron todo uno. Se lamentaba a menudo Martín de que la vida le hubiera echado a las callizas de Sevilla con tres palmos y medio de largo. Pasar por el Hospital de la Caridad le hizo un desbarajuste de varios tiros de ballesta. Sí. Compartir yantas con los perros callejeros, aullar como los gatos para conseguir pan en los conventos y cacarear en los reñideros no era un buen cuartillo de vino de Rioja. Recorrió buena parte de su pubertad, cuando los pelillos afloran y la barba empieza a crecer, enredado entre turbamultas de galleos con todo el mundo. Las mercedes no acompañaban a Martín, que daba más vueltas que un manco remando. Ahora debía enfrentarse a los tientos que le deparaba su flirteo con los maleantes y, sobre todo, con aquellos de calaña desconocida que se suponían eran de estirpe y poses de sangre azul. No es de presuponer, pero sí de adivinar, que Martín rondaba el hambre continuamente, encaramado a los ayunos obligados. De bolsillos rotos, gustaba de rezongar con los jurados, alguacilillos y cualquier corchete venido a menos que no tenía la culpa de su jaez. No por eso dudaba de hacer de pisaverde con sus cortas y dudosas amistades de que su padre había sido un día cocinero del duque de

Medina-Sidonia y que aquello no era impedimento para que las cristianas bondades del Santísimo le subieran de nuevo al pedestal del que no debiera haber bajado. Pero Martín dudaba más que un piojo circulando entre grandes pelambreras. Isabela se hacía más importante con el paso de las horas. Aquella moza de cuerpo que elevaba fantasías, que pondría bizco al mismísimo Francisco de Quevedo con sus curvas y que ocultaba para él el color de sus ojos, era su primor ahora. Las filigranas que hacía cuando era un niño para atraer su atención bien pudieran ser trovadas por lugareños de Sevilla. Y Martín debía remediar la cizaña que le provocaba el desafío de Juan el Arriero, el tunante gordo que no ganaba cuartos suficientes para alimentar la barriga pronunciada que tenía sombra propia. De algo estaba seguro: Isabela había salido por la puerta de la Macarena camino a Extremadura. Ahora no sabía qué hacer, si seguir los pasos de ella, o por el contrario, arrimar ascuas al embrollo en el que estaba metido.

Ya habían tocado maitines en los conventos. La ciudad se desayunaba de nuevo otras lloviznas y vientos impertinentes que encorvaban los árboles cenceños; se preparaba para esconder a los gatos, y hacer cacarear a las gallinas y a los reñideros profesionales. Martín se ajustó la vizcaína al cinto e hizo subir a Cotone a su hatillo. Al cruzarse con Pedro el Egipciano hubo una disputa de miradas entre ellos. Y el joven mandó a Pedro a paseo con un gesto de la mano seguido de una ventosidad de aquel. Se preguntó hacia donde caminaba Isabela ahora. Lo más seguro era que retrocediera hasta Madrid y buscara el cobijo de la vida que llevaba antes. Debía estar seguro Martín, pues deshacer las zancadas a un camino inseguro era una locura. No obstante, debía ver a Ricky Hawkins. Quizás el hijo del pirata se enredara con él en esa historia si le proporcionaba reales para salir de la calle. Sí. Podría ser que Hawkins dejara de ser un trotacalles pinchaúvas y así engrandecer su osada figura. Iba a proponérselo. Muy importante tenía que ser el lance en el que estaba metida Isabela para que el maldito Juan el Arriero le traicionase. Estaba seguro. No le costó denuedo alguno dar con el lúgubre pirata. De hecho, se lo encontró a un tiro de ballesta arrimando castañas a su buche de nuez pronunciada. Al verlo, cerca de las gradas, el hijo del pirata entornó un gesto irónico, como si fuera un revoltoso fierabrás al encontrarse descubierto en un hurto. No había más insinuaciones que las que hiciera Martín.

—Quería hacerte una proposición —ofreció Martín.

Hawkins sacaba pepitas diminutas de su mandíbula.

—Apunta y... dispara —dijo poniendo la posición de pistola con su mano.

—Tengo una moza escapada de mis brazos que no sabe que estoy de su lado —riendo a medio trote, Hawkins apeló a que su interlocutor continuara explicándose—. Sí. Resulta que yo he sido maleante y tenía secuestrada a una moza que ha escapado.

Después de ladear la cabeza, Ricky Hawkins contestó:

—¿Qué tengo yo que ver con ese lío?

—Podemos sacar tajada.

—¿Cómo? No entiendo.

—Tiene que ser gordo el motivo por el que la secuestraron.

Hawkins soltó una sonrisa entrecortada.

—¿Es bella Isabela?

Martín torció el cuello.

—Mucho.

—Entiendo. ¿Y cómo podemos sacar tajada?

—Precisamente por eso. Seguro que hay alguno de sangre azul enredado en el jaleo.

Martín le contó lo de Juan el Arriero, la muerte de la Cascarilla y la persecución que sufrió.

—Mira —le dijo Hawkins con gesto plomizo—, la España de Felipe el Cuarto está corrompida. No hay más que dar un paseo por los reñideros. No sé cómo quieres creer que si hay un gallo importante metido en el bullicio puedes sacar reales. Pero también he de decir que, como hijo de un pirata que soy, me debo a las aventuras. Quisiera que las jácaras hablaran de mí, que se hablara en los mentideros de las mismísimas gradas de San Felipe en Madrid y que mis hijos se sintieran orgullosos algún día. Solo te pido que seas mi espalda y yo seré la tuya.

Martín dibujó una sonrisa en su rostro.

—Tenemos que ir a la salida de Extremadura. Por allí se vio a Isabela. Me lo dijo el alguacil del portazgo.

—Iremos.

Fue así como los dos jóvenes se hicieron con los servicios de dos jacos que bien pudieran haber recibido la extremaunción por el párroco de Santa Clara. Por treinta reales no podían pretender conseguir dos corceles barbilindos. Dejaron atrás las calles de la Macarena y su puerta. Llegaron a media tarde a la primera casa de postas que encontraron. Allí, dieron paja a los caballos y

abreviaron agua de un pozo. Al entrar en la posada una mirada huidiza apareció entre los lugareños. Peinabolsas y bruhadores bebían vino rebajado con agua y comían tiras de tocino y chorizo con horcos abultados. La humedad era considerable, tanto, que un suave aliento se colaba entre los fardeles y las capas de los presentes. Unas ratas rollizas roían entre los cantones de la casa de postas a sus anchas, mientras un gato acostumbrado a su presencia se lavaba la cabeza con su pata después de haberla pasado por su lengua. El posadero se lamió la boca con la manga arrugada, frunció el entrecejo cejijunto y escrutó a los visitantes con desgana. Hizo una señal a su mujer para que saliera del lugar. Y ella, moviendo las grasas del trasero con un modorro de vino turco en la mano, echó la vista atrás y escondió la mirada acechante tras la puerta trasera de castaño. Un cliente le pegó una patada al gato y los demás rieron con dentaduras ausentes. El felino se cruzó entre las piernas de Hawkins, que lo dejó pasar observándolo con actitud queda. Martín torció el gesto con ademán de circunstancia, ojeó el local y acodó el brazo sobre la madera tachonada de un tonel. Al asomar el ojo uno de los clientes por la puerta y comprobar a los jacos maltrechos, rio a carcajadas. Fue entonces cuando la mujer salió de su rincón con aire risueño.

—Buenas tardes tengan sus mercedes —saludó Martín.

Rieron todos menos un joven de capa terciada y borceguíes bien ensebados.

—Estos son peregrinos —comentó el joven.

—Andamos buscando una moza bella y de mesurados aires.

Todos volvieron el rostro y callaron.

—¿Por qué la buscáis? —repuso el joven de la capa.

—Ha huido por error.

Ricky Hawkins apretaba la vizcaína con su mano con gesto agresivo.

—¿Ese error ha sido de vuestras mercedes? —interrogó el joven.

—Sí. Ha sido nuestro —contestó Martín.

El joven hizo un gesto a los dos para sacarlos fuera de la casa de postas. Dueños de una curiosidad palpable, siguieron al mozo y este se puso a comentarles.

—Hace unos días arribó aquí una mozuela joven, bella y con la cara de disgusto figurada. Solo preguntaba por el convento más próximo. Han de saber vuestras mercedes que es el de las trinitarias a varios días de caballo. Si es para bien de la doncella, ahí va la ayuda.

Martín miró con complicidad a Hawkins.

—Dios le agradezca y le tenga a buen recaudo —concluyó Martín—. ¿Sigues con la intención de ayudarme? —preguntó a Hawkins.

El hijo del pirata escupió el suelo con disimulo, le dio una moneda a un mocoso que hurgaba en su hatillo y empujándolo para que lo dejara en paz, dijo:

—Bien saben los cañones de Flandes que retumbaré más que ellos. A fe doy que el Santísimo me recordará. No tenemos nada que perder. El viento nos espera.

Martín sonrió y ambos salieron a montar a los caballos. Sin echar la vista atrás. Sin un maravedí de más. Sin... miedo.

El crepúsculo arrugado por el sol traía consigo presencias inesperadas. El trigo allende se lamía de viento circundante. Aquellos robledales y castaños, mecidos por sus hojas tempranas, provocaban efluvios ásperos. Y las zarzas enmarañadas en el suelo con brotes de hierba enhiestos sufrían la mala leche de caballos con pisadas cargadas de descortesía. Allí, con la penumbra enredada en la tarde, se erguían dos figuras de sombra acechante. Tenían aspecto recio, robusto y galopaban con determinación. Corceles de buen gusto, faltriqueras debidamente amarradas, tahalíes con ristras doradas y arcabuces con pólvora china. Guardaban silencio, aquel que permitía el trote. Susurraban, chistaban y fruncían el ceño. Achicaban el sombrero de alas para ocultar su faz. Uno de ellos era... Fernando Melgarejo, Barrabás.

Capítulo 7

Isabela acababa de despedirse del padre Ramiro y se disponía a rezar al angelote que se veía con relieve en mármol en la capilla del convento. El día se había vuelto caprichoso: unas veces rayaba un sol con calima y otras en cambio retumbaban en el cielo unas nubes de color gris ratón. E Isabela, más magra que de costumbre, había podido convencer a los monjes y monjas trinitarias de que le dieran lumbre por unos días. Los trinitarios blancos, acostumbrados a librar de cautiverios y a pedir indultos, solo pusieron de condición a la joven que orara todos los días en aquella capilla de arco apuntado. Era así como su cuerpo delgado podía ser blanco fácil de aquel que tuviera menester de hacerle una fechoría. Cuando menos lo pensaba Isabela, se vio cortada de aliento por una mano que le tapó la boca. Rápidamente le vendaron los ojos y la sacaron a empellones suaves a las goteras del convento. Sin embargo, podía catar cómo los trompicones que le daban eran forzados y cuidadosos a la vez. Los voluminosos monjes de hábitos blancos no pudieron hacer nada por impedirlo y las monjas enjutas tampoco. Algún monje solo pudo arpar con sus manos el ropón de una Isabela sorprendida. Y ella, amargada por el revuelo repentino, no podía gritar lo que su garganta quisiera. Los tañidos de la campana en señal de alarma bien poco resultado dieron para que los alguaciles lugareños avisaran sus orejas y trataran el asunto. Ella no podía reaccionar, pues los brazos que la ataban eran ceñudos y bien fornidos. Escuchaba susurros parloteando en sus cercanías, pero no podía distinguirlos. En poco tiempo estaba a la sombra de un ciprés alargado. Eran varios tiros de ballesta conduciendo a la joven entre zarzas y no es de extrañar que menudas hebras de ramas se enredaran entre los ropones de los individuos. A ella le quitaron varias de la ropa sucia con cierto esmero. La acomodaron los captores entre murmullos sobre briznas de hierba caduca y le sisearon con la límpida intención de que enmudecieran sus quejidos. Aquellos aledaños del convento servían de pasto para ganado vacuno, fiestas patrias del lugar y romerías floreadas de abundantes andanzas de vino y jolgorio. El saturnino lar estaba preñado de pedruscos e higueras, y el profundo resuello de todos por

las prisas encomendadas a los Santísimos dejaba poca adivinanza en sus intenciones. El paso de los protagonistas del embarro era cadencioso, con el margen suficiente de cautela para impedir su descubrimiento. Ya, baldados de tanta correría, decidieron hablarle a Isabela.

—Silencio, Isabela —indicó una voz rítmica—. Antes de destaparte la boca tienes que saber que somos amigos. No hay nada que temer.

Ricky Hawkins esbozó una sonrisa entrecortada. En ese momento le interesaba más la salvaguarda de los jacos atados al árbol que lo que estaba escuchando. A pesar de todo le hacía gracia la historia en la que estaba metido. Pensaba que sería pasto de una buena jácara para los compositores. Quizás debía buscar a una damisela en apuros para rescatarla también. Esa situación era muy piratesca, y eso le interesaba.

El murmullo de ella intentando gritar sonaba a varios palmos de distancia.

—¡Chssssss! Solo estamos aquí intentando deshacer el entuerto en el que estamos metidos todos, incluido yo.

No se atrevía Martín a soltar su nombre todavía en pos de no espantarla como jilguerillo asustado.

—Te puedo decir que nos conocemos desde que éramos chicuelos. Mi padre era cocinero del duque de Medina-Sidonia. Me quedé huérfano con pocos años y tú te fuiste con tu padre a la corte madrileña. Esto es de lo que me acuerdo. ¿Qué te dicen mis ojos?

Isabela quedó petrificada por la alusión que recordó al momento. El silencio entre ellos se hizo presente y ella no pudo articular ninguna idea que no fuera recordar esas palabras que resonaban en su cabeza. Aquella revelación repentina hizo que dejara de mover los brazos para escapar. Luego, intentó hacer un ademán para que la soltaran.

—Vale. Pardiez —murmuró Martín—. Te voy a liberar de las vendas, pero has de prometerme que no saldrás corriendo. Todos estamos en peligro ahora mismo. Tienes que estar segura de esto que te hablo.

Ella hizo aquiescencia con un gesto del cuello. Martín le quitó el trapillo que cubría sus labios.

—Sí —dijo Isabela con tono melancólico—. ¿Eres Martín?

—Por la santa memoria de mi padre, Lope de Guzmán, que sí.

Mientras observaba la escena, Ricky Hawkins se cercioraba de que estaban a salvo de ojos peligrosos.

—Déjame verte, Martín.

Quitándole la venda de los ojos, Martín le hizo un gesto intentando que guardara el oportuno silencio.

—Maldito fierabrás. ¿Por qué me haces esto? ¿De dónde has salido? No serás tú el que me tenía secuestrada, ¿no? Necesito saber de qué calaña estás hecho ahora —dijo Isabela con cierto grado de rabia.

—Verás. Soy matón profesional y me encargaron que hiciera un trabajo contigo que yo no podía hacer. Es normal. Cuando te tuve entre mis sogas, me tuve que asegurar primero de que eras tú, y después intentar solucionar el lío este en el que andamos metidos —repuso Martín.

—Soy Ricky Hawkins, nieto de John Hawkins, el famoso pirata inglés —se presentó Ricky.

—¿Cómo puedes decir que los dos estamos metidos en un lío? —preguntó Isabela.

—Claro que sí. Al no ajusticiarte me metí en el asunto tuyo hasta los huesos. Además, muy importante has de ser para ellos sabiendo que no acabé el trabajo contigo. Mi patrón, el fulano gordo que me pagaba por los trabajos, me traicionó. No lo había hecho nunca. ¿Por qué era tan importante deshacerse de ti? —interrogó Martín con cautela.

Sentada bajo el ciprés, Isabela se sentía errabunda y malparada en un mar de oscuridad. No tenía la más mínima ocurrencia de por qué le habían hecho eso. Quedó meditando unos instantes antes de cuchichear de nuevo. Después, con tono rábido concluyó:

—Solo sé que no tengo zorra idea de qué es lo que ha pasado a mí alrededor. Estaba tomando un vino de la ribera del Duero cuando desperté en... ¿tu casa? —Martín afirmó—, con las manos atadas y la venda en los ojos —hizo una pausa—. Había mucho revuelo en palacio en los últimos días y noches. Seguramente algunas manos sucias haciendo y deshaciendo entre oscuridades. Yo no sé nada. Y, ¿por qué me habéis sacado así del convento?

Ricky Hawkins y Martín se quedaron mirando uno a otro en actitud queda unos momentos. Martín contestó con aire dubitativo.

—Porque seguramente nos están siguiendo. Tenemos que huir cuanto antes.

—Yo tengo que volver al lado de Ana de Guevara. Ella me protegerá y me dará consejo.

—¿Vamos a Madrid entonces? —insinuó Martín.

Ella se quedó escrutando el rostro de Martín. Después de tanto tiempo sin saber nada de su amigo de infancia, aparecía repentinamente secuestrándola

como matón venido a menos. Rumiar el trasunto era más grave de lo que parecía en un primer instante. La verdad es que Isabela no sabía qué hacer. Hasta qué punto podían ayudarle a resolver el conflicto era algo que ignoraba en demasía. No obstante, si la estaban persiguiendo como afirmaba Martín, sería presa fácil para que la capturaran de nuevo.

—Sí. Me acompañaréis a la corte del rey Felipe el Cuarto en busca de la nodriza de palacio.

Dejaron que Isabela montara en uno de los jacos añosos. Pasaron por varias casas de postas arribando por yantas propias del lugar, sobre todo morcillas, pancetas y cuartillos de vino rebajados. A Isabela le hacía poco chiste jamar esas viandas con grasa excesiva, pero disfrutaba viendo cómo las mangas de Ricky Hawkins y Martín quedaban grasientas de tanta suciedad alimentaria. Martín le iba narrando las correrías suyas tras la muerte de Lope de Guzmán, su padre. Isabela tomaba como un reto el porvenir que se le avecinaba entre los tumultos en que estaban inmersos. Martín le enseñó a su gorrión Cotone, y, mientras que el hijo del pirata se reía a escondidas del apego que sentía su amigo por el pajarillo, a Isabela le gustaba jugar con él. Disfrutó como una niña al pasarlo de unas manos a otras haciéndole maniobrar cabriolas y viendo cómo obedecía a la llamada de Martín.

Y el hijo del pirata se jactaba de cuántas travesuras y trifulcas se había topado antes de que su barba empezase a medrar. Les contó a los dos que su padre, Richard Hawkins, fue capturado por la armada española y que, trasladado a la cárcel de San Jorge en Sevilla, había disfrutado de pocos permisos para enmendar su revuelo. Siendo así como conoció a la doncella Berenguela, flechada de él en cuanto tuvieron lances irremediables en el asunto del amor. Aquellas noches, que solo fueron tres, la doncella se quedó preñada de lo que sería en el futuro Ricky Hawkins. Y su padre presumía de tener hijos como piojos, dispersados por todos los mares de nuestro mundo. Él, que no consiguió ver en vida a su progenitor, disfrutó como un chicuelo al saber que su padre había sido pendenciero temido en los océanos. De cómo su padre, que transitó Brasil y el estrecho de Magallanes, fue engañado por el español Beltrán de Castro en la lucha de la Bahía de San Mateo. Su espléndido barco, el Dainty, fue apresado, y Hawkins, herido gravemente con muchos de sus hombres muertos. Se entregó a cambio de un salvoconducto para llegar a Inglaterra. No ocurrió así. Fue preso hasta el año 1602 y regresó entonces a la armada inglesa. Richard Hawkins fue nombrado después

vicealmirante de Devon y murió en Londres en 1622. Chiribitas le hacían los ojos a Ricky hablando de Richard Hawkins. En ocasiones levantaba remilgado el mentón con aire de grandeza. En otra ocasión les hablaría de su abuelo John Hawkins, otro ilustre pirata. Pero su madre, embarbascada hasta los ojos por conseguir alimentarle, no tuvo más remedio que intentar seducir a algún corchete predispuerto y a otro jurado de la urbe sevillana para sacar unas cuantas tiras de tocino y algún que otro tropezón de pan añoso. Y no supo más de aquel amor lunero, entregado a los desaires de las circunstancias. Ella, que había sido erotizada por aquel duque cojitranco, el de Feria, llamado Lorenzo Suarez de Figueroa y Córdoba, que había viajado al condado de Badajoz y que asistió a numerosos duelos en reñideros profesionales por sus huesos, se vio de la noche al día con una barriga pronunciada por un desliz digno de novelas de Lope de Vega. Y Ricky Hawkins entornó unas lágrimas al recordar que su madre murió picada por la viruela. Nunca supo qué es lo que realmente pasó en aquellas tres noches de permiso de su padre en las que él fue concebido, ni por qué su madre, la doncella Berenguela, claudicó a los encantos poco vistosos de un pirata encarcelado.

Llegaron fatigados por el camino de la Vía de la Plata hasta la urbe de Salamanca. Allí apostaron los jacos en una casa de postas de olor nauseabundo. Era una tarde de aguas pertinaces con un sol enturbiado por nubes grises. El lodazal ocasionado hizo que sus borceguíes se tildaran de manchas. Terciaron ambos las capas tapando sus rostros, e Isabela se sacudió el chaparrón sufrido. Martín tentaba la mirada de Isabela, queriendo hacerle ver cuánto se había sacrificado por ella. Y la joven, que aún no acababa de creer por lo que estaba pasando, dudaba en sus ademanes antes de ofrecerle a Martín una mirada cómplice. A menudo lo escrutaba para hacer un veredicto bueno de su amigo de la infancia, pero la duda recorría sus sienes como un río desbordado.

Al llegar a la casa de postas fueron centro de atención de algunos personajes. Chulos de mala pinta jugaban a las tabas con huesos que podrían pertenecer a mofletes de un tipejo envalentonado; otros comentaban las desventuras del ladrón Escarramán, algún boquirrubio de buena percha y mala hostia; y, sobre todo, parásitos de señoritos al tanto del descuido inoportuno de alguien, con fe en el Santísimo y habilidad para burlar al más avisado de los viajeros. Que en las Españas de Felipe el Cuarto era más valioso un pícaro hábil que un artesano de huellas añosas en su osamenta, pues, en

aquellos lugares donde se piaba el turco, mostraban a fe de Jesucristo la santa y buena voluntad de todos ellos en su devoción a la Madre Iglesia. No había más oficios que el de mendigo, soldado, cura o tusona, y todos rezaban como Dios manda en las puertas de los monasterios.

En un rincón estratégico, una olla de castañas reclamaba auxilio impregnando de un olor apetecible hasta los techos, mientras un can, a su vera, con más paciencia que santa Rita, esperaba sentado con la mirada fija. Había restos de heno por todo el lugar. El posadero de enorme cabeza y barba ensortijada enseñaba sus dientes hechos añicos sin reparo alguno cada vez que abría la boca. Las goteras que rezumaban del techo provocaban una pequeña lluvia dentro de la posada, haciendo correr a dos chiquillos de ombligo expuesto para jugar con ellas.

La distancia hacia la ciudad era de solo siete tiros de ballesta, pero, a esa hora, los peregrinos, forasteros, pastores y viajeros se habían resguardado del agua. Así pues, los campos adyacentes eran una sombra de lo que eran a la hora del ángelus. Varios hombres de estirpe dudosa, acodados mientras bebían cuartillos de vino, no paraban de hacer reparos con sus ojos sobre aquellos dos individuos y esa doncella de aspecto descarriado. Les ofrecieron tocino de la sierra, y, al negarse, fue el momento en el que la puerta de castaño atronó de un solo golpe de fuerza. Y no por el viento precisamente. Martín y Ricky se agarraron a la vizcaína de su cinto y entornaron sus ojos como grandes escudillas. La trifulca se hizo dueña de la posada e Isabela salió correteando lo que sus piernas le permitieron. En poco tiempo el tintineo metálico de las armas chocando retumbó en la posada.

Capítulo 8

Aquella era una galera de forzados. Lo rumiaba el viento y el sonido del maderamen. El mamparo olía a chinches golosas, los costados por encima de la línea de agua reverberaban hedor de la sentina y las bancadas estaban tan juntas que unos y otros remeros mezclaban el tufo de las axilas. Eran arreos que se oían en lejana distancia: el cómitre azuzaba su látigo y aquella inmensa mole de músculos de la nao las hacía moverse. Casi se podía saborear la madera de la postiza y el corroído metal de la sobrequilla. Allí no valían las quejas. No servían de nada. Muerto al agua, vivo a remar. Lo poco que podían ver era anieblado, turbio. Hasta que no recibieron el chaparrón de una cubeta de agua putrefacta no abrieron los ojos. Apareció allí un hombre de unos cuarenta años dando órdenes. Los llevaron a la cubierta del trinquete y el mandón les dio varios soplamocos con la mano abierta. Ese menda medía varias cuartas, apoyaba su mano derecha sobre un tahalí brillante y una faltriquera de la que pendía una espada de pomo negro, un sombrero de ala ancha y un jubón dorado, quizás vestido para la ocasión. Rio, tragó vino de Rioja de un pellejo de vaca y susurró:

—Estáis en mis manos.

Martín y Hawkins se miraron uno a otro.

—Creo que esta pieza era tuya, ¿verdad? —se acercó enseñándole a Cotone seco como terrón de arena.

El hombre arrojó lo que quedaba del pajarillo fuera de la borda.

Martín no podía reaccionar, ringado de cadera. Le faltaban las fuerzas. Le sobraba redaño. Y Hawkins murmuró levemente que lo mataría con sus propias manos.

—¡Miradme a los ojos, liendres de caballo! Soy Barrabás. Cinglaréis aquí hasta que solo quede de vosotros un costal de huesos —la mirada de Martín le sonaba familiar, cercana, como si en algún momento de su vida hubiera tratado con él. Por unos instantes intentó recordar esos ojos profundos, huidizos y copados. Luego pensó que era una mala jugarreta de su mente. Y a continuación, Barrabás se perdió por la cubierta.

No tenían fuerzas suficientes para caminar, así que los amarraron con sogas de pies y manos y los bajaron de nuevo a las bancadas. Allí los ensogaron de nuevo a los remos. La barba de los remeros era larga y puntiaguda, tiesa como el esparto. Restos de sudor y sangre cuajada se mezclaba en los pocos ropones que llevaban. Y para que saborearan la sopa con ganas les ponían una escudilla con restos cerca. No quitaban la mirada del alimento, perdida a veces, con una voz en ella de súplica que haría enternecer al mismísimo diablo. Y ellos, Martín y Hawkins, seguían remando más por el vaivén de los demás que por sí mismos. Con la cabeza gacha y la osamenta más pronunciada, pasaron todo el día en las tripas de la galera.

—Pararemos en Cádiz —le apuntó Barrabás al capitán de la nao.

—Lloverá en poco tiempo. Vuestra merced ha de saber que el agua se cuele por los portillos y eso dejará maltrecho a más de un condenado —consignó el capitán. Tenía la indicación del hombre cierto regusto a resignación. De hecho, Fernando Melgarejo, Barrabás, se había subido en esa galera de forzados con esos dos condenados y un salvoconducto sellado por el mismísimo conde-duque de Olivares. Siendo así, se preguntaba qué había detrás de esos desgraciados famélicos.

—Me importan tres bledos y una zanahoria que los mamparos queden anegados. Estos bastardos no se merecen menos.

—Tengo órdenes de cargar mercancías en Ayamonte. Y debemos sortear la costa por el camino más rápido. No podemos desviarnos mucho del mar de la Paja. Vuestra merced sabe que Portugal es un nido de avispas y algo me huele a podrido en estas tierras lusas —repuso el capitán mirando de reojo a Fernando Melgarejo, Barrabás, sin que este lo advirtiera. Parecía querer averiguar algo más de aquel individuo de tacto tan determinante y con órdenes de la corte del rey—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Escupe —dijo Barrabás ninguneando la presencia del mando.

—¿Qué han hecho estos dos?

Acercándose al capitán lo suficiente como para clavarle la mirada, Barrabás elevó el tono de su voz, curvándolo según quisiera recalcar más o menos fuerza en él.

—Escúcheme bien, capitán —añadió con cierto aire despectivo—; ninguna pregunta a responder y ningún trato condescendiente con ellos —le dio la espalda un momento—. Imagino que ha leído como yo la letra y el sello del valido y fe doy que vuestra merced no quisiera pasar a un plano más bajo y

menos altanero que tiene ahora mismo. Siendo así, doy por hecho que cumplirá las palabras del conde-duque y hará de esos piojuelos lo que se merecen — metió su mano en un hatillo, sacó de él un frasco de mercurio líquido y se lo ofreció al capitán—. Mire, observe vuestra merced. La lengua de esos desdichados... vale un reino. Cumpla mi voluntad y vierta de vez en cuando en la sopa un poquito de este amigo mío. Eso hará que las palabras de sus bocas desaparezcan. Bien es cierto que vuestra merced recibirá la oportuna recompensa de manos del mismísimo señor de Olivares. ¿O tal vez desea ser juzgado por la Santa Inquisición?

La curiosidad del capitán creció como la altamar. Hizo un movimiento de nuez y apretó el entrecejo. Estaba claro que el tal Melgarejo era un perdonavidas subido a las barbas de cualquiera. Eso le hizo cavilar con la mirada al vacío unos instantes.

—Se hará —apostilló recogiendo la balsamera de las manos de Barrabás con desgana.

Dámaso de la Higuera tenía una excelente hoja de servicios hasta que el duque de Medina-Sidonia la borró del mapa. Había servido a sus edictos contra la flota de *sir* Edward Cecil en Cádiz y anteriormente consiguió con su galera la Tormenta hacer estropicios considerables a un corsario inglés en las costas gallegas. De familia de cierto realengo, vio como de la noche a la mañana una resma que procedía de la corte le mandó hacerse con la galera de forzados que ahora comandaba. Pero el origen de esa consigna estaba en no hacer la vista gorda de las violaciones a mujeres desdichadas que cometían los marineros del duque de Medina-Sidonia. Uno de los galeones con mujeres para colonizar las Américas, con doncellas de buen menester y listas para parir, se fue a pique en las islas Canarias. Y fue allí donde los galopines, envalentonados por las libertades que les daba el duque, hicieron estragos entre las piernas de las jóvenes, asesinando a más de una y más de dos. Aquello no hubiera ido a más si el capitán Dámaso de la Higuera no hubiera expedido quejas de esos lances a su superior. De hecho, para la burocracia del reino no hubo referencia alguna sobre ese galeón que no fuera su naufragio y las oportunas gallofas sobre los goces eróticos de los marineros. Y, atormentado por lo que observaron sus ojos con el beneplácito del duque de Medina-Sidonia, decidió terciar. Como era normal en las Españas de Felipe el Cuarto, todo se lo llevó el viento y no hubo pesquisa alguna sobre el asunto.

Dámaso de la Higuera bajó a las cuadernas de las bancadas y echó un

vistazo a esos dos hombres. Parecían espantapájaros de un egipcio de las Alpujarras. Dio una voz al despensero y este apareció estrujándose la ropa para componérsela bien antes de llegar a la presencia del capitán.

—Que no les falte agua a esos dos —señaló el capitán.

—Así se hará —repuso el ensebado despensero.

Martín ojeó lo que tenía a su alrededor. Con poca luz, casi en tinieblas, pudo distinguir la figura de un hombrecillo que remaba a su lado. Tenía la tez carcomida, torcía la boca cada vez que empujaba los remos, vestía unos ropones con manchones de humedad y tosía como un becerro con el mal de san Vito.

—Soy Luciano María Manni —susurró con voz seca.

Mirándolo con gesto helado, Martín escrutó el rostro de ese adefesio de hombre y luego se dejó llevar por la fuerza de los empujones de la remada.

—Me haré rico con el tiempo —aseguró con marcado acento italiano—. *Ma cosa* fácil para mí una vez salga de aquí —añadió sonriendo con boca mugrienta—. Haré *occhiali* para la vista.

—¡Cállate, maldita rata! ¡Hijo de Satanás! —vociferó un hombre allá atrás.

—No le hagas caso —dijo otro.

Hawkins tenía la voz tomada y no articuló palabra alguna.

A Martín no le hacía gracia encontrarse en aquel inmundo de las galeras. El aire estaba viciado, tanto que las tufaradas de los sudores iban y venían exhaladas con el poco viento que atravesaba los huecos de los portillos. Era normal ver chinches corretear por los alrededores. El caso es que Luciano María Manni, un tanto ido, les ponía nombres.

—¡Por ahí va Priscilla! —pronunció con exultación el italiano— Sí. Es la que más corre. *Non è difficile* conocerla.

El compañero de bancada del italiano le dio un empujón y este sacudió los huesos que lo componían, callándose al instante. En un santiamén apareció el cómitre con el látigo y puso orden.

—¿*Occhiali*? —preguntó Martín al italiano.

—Para los ojos —repuso el menudo hombre.

Una sonrisa apareció en el rostro de Martín. Dios no ahoga, pensó.

Mientras Barrabás se perdía por la segunda cubierta, Dámaso de la Higuera estaba acodado cerca del bauprés. Allí, con el frasco de mercurio en la mano, miró de soslayo a Fernando Melgarejo, Barrabás, y entornó un gesto avinagrado al caballero veinticuatro. Se aseguró que no lo veía nadie y lanzó

el veneno a las aguas profundas.

—¡Asqueroso lamesuelas! —murmuró.

* * *

Otra vez igual. Sí. El jaco al que logró encaramarse Isabela relinchó un último suspiro y cayó al suelo con las patas desparramadas, baldado como un mozo del Arenal en días de mucho trabajo. Ahora sabía que su persona era más importante de lo que pensaba. Martín llevaba razón. ¿Qué había pasado con ella? ¿Por qué la perseguían? ¿Qué había detrás de ese entuerto? Ya estaba cerca de la corte. Allí encontraría respuestas, o tal vez no. Ana de Guevara la estaría buscando seguramente.

Los campos baldíos que cercaban la Madrid de la zona noroeste estaban repletos de pasto seco, zarzales de poco verdal y ganados de trashumancia endebles. Jornaleros labrando vides que se agarraban a la serranía como la mugre a la piel. Se veía algún revolcadero para gorrinos, pequeñas siembras de mies y centenos y alguna lavandera que bajaba a los ríos con cestos en la cabeza. E Isabela, con más polvo encima que si viniera de la mismísima Roma, tosía ese ambiente con pocas tragaderas en su vida habitual. Aquello era la España de las cercanías a la corte. Ella, fatigada por el viaje repentino, no paraba de inquinar la mirada hacia atrás en señal de desconfianza. Aquellos tipejos eran de una calaña atroz. Solo le había dado tiempo a escuchar las blancas chocando unas con otras cuando supo que tenía que huir. Y se sorprendió de haberlo conseguido de nuevo. Ahora echaba en falta a Martín y al hijo del pirata sin saber qué habría sido de ellos. Su último vistazo atrás en aquella posada vieja cercioró que se defendían como jabatos. En estos momentos se encontraba a pocos tiros de ballesta de Madrid. Y, con los ropones deshechos y tintados de tizne hasta las cejas, decidió aventurarse por las callejuelas de la corte para intentar pasar desapercibida de los individuos que la seguían. Si su vislumbre no le fallaba, estaba claro que en la misma capital encontraría su parapeto para resguardarse de ellos. No obstante, no estaba segura y su paso plomizo la delataba. Se cruzó con varios rebaños de vacas y decidió pasar la noche en uno de ellos. A pocos palmos estaba la urbe, pero no quería arriesgarse a entrar de día, así que se arremolinó tras el pajar de un establo y esperó a que las lloviznas que amenazaban su salud, pasaran de largo.

Tenía callos en los pies, manos acanaladas por negrura y una ropa que ni si quiera se la regalarían en el convento de San Francisco. Ella, que guardaba la compostura de sus uñas con alheña traída de Arabia, que lavaba su pelo con claras de huevo y leche, y que olía a perfumes peregrinos, hedía ahora como el aliento de un toro. Se acordaba de Martín. Se dolía de no haber podido ayudarle, pero al mismo tiempo sabía que le sería más útil en el regazo de Ana de Guevara que en las manos de los pendencieros perseguidores.

Cuando la noche se tragó de una sola engullida al día, Isabela retomó el paso andando a tientas leves para no llamar la atención. No lo consiguió. El pastor, un hombre de aire maltrecho, llegó resoplando hasta ella con la intención de mostrarse como caballero de andanzas al rescate de una damisela.

—¿Vuestra merced necesita ayuda? —preguntó el hombre corpulento.

Ambrosio tenía unos ojos saltones y una piel tostada. Cojitranco sobre un bastón, se hacía acompañar por un perro de aire fatigado que imponía menos que un egipciano en la mismísima corte madrileña. Había en aquel saco de carnes cierto atisbo de penalidades. Lo delataba su mirada caída, desaliñada. Quizás era más sufrido de lo que quería aparentar.

—Solo si me puede acompañar a la capital. Soy dama de la corte —repuso Isabela.

A pesar de que no quería delatar su presencia, vio con buenos ojos que ese hombre tan predispuesto quisiera ayudarla. Sabía que en el momento en el que dijera que pertenecía a la corte de Felipe el Cuarto, cualquiera pondría hombro bajo ella con la intención de ganar unos cuantos reales de propina.

—Sí. Pero vuestra merced debería esperar a que amaneciera —señaló el pastor Ambrosio—. Hay chupasangres por todos lados, lobos en época de cría y asaltantes de caminos de mala leche.

—Me interesa viajar de noche —repuso Isabela.

Ambrosio se recompuso el fardel de piel de oveja, sacudió las botas del barro pegado y miró de refilón a la joven. Lanzó la mirada al horizonte nocturno, meditabundo, elucubrando que tal vez pudiera ser más beneficiosa su compañía de lo que esperaba en primer momento.

Capítulo 9

Los diminutos efluvios de brea, algas y salitre subían por los cuerpos flacos de aquellos hombres. De quijadas pronunciadas, barba espesa y manchurroneos encarnados, esos marineros remaban lo que podían. Quizás no vieran el nuevo amanecer; puede ser que solo fuera un puro espejismo aquella luz leve que se colaba por las hendiduras inciertas del maderamen. Lo cierto es que, habilidosas y pequeñas, las chinches de color de mar se colaban hasta el mentón y encontraban alimento sustancioso entre los canales corpóreos colmados de suciedad, sangre salpicada y yantas descompuestas.

Aquello era una galera de forzados.

No sabía Martín el tiempo que había pasado desde que lo amarraron allí. Los días y las noches se diferenciaban de forma tenue en las cuadernas de la galera. Todavía no habían subido a cubierta y escupían con asiduidad la mazamorra cubierta de gusanos. Esa sopa nacida de los infiernos se colaba entre las tripas y provocaba malestar continuo. Y Martín, que soñaba despierto, observaba como cada vez estaba más lejos de él Ricky Hawkins, con la inseguridad de si se trataba de su vista nublada por el cansancio, o si ciertamente lo alejaban de su persona. Miró al suelo de la nao y se encontró los pies encadenados, hechos añicos por el apresamiento.

La galera había sorteado el mar de la Paja de Lisboa y había dejado a Barrabás en Ayamonte. Ahora se dirigía a Cádiz, donde Dámaso de la Higuera tenía un plan para desarticular las órdenes del caballero veinticuatro.

El mar, en estado ansioso en esas costas, mecía la quilla de la nao a placer, levantando volutas de relente que se quedaban incrustados en el velamen. El capitán había dado instrucciones para sacudir las velas latinas y estaba preocupado por el castaño del trinquete. Quizás se fuera a pique aquella mole de incordio, de infierno. Quizás tuviera esa suerte. Pero Dámaso de la Higuera se mostraba insumiso a la injusticia. Era esta la que le había llevado hasta esa fecha, ese lugar y ese sitio. Y después de que su mujer falleciera años antes por la peste en la costa gaditana, poco valor tenía para su persona el daño recibido. Por lo menos se interesaría por esos dos hombres con la intención de

averiguar por qué era tan importante su castigo. Para él, era como quitarse cien arrobas de hierro sobre su cabeza.

Bajó a las cuadernas e hizo soltar a Martín y Hawkins. Ambos, sin fuerzas para levantar el mentón, pudieron beber un sorbo de agua fresca. El aliento de los jóvenes mudó a mejor en pocos instantes.

—¿Qué atropello habéis cometido? —interrogó el capitán.

Levantando levemente las caras, Martín y Hawkins escrutaron el rostro nublado de Dámaso de la Higuera. No entornaron palabra alguna. Quizás no tenían fuerza para ello. A simple vista el capitán daba muestras de cierto desasosiego. Había en aquella mirada somnolienta y reminiscente un gesto seco y una gravedad en su voz que parecía aullar de dolor a distancia. Los apresados se miraron uno a otro sin saber reaccionar.

—Puede que estemos del mismo bando —entornó Dámaso de la Higuera observando a su alrededor con un tono leve.

—Tengo hambre —pudo pronunciar Martín.

—¡Rodrigo! —gritó el capitán a su alférez.

El alférez vino moviendo los cachetes de la cara con premura y prestancia. Apenas movía un pie cuando el otro volaba en dirección al capitán.

—¿Qué ordena vuestra merced? —apuntó Rodrigo.

—Quiero que estos hombres se recuperen. Dales comida, ropa limpia y que se aseen.

Rodrigo quedó con el rostro en blanco mirando a su superior sin entender nada.

—¡Estás perdiendo el tiempo ya! —consignó con vehemencia el capitán.

El alférez dio órdenes para que le quitaran las cadenas y los llevaran a la segunda cubierta. Todos los marineros se quedaron atónitos observando la escena. Allí les prepararon carne de cerdo asada, pan de centeno en abundancia y vino de Valdeiglesias. Luego los metieron en dos toneles de agua y los refregaron con un cepillo. Martín y Hawkins se sentían como perrillos ilustres de una casa acomodada. Aun así las fuerzas no resurgían de momento y los dejaron dormir la tarde sobre una litera con paja.

Cuando pasó el tiempo, sintieron como la nao dejaba de bogar y se quedaba casi quieta del vaivén del mar. Les hicieron entonces subir a la primera cubierta, donde les esperaba Dámaso de la Higuera.

—Decidme por qué he de soltaros —interrogó el capitán.

—No lo sabemos —repuso Martín mientras masticaba los restos de una

tajada de melón de temporada.

—Soy nieto de John Hawkins —acertó a presumir Ricky Hawkins.

Dejó una mirada quieta el capitán antes de pronunciarse.

—¿Por eso estáis aquí? —preguntó el mando.

—No... Es por Isabela —contestó Martín.

—Contadme —dijo el capitán.

La diatriba de Martín duró quince minutos. Dámaso de la Higuera dejó los ojos como escudillas escuchando la historia de la amiga de los jóvenes y su relación con ellos.

—...y solo sabemos que la luz se esfumó e Isabela probablemente esté camino de Madrid —acabó de narrar Martín.

Dámaso de la Higuera se volvió de espaldas al horizonte de la costa gaditana. En esos instantes se recreó con los dragos que se veían a lo lejos de Sancti Petri y sintió la alegría del olvido. De aquella que hace pasar el tiempo y cura las heridas... sean las que sean. No quiso dar explicaciones de por qué iba a hacer lo que tenía pensado, pero se aseguró de que las bocas de aquellos trotamundos se cerrarían de cualquier insinuación a su persona.

—Bien. Quedaréis en libertad cuando hunda esta maldita nao que oscuros recuerdos me provoca. Vamos a bogar cerca de las islas Azores y allí mandaré el barco a los fondos marinos. Tendréis así una buena excusa para libraros de la carga que pesa sobre vosotros. No quiero más palabras que aquellas que sirvan para construir un porvenir nuevo. Así se hará...

El capitán se apresuró a dar órdenes al despensero, al alférez y a otros subordinados. La conversación tuvo lugar a unas cuantas cuartas de los jóvenes. Nada pudieron oír de ella. Tan solo recibieron miradas de asombro sobre sus rostros. En poco tiempo la galera tomó rumbo hacia las islas Azores. Y Martín, con Ricky Hawkins como cómplice, recibió buenas yantas y vinos en lo que quedaba de trayecto. Martín pudo convencer al capitán para que soltara a Luciano María Manni, so pretexto de que era importante para su futuro. Dámaso de la Higuera quedó hecho a esa idea, sin saber que la única razón por la que Martín estaba interesado en el loco italiano era la posibilidad de que le fabricara unos anteojos.

La galera bogó hacia la isla de La Graciosa. Allí estaba convencido el capitán de que nadie echaría en falta el pecio en el que quedaría convertida la nao de mil demonios. Y Dámaso de la Higuera estaba seguro del paso que iba a dar. Llevaba varios años dándole vueltas a esa idea. Había estudiado la

forma y el lugar, así que la historia de Martín y Hawkins era el detonante de la decisión. No pasaron por la zona de las islas Canarias, cuyo lugar era el rumbo que tenía que tomar según las órdenes recibidas. Los mandos de la nave tomaron con asombro la orden del capitán. Algunos dijeron que lo contarían, otros que se quedarían con su mando hasta que la nave quedara bajo el agua y otros decidieron tomar barcas auxiliares para ir en busca de tierra firme sin otra razón que no esperar los acontecimientos previstos. Y el temporal de agua a esas alturas del año contribuiría a que la galera quedara hundida. Unos vientos huracanados aparecieron por septentrión e hicieron resmas burdas de lo que eran las velas latinas. El trinquete quedó dañado en su pico y el bauprés con cabeza de bronce perdió buena parte de su color y apariencia.

Mientras, en las literas, tanto Hawkins como Martín junto a Luciano María Manni se agarraban a la madera vertical de los lechos. Habían apagado los candiles de sebo y comentaban el aguacero que inundaba la nave. El italiano estaba convencido de ganar buenos dineros con su idea de los anteojos. Y la verdad es que Martín se entusiasmaba escuchándolo sobre sus nociones de óptica. Decía haber estudiado el libro *Kitab-al Manazir* de Alhacén y leer los diarios de Roberto Grosseteste. Narraba con orgullo los avances en la Italia de la época sobre el uso de los anteojos. Ricky Hawkins decía que esos eran inventos del diablo y tomaba con risas los dibujos que hacía Luciano María Manni sobre ellos.

* * *

Tras la tempestad llegó la calma. Cormoranes y gaviotas se disputaban los vuelos más acrobáticos sobre la isla de La Graciosa. Eran varias las millas que dividían las Azores. Y la nao tomaba pulso para nadar sus últimos lances sobre el agua esmeralda. Allí, Dámaso de la Higuera se puso el uniforme de gala. Sobre él descansaban varias condecoraciones, todas con el regusto a malos vientos y una carga anímica insoportable. Hizo que se lanzaran los hombres al agua a poca distancia de la isla. Luego tomó yesca y la prendió sobre la segunda cubierta. Los céfiros ayudaron a que el fuego creciera en poco tiempo. Y todos, menos algún bragado marinero que entornó una cancioncilla propia de la navegación, saltaron a las bravas olas que movían aquella nao. Con el rabillo del ojo, pudo ver Martín cómo se hundía poco a poco la nave en una turbamulta de piras turquesas. Los otros, Luciano María

Manni y Ricky Hawkins, se agarraron a una tabla de ribetes deshechos. En poco tiempo llegaron cerca de la costa en la que les aguardaba en la playa una multitud de cangrejos. A muchos de esos hombres no les dio tiempo llegar. El capitán murió mientras se hundía la nao. En isla de La Graciosa les esperaban portugueses, franceses y nativos de Flandes. Después de mucho esfuerzo, consiguieron llegar a nado a la playa este de la isla. Aquel paraíso de colores a ojos vista solo era un espejismo de la cierta realidad de aquel lugar.

Capítulo 10

Más endomingado de lo habitual, Ambrosio había conseguido librarse de los malos tufos que le acompañaban habitualmente. Aunque compartir camino con una bella dama era una experiencia nueva para él, aquellos olores corporales a vaca y cabra eran una bendición según le decía su padre: “Esto es señal de que haces tus faenas”. Pero la granja quedaba ahora endilgada a quien tuviera menester de hacerse cargo unos días de ella. El candidato oportuno era Remigio, que lo visitaba normalmente para gastarse blancas de saca vacía en la buena leche que daban sus vacas. El caso es que, para Ambrosio, la ocasión merecía la pena. Sí. Si las cosas no se iban al garete, recibiría sus propinas y él quedaría como hidalgo de buena prosapia que salva a una damisela en un desquite propio de las novelas de Lope de Vega. E Isabela tenía que deshacerse en quites de faena taurina de las miradas inoportunas a sus curvas femeninas. Tenía el cabrero especial predilección por sus senos, turgentes y abombados en una redondez absoluta. La joven, que no paraba de hablar del Rey Planeta para darse pompa y estilo, sabía que era una partida de naipes a ganar con esta palabrería a su acompañante de reojos indiscretos. Y para más enjundia, la tarde se había levantado con unos vientos veloces que levantaban de vez en cuando la parte baja de la basquiña de Isabela y dejaban sus enaguas a quien tuviera la osadía de posar sus ojos sobre ellas. En ese juego de miradas reñidas estuvieron enrolados los dos durante todo el camino por los campos de Salamanca hasta la urbe madrileña. Fatigados por los terrones de tierra seca que cubrían el oeste de la capital, obligándolos a insistir en pisadas certeras, arribaron al antiguo cementerio moro de Madrid.

Llegaron hasta el colegio de Santa María de Jesús y, tras torcer en la plazuela de la cebada, anduvieron pronto cerca del cerrillo del Rastro; allí tomaron camino para parar al lado de la rúa de Toledo, no muy lejos del matadero. La algarabía de la calle era zumbona, más que las gradas de San Felipe. Se pregonaban aguadores y alojeros y se instalaban bodegones de puntapié. Ya cerca de las gradas donde esperaban la sopa boba algunas

mujerzuelas, estudiantes pobres y mendigos que daban faena excelsa a los agustinos, Isabela hizo acopio del cuajo de Ambrosio para sortear las ojerizas imprudentes de todo fulano que asomaba la vista para incomodar la presencia de tanta diferencia de aspecto. No tardaron mucho tiempo en aparcar las piernas cansadas en los extramuros de Madrid, al oeste de la ciudad.

El rey se acomodaba en muchas ocasiones en el convento de San Jerónimo el Real. Acá esperaba con impaciencia que terminaran las obras del Buen Retiro de Madrid. Y Felipe el Cuarto, que no daba tregua a lanzar su mirada de deseo sobre cualquier dama que tuviera en el punto de mira, se recreaba cuando podía en el salón de los espejos y las 993 pinturas que atesoraba en el palacio. Las obras de la fachada daban más pelusa a los organizadores que al propio rey. Aquello era una chinchosa y exacerbada faena para los que lamían la botonadura del rey, pues sus caprichos infantiles sacaban de quicio a todo aquel que tuviera menester de subir la escalera de los favores reales. A pesar de todo, el Madrid donde se discutían a menudo los asuntos de Flandes, Italia y las Indias, no perdía la cachaza y se ensimismaba en la belleza rumoreada de Isabel de Borbón, que paseaba vestidos de brillantes brocados, pendientes de Italia, cintas azules en el brazo y una cornamenta imaginada a leguas vista. Una cosa piensa el bayo y otra en el que lo ensilla, ya que el lechuguino rey, que parecía un cochero tirando del pescante de cuatro mulas en ese momento (eran cuatro mujeres conocidas las que engalanaba con joyas el rey esa época), servía de riachuelo de pesquisas a la reina, sin tregua alguna a que cambiara de actitud. E Isabel de Borbón se deshacía en lágrimas por la baja estofa que profesaba su esposo. Allí, todos se aprovechaban de las lenguas marcadas a fuego con el soniche emperifollado de la familia real: uno de ellos era el conde-duque de Olivares.

En la entrada de palacio esperaba un hombre de daga comprada en la calle de los Espaderos, con mango damasquinado, cruz de acero y una cuarta larga de hoja de buen temple, fina y con doble filo; endiosado con golilla anudada al cuello, sombrero de fieltro marrón volcán, medias de doble calza de Italia y un bigotillo con faz de correveidile que se alojaba bajo una nariz con forma de búcaro. Ese hombre los vio llegar hasta las inmediaciones, se agarró de la faltriquera y mudó el gesto con sorpresa. Isabela lo conocía, era el mensajero de retruécanos sucios del conde-duque; un boquirrubio y fanfarrón llamado Gómez de Alcántara. Hizo un ademán abigarrado de disimulo mal calculado, se echó la mano a la nuez y bajó la quijada. E Isabela no precisó tiempo tardó

en presentarse, a sabiendas de que obtendría respuesta. Acompañada de Ambrosio, acercó sus chapines en suave trote arpado hasta llegar a su altura de miras. Y el cabrero, más perdido que el cepillo de San Eufrasio, trataba sin acierto de hacerse el despistado, moviéndose de aquí a allá para recomponer sus partes nobles dañadas por unas almorranas aparecidas durante tanto camino.

Algunos faeneros de la fachada miraron de soslayo a aquella bella mujer que aparentaba un rostro prieto por las circunstancias. Cantaban en su quehacer simulando a las busconas del corral de la Pacheca y el corral de la Cruz, comentando chascarrillos de los mentideros de Losas de Palacio y la rúa Representantes. Hombres de poco calado de la España de Felipe el Cuarto, hombres de incierto porvenir, hombres acolchados en una amalgama de brega gregaria e insulsa que pasaban desapercibidos a los ojos coetáneos de los notables como polluelos de granja... y vas allí... y vienes aquí. En fin, que no era de extrañar, que ninguno de ellos supiera cuán importante era Isabela en esos momentos para el reino.

Ella se aseguró de lo que iba a salir por su boca antes de soltar las primeras palabras.

—Soy doncella de Ana de Guevara —dijo.

Tragó algo de saliva Gómez de Alcántara antes de hablar. Aparentaba no saber nada y daba mosqueo de que era una situación embarazosa para él.

—Conozco desde hace años a vuestra merced —acertó a decir con un ligero cascabeleo de su voz.

—¿Puedo verla?

—Ahora está reunida con su majestad. Vuelva otro día.

Isabela sabía que era una maña para ganar tiempo para la espada y las habladurías, así que no dudó en insistir en entrar en palacio.

—Tengo una importante cita con ella.

El caballero caló enseguida la mentira de Isabela: se cercioró de la falsedad al recorrer con sus ojos el lamentable estado de los ropones de la joven.

—Vengo del campo, de las afueras ahora mismo —se apresuró a decir Isabela saizando el recorrido visual del caballero sobre sus suciedades en la ropa.

Ambrosio boquiabierto, con sus cejas pobladas levantadas en señal de inocencia prestada, tuvo que soportar la mirada despectiva de Gómez de

Alcántara.

—Está bien. Pase vuestra merced. Le daré aviso al paje.

Con cara de conejo enjaulado, Ambrosio no paraba de mirar y observar de aquí a allá todo lo que refulgía ante él. Se oía a pasos endebles el servicio de las doncellas: un suave tintineo de golpes que parecían hilar música de órgano. Enormes cuadros de Velázquez, otros de Leonardo da Vinci, de Brueghel, del Veronés y alguno de Van Dyck adornaban las estancias del Rey Planeta junto a enormes candelabros de plata, el consabido pan de oro en los cantones y un mobiliario labrado en caoba. Un ligero aroma a madera reseca impregnaba aquellas habitaciones. Lugares donde se tejían venganza, requiebros, traiciones, y la vida y la muerte de algún que otro mal avenido. La luz de las ventanas destilaba un aire demasiado solemne para todo el que entrara por primera vez. Demasiada pomposidad para Ambrosio, que no pudo resistir que sus pantorrillas se llenaran de humedad por una orina fugaz. Sin perder tiempo, y anudándose la mano a la nariz, Isabela llamó a una dama de servicio para que recogiera los restos de tan desdichado percance. Enseguida apareció un can grande y jadeante que, tras olerlos a los dos y reconocer a Isabela, movió la cola con deleite. A pocas cuartas, tras la puerta primera de la derecha, apareció Ana de Guevara con rostro de circunstancias.

—¡Hija mía! —entonó con cautela Ana de Guevara— ¡Ven enseguida!

Isabela le hizo un gesto a Ambrosio para que aguardara y se perdió en poco tiempo por las estancias junto a la nodriza real.

La nodriza cerró la puerta tachonada de relieves dorados con una llave, cogió de la mano a Isabela y se la llevó hasta un rincón cerca de una ventana.

—¡Óyeme! —susurró— Es probable que Gómez de Alcántara haya dado el aviso al conde-duque de Olivares de que estas aquí. ¿Dónde te has metido? Desapareciste de la noche al día. ¿Y esa ropa? Cuéntame.

Isabela dio un abrazo a Ana de Guevara y luego continuó con aire consternado.

La joven narró todo lo sucedido, preocupada por Martín y Hawkins. La nodriza se volvió de espaldas con tono meditabundo. Tras unos instantes, se plantó frente a Isabela y le dijo con sequedad:

—Se rumorea que el príncipe Carlos I de Inglaterra y el duque de Buckingham te buscan para desposarte.

—¿Cómo? —acertó a preguntar Isabela sorprendida.

—Esto que te digo. Al no conseguir el favor real de la infanta, se

enamoraron de ti.

Isabela entornó un gesto pétreo, bajó el mentón y luego miró a Ana de Guevara a los ojos.

—¿Por qué se quieren deshacer de mí en la corte entonces?

—No es la corte, mi niña; no sabemos quién está detrás.

—¿El conde-duque de Olivares? ¿El mismísimo valido del rey?

—Lo sabremos pronto.

Capítulo 11

No hacía mucho que como especie invasora se había instalado allí el escarabajo japonés. Pero lo cierto es que ninguno pensaba que iba a ser el alimento de Hawkins, Martín y Manni durante algún tiempo. Aquellos días de sol graneado, alejados de la población de la pequeña isla, bebieron lo que les quedaba de agua potable en una bota y asaron cangrejos y escarabajos japoneses con yesca de la playa. Decía Luciano María Manni que la tierra daba pitanzas de todas clases y que esos bichejos eran una más. Tras las consignas dadas por el italiano para evitar el escorbuto, comieron las pocas frutas que encontraron, además de ensebarse los rostros con grasa para evitar las picaduras de los mosquitos. Manni, que había escuchado hablar de los bucaneros, comentaba cómo los piratas no se lavaban las prendas interiores, las polainas y untaban de sangre de manatí todos los ropones y los mocasines. Aquellos piratas eran sus amigos. Quizás tocado por cierto halo de locura, hablar de los bucaneros le había llevado en el sino a llegar hasta la galera de forzados. Cada vez que lo escuchaba Martín, veía como se esfumaba su ilusión por tener unos anteojos que le hicieran ver los colores que no había visto nunca. Pero ahora eso no importaba. Lo realmente estremecedor era que apenas comían y bebían, las barrigas se les hinchaban poco a poco y no sabían qué encontrarían entre la población escasa de la isla.

A media legua de distancia asomaba el olor a chamusco de una fogata a media altura. Unos pesebres junto a varias cabras y un monto de heno se podían ver bajo las sombras cuarteladas de algunos pinos. Decidieron adentrarse hacia el lugar. No tenían nada que perder. Caminaron a tientas entre las zarzas que florecían reseca bajo un vado que orillaba con un riachuelo. El pico de una montaña sin nieve resaltaba a lo lejos. Y ellos, que se hacían sonar el saco de huesos sobre la hierba con sus pisadas, no imaginaron en ningún instante que estaban siendo acorralados. Con mucho tino y algunos requiebros, unos individuos les lanzaron una red al bulto. Era inmensa. Los apresados parecían pececillos indefensos en el telar de una araña peluda. El movimiento por deshacerse de la prisión era fútil, lo suficientemente vano

como para que les ataran los pies con facilidad. En poco tiempo estaban metidos en una mazmorra con techo de madera añosa y una sopa putrefacta por alimento. Las fuerzas les flaqueaban tanto a los tres que quedaron adormilados en cuestión de minutos. Apenas movían los costados cuando se chocaban con los de otros. La humedad reinante era considerable. Cayó la noche bajo un cielo enmarañado de estrellas y una calima flotante.

* * *

Una chinche de verde pardo hizo un arreo de sus patas por intentar trepar por aquel cuerpo. Subió por la pantorrilla famélica sorteando los vellos enhiestos hasta llegar a la altura de la ingle. En poco tiempo tanteó con su boca una zona que pudiera ser apetitosa. Pero, tras trastear la piel cetrina de su víctima, decidió dar marcha atrás y correr a toda velocidad hacia abajo para perderse por el suelo chapoteado de relente. Luciano María Manni se movió en ese instante. “¿Priscilla?”, entonó con poco aliento. Cuando fue a intentar sorber algo de la sopa de la escudilla, pudo constatar que en ella libaban dos ratas de cola larga grandes como gatos. Desistió. Volvió a ovillarse junto a Martín y Hawkins. El hijo del pirata se atusó la cara con las manos y se irguió para sentarse.

—¿Dónde estamos? —dijo.

—Ni zorra idea. Nos van a esclavizar —repuso Martín.

Esa noche había soñado con Isabela. Eran padre de siete hijos. Mozos rubicundos, fornidos y bellos. Ella cocinaba castañas y perdices, se afanaba en hacer el amor con él y lucía una piel y rostro de ensueño. Y, sobre todo, comían y no paraban de comer, rodeados de los chicuelos. Despertarse le puso de mal humor. Más aún cuando Manni sacó un cristal redondo de las ropas raídas y le dijo que era un buen principio para el antejo. A Hawkins se le había ocurrido una idea: si sacaban aquel cristal a medio palmo fuera de la mazmorra, podrían provocar un incendio.

—Es una idea estúpida —añadió Martín—, solo conseguiríamos acabar como chicharrones de Cádiz.

Manni se entretenía en hacer extraños dibujos sobre el suelo. Contaba números con las manos y miraba de refilón los pocos haces de luces que se colaban en la mazmorra. Entonces era cuando su mirada refulgía, como si hubiera encontrado una panacea inquebrantable. Luego volvía a la realidad y

trataba de contar las horas con unos artilugios raros a base de pequeñas ramitas. Lo cierto era que ningún ser humano había asomado el gaznate por allí para darles explicaciones. El lenguaje de sus captores era portugués, había dicho Hawkins. Y por más que gritaban lo que sus cuerdas vocales podían graznar, allí no aparecía nadie. El hambre era tan acusada que la musiquilla de sus barrigas mitigaba la de los sonidos de los alrededores.

Pasó un escarabajo japonés cerca de ellos. Rápidamente lanzaron sus manos huesudas sobre el bicho sin llegar a cazarlo. Y vieron como el almuerzo se perdía como si fuera un caballo desbocado por las sombras y recovecos del lar. Cuando cayó la noche, el sonido de los mosquitos fue a peor. “Parecen avispas”, comentó Manni. Unos pasos cadenciosos se acercaron a la puerta de la mazmorra.

—¡Boñigas de vaca! —pronunció con voz gutural un hombre— ¡Acercaos!

—¡Sácanos de aquí, hideputa! —repuso Martín con voz endeble.

—Escuchadme porque no lo voy a repetir. Podéis uniros a nuestro plan para arrebatarnos las Azores a la Corona española... o, por el contrario..., pudriros en la mazmorra como cucarachas.

Se quedaron los tres mirándose unos a otros sin saber qué responder.

—Nos unimos —dijo Martín sin convicción alguna.

—Al amanecer hablaréis con el capitán.

El carcelero se marchó haciendo ruido con su pata coja. Se notaba a leguas que una de sus piernas era de madera barata.

Martín había echado la sota de espadas al encierro en aquel pútrido infierno. No sabían ni de lejos quién era ese capitán ni lo que pretendían de ellos tres. Ahora se iban a ver sumergidos en otra historia ajena. Y eso enervaba la paciencia indómita de Hawkins. Se lo hizo saber a Martín.

—¿Por qué asientes, sacapellejos?

Sin apenas moverse, Martín pudo contestarle con tono deshilachado.

—Pardiez. ¿Tienes un plan mejor?

Hawkins giró el rostro hacia el techo, que goteaba relente.

—No haberte conocido.

Luciano María Manni comenzó a reír a carcajadas sin freno alguno. Se le podía ver la campanilla de la garganta y los cuatro dientes que le quedaban.

—¡Para ya! ¡Maldita rata! —gritó Ricky Hawkins— No sé si algún día hablaran de mí —dijo con reflexión.

—No estamos ahora para esas —indicó Martín—. A fe doy que volveremos

a encontrar a Isabela. Ella es lo único que me queda.

—Me has metido hasta las trancas en esto —añadió Ricky Hawkins—. No te perdonaré que no consigamos salvarla.

Irguieron la quijada para tomar aire y ver el haz de luz que se colaba por el entramado de la mazmorra, Martín se quedó solo con sus pensamientos. Ideaba agarrar por la cintura a Isabela, ver por fin sus ojos y hacerle el amor al alba. Hawkins y Manni sonrieron tímidamente.

La cancilla de la improvisada prisión no tardó en abrirse. Aparecieron hombres armados hasta los dientes junto a su jefe. El capitán era un mozo joven de aire campechano y mostacho castaño. Lucía un sombrero verde sin alas de fieltro, daga de pomo nácar sobre faltriquera de cuero, una polaina con zurrapas de grasa hasta los ojos y una mirada profunda. El sable que agarraba con su mano izquierda era de metal templado: se notaba en el filo brillante que recorría el corte. Ese hombre curtido hacía ademanes mecánicos y calculados. Plantó sus mocasines bermellones sobre la tierra seca y observó de arriba abajo a aquellos tres prisioneros.

—No sé si valdrán —señaló rascándose la barbilla—. No los alimentéis bien hasta que no estén duchos con el sable —sentenció.

Inmediatamente cerraron de nuevo la trampilla y rieron todos con efusividad. Poco después se escucharon unos pasos en las cercanías de la mazmorra. El repiqueteo de escaleras y cubetas resonaban por los alrededores.

—¡Mucho trabajo es esto! —resolvió un hombre del grupo.

El agua cayó en forma de latigazos sobre Martín, Hawkins y Manni. Era agua fría. Parecía sacada de un pozo con el efluvio áspero propio de las profundidades. Los estornudos no tardaron en aparecer. Ese calor insoportable de aquellas tierras fue mermado en poco tiempo. Las tripas se les removían, la humedad les hacía toser y las moscas se les acercaban en tropel. Era una mazmorra en las islas Azores, donde un grupo de soldados planeaban un motín a la Corona española sin tregua alguna. Desde que el rey Felipe el Tercero se hiciera con las islas, los portugueses las habían reclamado para ellos como una provincia más. De hecho, aquel guisado de pequeñas islas fue descubierto por un portugués, pero las felonías no paraban de reinar en las islas desde hacía tiempo. Y para los portugueses, la entretenida en demasía guerra de Flandes, era una carta en su favor para hacerse con el control de las Azores.

Desairados y rendidos, cayeron sobre el lodazal que se formó en poco tiempo. Martín perdió la consciencia breves instantes.

—Isabela —susurró.

Capítulo 12

Bautista Martínez del Mazo andaba por los entramados de palacio, aquel verano de 1628. Ya antes había solicitado sin mucho éxito que le dejaran ser el ayudante oficial de Diego de Silva Velázquez. Aun sin conseguirlo y oculto por las manos de Ana de Guevara, había realizado cuadros menores a lápiz y algunos lienzos al óleo de auxiliares de cámara del rey y otros de paisajes de Madrid. Cejijunto, carirredondo y con orejas de soplillo, era fácil verlo por las cercanías de palacio embadurnado de aceites por algunas labores pictóricas hechas a escondidas. Había realizado, entre otros, un precioso retrato de Isabela tras una amistad que trabaron varios años antes. Ahora se topaba de frente con Ana de Guevara mientras Isabela descansaba de sus largas caminatas a través de la España rural y Ambrosio tomaba leche de vaca en la cocina del edificio.

—¡Bautista! ¿Otra vez has entrado por la despensa? ¡Me van a matar! ¡Chicuelo!

El joven Bautista Martínez del Mazo echó una ojeada a los alrededores y le murmuró una súplica de silencio con el dedo índice.

—Cada vez está más cerca mi oficio de ayudante de Velázquez —recalcó.

Asiéndolo por la mano, se lo llevó Ana de Guevara hasta una estancia más íntima. Allí dónde Isabela dormitaba bajo una cama con dosel plateado y luz tenue.

—Chsssss. La vas a despertar —articuló la nodriza real.

El joven alcanzó a ver la silueta perfilada de Isabela y su rostro sosegado mientras dormía.

—¿Es Isabela? —preguntó con vehemencia. Al asentir Ana de Guevara, Bautista Martínez del Mazo, sintió como el corazón le trotaba en el pecho. Un inquietante espasmo de alegría recorrió todo su cuerpo— Pero ¿dónde estaba?

—Quieren eliminarla —Bautista torció el rostro a estupefacto—. No sabemos quién está detrás —añadió Ana de Guevara—. He ordenado a la moza de llaves que nadie entre aquí bajo ninguna orden.

Sabía la nodriza real que Bautista estaba amartelado de Isabela. Se

cuchicheaba en palacio. Los encuentros entre Francisca, la joven de trece años hija de Velázquez, y Bautista eran abortados en numerosas ocasiones por Ana de Guevara, que veía en él a un buen hombre de futuro con quién desposar a Isabela.

—¡Ana! ¡El cuadro desapareció!

—¿Qué cuadro? —repuso Ana de Guevara.

—El que pinté de Isabela; desapareció tras la visita del príncipe de Gales.

La nodriza dejó la mirada al vacío unos instantes.

—¿Se lo regalaron al príncipe?

—Seguramente.

—Tenemos que averiguar qué está pasando aquí. Piérdete, Bautista. Ya verás a Isabela. He de acceder al despacho del conde-duque de Olivares para ojear las últimas órdenes.

Mientras Ana de Guevara se dirigía al aposento escondido de Isabela, Bautista fue haciendo planes. No podía disimular que estaba flechado de Isabela. Ni tampoco que la quería como esposa. Para bien del joven, la nodriza apoyaba la idea. Así que ver de nuevo a su amiga desde hacía varios años suponía un reencuentro fabuloso. Bautista se dirigió a la sala de pinturas de Velázquez y allí se perdió entre los cuadros. Cogió un lápiz y trazó algunas líneas copiadas de aquellas maravillosas obras. Más tarde enfiló la despensa y allí saltó por la ventana, asegurándose de que no le veían.

Ana de Guevara tenía un plan para su protegida. Durante años estuvo dando la teta a los príncipes e influyendo en su educación. La belleza de Isabela y sus exquisitos modales hacían de ella la hija que todo padre quisiera tener. Gustaba Ana de Guevara de inmiscuirse en asuntos de palacio. Y no era por otra razón que por su acercamiento a todos los infantes e infantas, a los que les había dado su propia leche materna. Tenía acceso a influencias no imaginadas fuera de la corte, que unida a su preocupación por los jóvenes que vio crecer, le traían consigo más de un dolor de cabeza. El morisco, pintor de cámara que ayudaba a Velázquez no la veía con buenos ojos. Pero a ella le importaba un pimiento que el esclavo del pintor chismorreara de aquí a allá sobre los enredos en los que se metía Ana de Guevara. Ahora tenía ante sí su reto más importante: desarticular los movimientos en torno a su protegida, Isabela, y de paso mandar fuera de la corte al conde-duque de Olivares.

Al llegar a la altura de Isabela, la nodriza le acarició la mejilla y le dio unas palmaditas en el rostro.

—Isabela —susurró al oído de la joven.

—Ana. He tenido una pesadilla. Nos cortaban la cabeza a las dos.

—No pasará nunca. Es el trajín que te has traído estos días lo que ha metido eso en tu cabeza. Imagino que tienes muchas cosas que contarme.

—Sí.

La joven narró sus vicisitudes hasta llegar a la corte de nuevo. Le habló de Martín y Ricky Hawkins y de su fugaz encuentro con Ambrosio. Al terminar, exhaló profundo suspiro. Ana de Guevara no se creía del todo las historias.

—¿Estás segura de todo lo que me has contado?

—El conde-duque de Olivares me miraba con ojos de deseo. Se lo notaba en cada mirada que me lanzaba —Isabela hizo una pausa en su relato—. Se metió en la cocina con una taza de chocolate caliente, me la ofreció y cuando desperté estaba en la silla de Martín, amarrada como una ladrona.

—Ese hideputa aprovechó para echarte dormidera en la taza.

—No se puede permitir esa falta de cortesía en palacio. No me quise negar.

—Entiendo. Escúchame. Me pegaré como una sanguijuela a Gómez de Alcántara, su secuaz, hasta que pueda entrar en el despacho del conde-duque. Aquí hay algo serio. Los mentideros, como te dije, dicen que el príncipe Carlos y el duque de Buckingham quieren desposarte.

Isabela entornó una sonrisa de incredulidad y luego dijo con pasmo total:

—¿Cuál de los dos?

—Ni idea, mi niña. Sabes que me entero de todo, pero sin detalles. El cuadro de ti que pintó Bautista Martínez del Mazo desapareció tras la visita del príncipe inglés.

—¿Bautista! ¿Dónde está? ¿Mi retrato?

—Tranquila. Ya le verás. Sí. Eso es razonable. El príncipe quiere a Ana María y no la consigue. Ve tu rostro en un cuadro y se queda... enamorado.

—Apenas tuve trato con él. Solo recuerdo que se le caían muchas cosas al suelo.

—Sería para deleitarse en tu cuerpo. Fíjate que repetía una y otra vez que iría hasta la tumba con la infanta ¡Valiente hipócrita! Más embustero que un bederre con su condenado. Del duque de Buckingham se rumorea que cortejó a la reina francesa en el viaje de vuelta... aquel año. ¿Tú sabes que estamos en guerra con los ingleses? ¿No?

—No tiene sentido lo que me dices, Ana. ¿Por qué se quieren deshacer de mí entonces? En el caso que me desposara con el inglés se terminaría la

guerra. No va a ocurrir porque yo no quiero. No permitas que me obliguen. Te lo suplico.

Ana de Guevara hizo guardar silencio a Isabela y luego meditó unos instantes.

—Sí. Es cierto. La guerra no seguiría. ¿A quién le interesa que no pare y por qué?

—¿Al conde-duque de Olivares?

—Es el valido del rey. Todopoderoso. Felipe el Cuarto anda más ensimismado en darle de comer al pájaro de su entrepierna que en los asuntos de la corte. Lo averiguaremos. Mientras tanto no salgas de estos aposentos bajo ninguna circunstancia. Sé lo que tengo que hacer.

Cuando Ana de Guevara salía de la estancia, Isabela le gritó:

—¿Y Martín?

La nodriza se volvió y dijo:

—Mi niña, se te encienden los ojos cuando lo nombras. No es un hombre de futuro. Piénsalo bien.

Isabela no pudo evitar las lágrimas. Sollozó durante una hora. La querían matar. No sabía nada de Martín y estaba envuelta en una lucha entre dos Coronas por un cuadro... y su rostro. Todavía le quedaba Bautista Martínez del Mazo.

Tras dejar a Isabela en la habitación, Ana de Guevara aprovechó el momento para espiar a Gómez de Alcántara, que se metió a hurtadillas en el despacho del conde-duque de Olivares. La nodriza pudo poner la oreja en la puerta tachonada que separaba la estancia. Sin duda estaba allí el conde-duque, pues podía escuchar el vociferante tono de su voz solemne. Unos pasos cadenciosos rápidos la sobresaltaron. Ana de Guevara no tuvo más remedio que salir a quiebros de la persona que llegaba. Solo había escuchado nombrar galeras, galeones y las fábricas del norte de España. Al volverse cercioró que se trataba del morisco, el pintor esclavo de Diego de Silva Velázquez.

—Válgame Dios —murmuró Ana de Guevara.

Se arremolinó los brocados y guardainfantes, sin saber si el Moro la había visto fisgonear. Para sorpresa suya, pudo constatar que el esclavo de Velázquez entraba en el despacho e intercambiaba palabras con los reunidos.

—A fe doy que el lío de las Españas de Felipe el Cuarto es tremendo —musitó.

Acto seguido subió las escaleras del palacio para cerciorarse de que el rey

no estaba en la reunión. Solo tuvo que preguntarle al paje de la entrada.

—Su majestad no puede recibirla —dijo el paje con cara constreñida.

Imaginaba, cómo no, que urdía Felipe el Cuarto otra visita a una dama escondida. A esa deducción había llegado con acierto muchas veces Ana de Guevara. Quizás la reina la pudiera ayudar, se dijo. Cornúpetas y resignadas, no vería de mal grado que investigara al conde-duque de Olivares.

Capítulo 13

El espadachín paró la primera estocada seria tras el acordado tanteo. Acometía a herir con bravura, piernas abiertas y puños rápidos con revueltas. El caballero le dio un puñetazo al bulto al matachín, que se quedó boquiabierto con la maniobra del contrincante. Tras hacer un molinete al aire caliente y chasquear las espadas, agarró el pomo negro de su blanca y le atizó en la cara tintada de sangre. Un mandoble por allí y otro por acá. Utilizaba el caballero veinticuatro un truco añoso: buscar para meter el pie izquierdo y trabar la espada ajena con su daga. El enemigo, con botas bajas de ante y ropa de paño fino, se estorbaba en sus lances por ello, pero lanzaba cuartos de arco para abrir tajo. Requeiebros inútiles del fulano con más pinchos ya que san Sebastián. Poco tiempo después cayó al suelo de la plaza del alminar. Fernando sonrió y sus dientes expuestos dejaron entrever una sonrisa implacable. Parecía aquello una cueva mora exhalando el infierno por su boca. El individuo pidió misericordia, pero Fernando Melgarejo, Barrabás, no tuvo piedad. Hincó su daga sobre el pecho del desgraciado y la sangre salió disparada hasta su cara. Se limpió las salpicaduras y miró de soslayo a su alrededor. Dos acompañantes aplaudieron con un jaleo pronunciado.

—¡Bravo! —gritaron.

—Vuestra merced tiene una resma pendiente de leer —dijo Juan el Arriero.

Con el sello de un veinticuatro de Sevilla, la resma de piel canela fue abierta por Fernando Melgarejo “Barrabás” mientras se limpiaba la sangre con un pañuelo de seda.

Antonio Cisneros Zapata será destituido en poco tiempo. A fe doy que vuestra merced se duele de ello. Parece tener problemas con la voz. No por eso debo dejar de insistir en que Isabela, que las Españas turbias conocen bien, se encuentra en la corte del rey Felipe el Cuarto. Por consiguiente y a buen parecer, reclamo instrucciones para actuar en la corte. Bien sabe Dios que ruego por vos todos los días y que el asunto que nos trae a todos llegue a buen fin es mi deseo. Me preguntan desde arriba si los fulanos están

desaparecidos ya y a tal efecto dar el beneplácito.

GONZALO LAÍNEZ. Veinticuatro de Sevilla.

Este correo debe ser quemado.

Enhoramala que Fernando Melgarejo, Barrabás, se embuchó un trago de aguardiente para templar la noche. Y bien saben los infiernos que fuego con fuego no hace daño en la jeta. Es por eso que el caballero veinticuatro se dolía como un capón recién trinchado de que la situación doblara a complicada. Si bien el antiguo virrey de Nápoles desaparecía del mapa por su jugarreta con el mercurio, Isabela se tornaba huidiza y jodía alegremente sus planes. Enseguida recibió otra resma de un correo espía. Antes de abrirla, el caballero veinticuatro se santiguó, escupió en el suelo y se recompuso el jubón. No estaba la noche para farolillos de verbena ambulante y lo mostraba así Fernando en su rostro de cicatrices picadas.

—Al Santísimo le gusta la jodienda sin enmienda —conjuró.

—Válgame Dios —señaló Juan el Arriero mientras se persignaba. Los otros, sanguijuelas de mala uva, fantoches de medio pelo y canes de rabos alegres, reían las gracias de aquel personaje de la España de Felipe el Cuarto. Y Barrabás abrió la resma con desgana, tanto, que su rostro era pura piedra tallada con marcas atrincheradas de sequedad en la mirada.

A saber dónde andan los marineros de la galera de forzados. El capitán Dámaso de la Higuera, hundido en las Azores con la nao. Sepa vuestra merced que aquí el capellán de Sanlúcar tiene conocimiento cierto de ello. Ruego tenga la información a buen recaudo y no saque a flote mis desvaríos con la Santa Madre Iglesia. Recuerde vuestra merced de satisfacer con cabezas de ganado a este humilde siervo de Dios y las Españas de Felipe el Cuarto.

PADRE ÁNGEL PIÑERO. Capellán de Sanlúcar.

Deshágase vuestra merced de este correo.

Fernando Melgarejo, Barrabás, apretó el paso como nunca había hecho. Enfiló los borceguíes hasta el bodegón de la calle Feria, cruzó las gradas y

pasó de largo por la cárcel. Sus hombres le seguían con premura. Y Juan el Arriero, que zarandeaba carnes como un toro capado, resoplaba por el calor que se le colaba en los ropones. A duras penas llegaron con bochorno a la taberna, donde al parecer un hombre de malas chinchas y barba de bucles marrones esperaba con la capa terciada montado en un corcel percherón.

—¡Óyeme! Tira para la capital y avisa a Gómez de Alcántara de que voy en busca de los bribones —le ordenó con rapidez Barrabás al jinete.

El hombre azuzó con ahínco el costado del caballo, haciéndole sangrar por la piel, agarró con fuerza un costal de víveres y tragó un buche de vino rebajado.

—Me embarco en el próximo galeón de Manila que parta a las Canarias. Infórmate en el puerto —le mandó Fernando Melgarejo a Juan el Arriero.

—Vuestra merced dará mucho mosqueo con barcos a diestro y siniestro —repuso el secuaz.

—¡Calla y cumple! Pardiez. ¡No estoy para malas hostias! Los estrangularé con mis propias manos. No se puede dejar en otras cabezas lo que preocupa a una sola. Maldito marinero de cojones menudos. Tú te quedarás aquí y recibirás cualquier correo que venga a mi nombre. Si tardo más de lo preciso, viajas a Madrid y se lo haces saber a Gómez de Alcántara. No preguntes nada que el caballero no quiera contarte. No quiero que nombres tampoco al conde-duque de Olivares. Anda con tientes gordo, o te aseguro que la panceta que tanto te gusta tragar te la sacarán a ti para los guarros. Entérate si el rey viaja a Sevilla en breve para buscarle unas cuantas putas —señaló Fernando Melgarejo, Barrabás.

Ambrosio acababa de recibir diez doblones de oro de las manos de Ana de Guevara por ayudar a Isabela. Como todas las mañanas, gustaba de tomar leche de vaca que le traía uno de los mozos de palacio. A veces, se despatarraba sobre los asientos que encontraba a su paso. Y soñaba despierto en vivir acomodado en semejante caserío. Había podido ver a Isabela otra vez. Se dio a sí mismo la enhorabuena por verla repuesta y con el rostro más entero. Además, no dudaba en aprovechar al máximo aquellos días en palacio e iba haciendo números con los dineros recibidos.

Conectado con la despensa y la cocina, el pasillo por el que caminaba era

más bien estrecho. Había soltado flatulencias, las consabidas gracias a Dios por ello, y no paraba de observar el brillo de las monedas de oro. Se sentía como el Quijote del que había oído hablar a los señoritos que trataba. Una sonrisa bienaventurada inundaba su rostro. Se cruzó con un hombre al que no conocía. Era uno de tantos. El caballero plantó los pies junto a él mientras Ambrosio le hacía una reverencia.

—¿Eres el que ha traído a la moza?

—Sí —contestó ufano en demasía el cabrero.

—¿Te habló de alguien durante el camino?

Oliéndose una encerrona, tragó saliva y contestó negativamente. Había algo en aquella mujer que era extraño y Ambrosio se había percatado de ello.

—¿Has probado el chocolate de las Américas? —insinuó el caballero.

Al cabrero se le hizo aguas la boca.

—No. Lo he oído nombrar.

El otro hizo un chasquido con los dedos y apareció un mozo con una jícara de chocolate caliente. Ambrosio pudo inhalar su aroma y oír el tintineo de la vajilla chocando una con otra. Al criado le temblaban hasta las uñas. Desapareció tras soltar la jícara en las manos del caballero, que esbozó una sonrisa falsa lanzada a Ambrosio.

—Toma —le dijo con un gesto grácil—. Esta es otra recompensa.

El cabrero tragó el chocolate y pasó la lengua por sus labios.

A continuación, siguieron su camino y Gómez de Alcántara echó la vista atrás con una media sonrisa. En poco tiempo, el caballero volvió sobre sus pasos y siguió a Ambrosio. Tambaleaba como una serpiente el cabrero mientras se marchaba de nuevo a la despensa. Poco después cayó al suelo y se le volvieron los ojos del revés. Tenía la tez amarilla y su barriga no se movía. Una mueca burlona creció en la faz de Gómez de Alcántara.

—¡Un médico! —gritó.

Ambrosio no volvería a ver la luz del día.

Capítulo 14

Los deshechos de las ratas constituían su única recompensa. Busconas como fulanas de un lupanar de pocos clientes, los roedores se tornaban en tientos a evitar por los marineros de las Azores. Por repugnancia intentaban mantenerlas a raya. Pescados con más olor que el sobaco de un egipciano, carnes de cerdo que harían escupir al mismísimo diablo y frutas con el aroma del infierno. Martín, Hawkins y Manni se obligaban a sí mismos a no rechazar las pitanzas. Si se les podía llamar así. Tras largas jornadas haciendo requiebros con las espadas, corriendo por las lomas y las peñas de isla de La Graciosa y bebiendo agua de coco, compartían los alimentos con las ratas antes de que los encerraran otra vez. Sus músculos florecían, marcando venas y capilares y dejaban entrever un vientre plano como una baqueta, soportando aquellos calores nacidos de ultratumba. Los tres, presos de enredo mental estaban siendo engullidos poco a poco en la causa de aquellos majaras.

Luciano María Manni decía hablar todos los días con Satanás. Hawkins escribía en la arena de la celda extrañas palabras y Martín era capaz de soñar todas las noches con Isabela.

Esa era una jornada habitual en isla de La Graciosa.

Hasta que el capitán se dejó ver en aquellos parajes bosquejados del averno.

—No tardará mucho la Corona portuguesa en hacerse dueña de estas islas —dijo asomado por una rendija por la que cabía un gato. Se cercioró de que los tres le habían escuchado—. ¡Hombres! —apostilló— Si es que se os puede llamar así. Esta noche de luna creciente haremos un banquete con unas cuantas piezas de atún. Estaréis por primera vez con todos nosotros. Se espera que sonriáis y que disfrutéis. Estáis ya más resueltos para la causa. He de deciros que solo la independencia causa libertad. Que solo la vida propia se hace al viento con nuevas alas y que solo un arma puede romper cadenas. Portugal será vuestra madre. A fe doy que nadie os amamantará como ella. Hágase la voluntad del Divino y uníos a la tierra madre portuguesa.

Los tres levantaron el mentón. Habían escuchado al capitán y se movieron

levemente. Manni empezó a reír y Hawkins le dio una bofetada que hizo saltar en pedazos lo que quedaba de dos muelas. Ambos se limpiaron la sangre disparada mientras Martín puso calma.

—Una noche distinta —pronunció Martín levantando la mano sin fuerzas—. Isabela...

Y cayó la noche.

Varias piras encendidas a la orilla de la playa se disputaban el resoplo del aire que mecía las aguas. El suave lamento de las olas entraba y salía mar adentro peinando las arenas ahítas de cangrejos azules. El horizonte, plomizo y ambarino, destellaba haces de una brisa calimosa que movía levemente los pocos ramajes que se enfrentaban a aquel crepúsculo. Ese sueño paradisíaco inundó los ojos vidriosos de Martín, Hawkins y Manni cuando fueron llevados a la reunión de los insurgentes.

Degustaron con fruición los trozos de atún que los sublevados les dispensaron. Asados en la hoguera producían un sabor más apetitoso aún. Y eso hacía que los deleites de los tres enjaulados, con salivas hasta la nariz mientras comían, provocaran carcajadas entre aquellos hombres. Ronzaban los demás con el pescado más que un bauprés de varios siglos, jocosos como tusionas en una verbena de pueblo.

El capitán los observaba alejado de la reunión. No quería inmiscuirse demasiado. Veía en aquellos tres hombres una extraña circunstancia. Como si el destino les tuviera deparado otro lugar y otras facetas. Quizás se lo dijera el viento. Quizás se lo dijera su intuición forjada durante años en el trascurso de innumerables lances con las armas. Lo cierto es que el grado de desconfianza del capitán aumentó en esos instantes.

—Mantened la Teta lejos de estos tres —ordenó mirando de soslayo.

Las risas se volvieron carcajadas. Martín se quedó boquiabierto, sorprendido. ¿Qué leches era la Teta? ¿Era la Corona portuguesa? ¿Viandas escondidas? No encontró respuestas a las interrogaciones que se hizo.

El italiano compartía las risas con los sublevados. Para él, morir riendo sería una bendición del Santísimo, pero lo único que conseguía era llevarse una hostia tras otra de Hawkins, que lo veía atacado por el mal de San Vito.

—¡Te van a quemar en la hoguera, loco del diablo! —gritó el hijo del pirata.

Y Martín estaba tan entusiasmado con el atún que perdía con frecuencia el hilo de lo que ocurría a su lado. En realidad, ninguno sabía cómo demonios

iban a salir de aquella jaula de la isla. Tampoco tenían fuerzas para pensar. Por lo menos, lo suficiente para que tuvieran ideas coherentes. El hambre de la Sevilla que conoció era más llevadera. Siempre estaba ahí el Hospital de la Caridad, el de Santa Marta y los robos luneros que hacía con ojos bien abiertos. Aquello era distinto. Nunca imaginó que tener en su vivienda a Isabela lo iba a llevar hasta allí. Dudaba entonces dejar el camino emprendido. No obstante, había un mensaje de los Santísimos en su cabeza. En verdad, soñaba más con manjares exquisitos que con su amiga de la infancia. Sería capaz de comer cebada verde, la aldafina judía e incluso las mojábanas árabes. Recordaba aquellos pavos encebados que conseguía a veces en Navidad, el pan de centeno de cortezas crujientes, las castañas dulces con las que hacía alguna vez un potaje. Pero había un hueco en su memoria para Isabela y no sabía por qué. Quizás fuera asociar a la joven con una vida cómoda. Tal vez fuera verse rodeado de un colchón de plumas después de una cena indigesta. Constantemente sentía la presencia de aquellos ojos que nunca distinguió. ¿Merecía la pena? Para él sí. Su vida se había convertido en un jaleo tremendo por subsistir desde que su padre murió. Isabela era como un oasis que no anuncia su llegada. Si Dios se la había vuelto a poner en su camino sería por algo. “Dios escribe vidas con letras torcidas”, pensó. Y aquellas penalidades por las que estaba pasando constituían una prueba de su divina voluntad. La Sevilla que manifestaba sus santos en procesiones, aquellas lágrimas marcadas a fuego por su Virgen de las Aguas, aquellos olores a azahar en las primaveras tempranas, el inmenso trino de los pájaros al alba y el leve rumor del Guadalquivir mordiendo las orillas del Arenal en noches cálidas merecían un apego, un respiro... una ilusión. Pensar en su Sevilla natal junto a Isabela valía un reino. Sí. Soñar despierto es como anticiparse a la llegada al paraíso.

Cuando eran conducidos de nuevo a la mazmorra, un hombre grueso y de bigote tupido les hizo una indicación.

—Oídmeme —susurró—. ¿Queréis salir de aquí? —les preguntó observando de soslayo a su alrededor.

Martín volvió su cara hacia atrás.

—La Teta es su cofre con doblones de oro. Veo que sois diestros con la espada y que no tenéis nada que perder —Martín invitó a seguir hablando al carcelero mientras este los metía en la mazmorra—. Estoy harto de los desquiciados estos. Mi mujer me espera en Madrid y ni siquiera sabe que

estoy vivo. Sé dónde está la Teta. Podemos llegar a un acuerdo —Martín asintió—. Os llevo hasta el cofre y repartimos. Yo solo no puedo, me atraparían rápido.

Los tres se miraron con sorpresa y Martín asintió al tiempo que Manni empezó a reír otra vez. Hawkins lo mandó callar con una advertencia y siguieron murmurando.

—Pardiez. Cuanto antes mejor —musitó Martín.

—En cuatro noches, cuando todos estén dormidos abriré la celda y os llevaré hasta el cofre. Sobra deciros que llevaré mi arma conmigo por si decidís dar vuelta atrás. Os dejaría tiesos con un mandoble de espada.

—Sí, sí, sí —acertó a decir Martín.

—La señal será un silbido. Cuando lo escuchéis, os acercáis a la puerta de la celda —el carcelero, sin más, se perdió sobre sus pasos. Ese hombre representaba el colmo del cansancio, de la desesperación, de las faenas obligadas marcadas por ideas que para él carecían de sentido. Que no era hombre de poca crianza en el habla, sino enfrentado a palomos de poca hiel que se conforman con caldo de gallina. La Corona portuguesa le importaba una higa, le traía sobre ojo; por no decir el desenlace de aquella “tribu” de alocados marineros. Ni tenía ni debía en las Castillas. Su origen era Madrid, su querencia era la capital. Para nada se sentía identificado con los sublevados. Como Martín, Hawkins y Manni, fue capturado en las costas de la isla de La Graciosa. Ahora, después de largo tiempo viviendo entre esas “cucarachas del mar”, quería mandarlas a la porra. Los tres enjaulados eran su oportunidad. Lo tenía claro: de la mano a la boca se pierde sopa. Ya no le importaba morir en el intento.

Esas horas fueron eternas. Los minutos parecían noches. En poco tiempo podrían ser hombres libres. Iban a jugar todas sus cartas a una sola baza. No era moco de candil. Morir o vivir en libertad... con doblones de oro.

John Rankmore vestía unas medias de seda leonadas, unos pantuflos de cordobán al estilo español y un jubón de gris cielo sobre cinto y daga en faltriquera de filo bien amolado. No echaba en falta una golilla atada al cuello, ni carnes de ciervo inglés que llevarse a la boca, ni los cuidados de una ramera barata. Una cicatriz que partía su labio inferior en dos le daba aspecto

lúgubre y taimado. Su barba, esponjosa y parda, era ocultada en numerosas ocasiones por su capa terciada. Decía que una cara tenía muchas puertas abiertas a la conjetura, y cuantas menos conjeturas sobre su persona más posibilidades existían de hacer navegar sobre la duda. Esa era su lema personal. Y, ahora, tendría que poner a prueba su teoría.

No sabían en la Santa Inquisición española el porqué de ese odio repentino a la Corona inglesa. El marino había aducido que, como escocés, el derecho de pernada había prevalecido y ocasionado la muerte de su esposa. No era cierto; su esposa murió tocada por la peste que inundó el país años atrás. De todas formas, lo importante prevalecía en la memoria anidada en su cabeza. Y no era otra cosa que la persecución que recibió su hermano por su carácter afeminado a las órdenes de las huestes de la Inglaterra de Jacobo I ¿Por qué torturarlo hasta la muerte por su condición? Y pocos años antes de que llegara el presente día, tuvo conocimientos exactos del desvarío del mismo rey. “¿Qué clase de reino permite a su rey algo que es prohibido a los súbditos?”, se preguntaba a menudo. Ahora tenía claro que no podía contrariarse a sí mismo, que no podía defender la causa de un reino que tenía en el trono a un todopoderoso sodomita. Las salvaguardas a la Corona por la misma Iglesia anglicana no eran más que un miedo de los religiosos a no perder su cabeza cortada por un hacha.

Rankmore sirvió a las órdenes de Thomas Baskerville, sucesor de Francis Drake como corsario mayor de la Royal Navy. Allí aprendió a matar y morir mil veces. Aunque la muerte llegue solo una vez, se pueden morir muchas veces. Eso lo tenía bastante claro el caballero. Tenía poco cariño al pellejo y mucho hechizo de los dados. Tampoco ayudaba que sus terrenos heredados de su padre en el este de Edimburgo hubieran sido expropiados por la Iglesia anglicana aduciendo que las brujas tenían un centro de operaciones allí. En la Inglaterra del siglo XVII podía perseguirse a las brujas a la carta, dependiendo de si convenía o no sacrificarlas. Todo ello no hizo más que incrementar la aversión a la patria que le pagaba con plata y oro por piratear a los galeones españoles. Pensaba que la Corona española resultaría más sensata para cobijar los últimos días de su vida. Y entrar en contacto con el cristianismo puro le acabó de convencer.

Gustaba el escocés de enjugar su garganta con *whisky* de más. No por eso ladeaba con su trago habitual, pues la costumbre hace pocos daños en la gente arrutinada. La ingesta de *whisky* le templaba el alma. Sí. Conseguía ser la

persona afable y ufana que años atrás se codeaba con marinos de reconocido prestigio y observaba al ser humano como un ser vivo que aporta algo a las vidas más que dañar. Navegaba por las olas bravas del alcohol. Era su forma de encontrar lo que no había encontrado en años. Más perjuicio le hacía recordar aquellos señoritos de caballos emperifollados, que recorrían mano en entropierna las vastas campiñas de su Escocia natal, y, sobre todo, las maneras sodomitas que atiborraban de gestos al recién fallecido Jacobo I. Esas lenguas mal avenidas que hablaban de la condición del rey podían equivocarse al pueblo llano, sumergido en una decadencia de valores inusual, pero no podían falsear lo que sus ojos habían visto con seguridad. Y el duque de Buckingham, amante del rey, se había topado en ocasiones con John Rankmore, afianzando al escocés en la idea de las debilidades del rey.

De niño mordía la tierra ennegrecida entre peleas por un cuarto de carne; recibía puñetazos a mansalva por *lady* Margaret, moza de curvas pintadas que acabó siendo su mujer; y no tardó en hacerse hombre de la mano del barbero-médico que era su padre. Recordaba con frecuencia la crudeza de los inviernos cerca del castillo; el enjambre de piojos que circulaban por su cabeza, que si es de buena sangre el rey, la es también la de sus piojos. Y todas aquellas batallas al lado de Thomas Baskerville que cosían su cuerpo a un alma envenenada de odio.

Ahora acababa de bajarse de la galera espía sobre las latitudes septentrionales de la Inglaterra de 1628. Tenía un largo camino por delante. Sin miedo, sin escrúpulos. Le habían adiestrado bien en España. El gran Pacheco de Narváez fue su maestro de esgrima. Esperaba no tener que utilizar la espada. No. Su mejor arma era el conocimiento, sobre todo, aquel que está velado a la mayoría de los mortales. Conocimientos sobre arte, pintura, y de las intenciones del nuevo rey de Inglaterra, Carlos I. El cuadro de Isabela en manos de Carlos I valía una disputa entre reinos. Y él lo sabía con certeza. Si no volvía a la corte madrileña en cuestión de cinco meses, la Santa Inquisición optaría por ningunearle. Ese era el acuerdo alcanzado. Sabía que iba a morir. No le importaba.

—¡Viva España! —gritó John Rankmore al poner el pie en suelo firme.

Lo primero que hizo fue aspirar el olor a carne quemada mientras la barcaza se perdía en el horizonte. Se arriscó el tejado y movió las pelusas de su bigote con aire suspicaz. Recordó levemente aquellos efluvios a hogazas de pan tostado, a nabos asados y el impertinente aroma de las caballerizas. Ajustó sus

pantuflos y abrió la resma con el sello de Baskerville.

Por Dios y por nuestro rey, ruego a mis señores un puesto en la Corona de mi querido John Rankmore. Valiente como ninguno con la espada, servicial al rey y ducho en el arte de la guerra. Las marcas de las batallas le impiden seguir luchando. No dejen ustedes de la mano de Dios a este insigne caballero, ayudante de todo y maestro de mucho. Mi rey agradecerá con orgullo las muestras de fidelidad de John. Más, velo porque su valor como súbdito sea agradecido por Carlos I.

Dios salve al rey.

Thomas Baskerville.

Rio entre dientes, limpió la arenilla aparecida sobre el papel y se observó los dorsos de las manos tatuadas. Después, se ató el cinto y caminó cuesta arriba sobre aquellos vados y lomas. Necesitaba un coche con buenos arreos. Lo encontró en la primera población a la que arribó. Terció su capa sobre su rostro y empezó a negociar con el cochero.

—Vamos camino de Londres. Pararemos en la primera taberna que veamos. Dos doblones de oro —le dijo.

El otro se limitó a asentir. Hacía tiempo que no ganaba esa suma de dinero. Iba haciendo cálculos con fulgor en su rostro. El coche de caballos se perdió cuesta arriba, camino de la corte de Carlos I, rey de Inglaterra.

Capítulo 15

Cuando sacaron el cadáver de Ambrosio de la despensa, una mirada penetrante apareció en el rostro de Ana de Guevara. A saber, que en la casa de los reyes entraba el diablo de vez en cuando. Que no había fuelle de fraguas ajenas en palacio. Y la conchabanza trae dolores a la cabeza, mas no por aparcar la lengua se hace dichoso el camino. El cabrero no había podido disfrutar de su recompensa y colgaba boca abajo con la cara hecha higo mientras lo trasladaban a un coche de caballos. Sin embargo, tenía cierto grado de felicidad aquel rostro: como un fumador de pipa del campo de las cigarreras, sereno, lacio y una media curva hacia arriba de sus labios. Quizás el Santísimo le marcara la tez así.

Y a Isabela empezaban a castañearle los huesos por el susto repentino.

La joven agarró de la mano a Ana de Guevara y se la llevó lejos de presencias peligrosas.

—Pobre Ambrosio. Es injusto. Él no tenía nada que ver en todo este asunto —recalcó Isabela.

—Pagarán por ello —sentenció Ana de Guevara.

—Si me quieren asesinar, ¿por qué no lo han hecho ya?

La nodriza ladeó la cabeza.

—Que muera un cabrero no es lo mismo que una doncella de palacio. Las inquinas en torno a la corte serían investigadas con esmero. Incluso podría intervenir el rey. Era más fácil hacerte desaparecer con cualquier rebozo. No sé si estas a salvo aquí ahora mismo. Seguro que Gómez de Alcántara ha tenido algo que ver. Ese cerdo esboza una sonrisa cada vez que se cruza conmigo. Se me ha ocurrido que pases unos días en Valladolid. Estarás mejor allí.

—¿Sola?

—He hablado con Bautista Martínez del Mazo. Él está dispuesto a acompañarte el tiempo necesario. Yo necesito tantear qué jaleo hay aquí. — Ana de Guevara agachó la cabeza con aire pensativo—. ¡Diantres! No consigo saber el apaño entre tú, el conde-duque de Olivares y el príncipe Carlos I

inglés.

—¿Crees de verdad que el príncipe inglés me quiere como esposa?

—Escuché conversaciones al respecto cuando tú desapareciste. Las fuentes no son del todo fiables, pero... podría ser. Dicen que es un pedante y un caprichoso tremebundo. Para colmo la religión lo complica todo. Recuerda que él es anglicano y tú católica. De todas formas, se desposó con Enriqueta II de Francia, que también es o era católica. Puede que se haya convertido al anglicanismo. Nadie lo sabe. Las cartas que juega en este asunto el conde-duque de Olivares me pierden. A este embrollo se une el retrato tuyo que pintó Bautista. Se supone que está en manos del príncipe Carlos, donado por el rey Felipe el Cuarto entre molicies y agasajos.

—¿Cómo es posible eso?

—Porque el rey, intentando congraciarse con la visita del inglés, aparte de enseñarle su colección de pinturas y llevarlo a ver cornear los toros, le regalaría el cuadro. Dizque tendrá algunos más, supongo. Y como Felipe el Cuarto anda mareado continuamente, no se entera de nada y solo le preocupa su bragadura, le regalaría ese lienzo.

—Sí, pero ese cuadro lo pintó Bautista, no el maestro Velázquez.

—Bautista aprende muy rápido, tanto que sería difícil diferenciarlos.

—¿Cómo llegó a las manos del rey esa obra de Bautista?

—Mi niña, se rumorea que Velázquez tiene interés en que sea su aprendiz y ayudante en breve. Es un hombre de futuro —cuando Isabela escuchó esas palabras supo perfectamente con qué intención las pronunciaba Ana de Guevara—. Bautista lleva tiempo mezclando sus propios trabajos entre caballetes, lienzos y óleos con los del maestro Velázquez. Y el rey, en una de sus visitas al taller del pintor, encontraría tu cuadro como uno más. Con la diferencia de que solo eres conocida de vista por el propio rey y por tanto tu retrato tendría menos valor. A su majestad le gusta ensimismarse con su colección de pinturas. A veces parece un niño con la baba caída cuando la ve. E insistió en enseñarle su colección al príncipe inglés. Ahora no sé si tiene más interés en la pintura que en ti. O puede que en ambas.

Isabela, apocada, se sentó en el primer sillón que encontró a mano. No tardó Ana de Guevara en agarrar su mentón con la mano para subírselo.

—No tiene sentido todo esto. Mi cabeza en juego sin haber hecho nada —señaló Isabel—. Yo solo pretendía ser fiel a los reyes y hacer bien mi trabajo. Y cuando no lo espero, me encuentro metida hasta el cuello en un lío de

Coronas por mi rostro. ¿Soy tan bella de verdad o es que Dios ha querido probarme, Ana?

—Tú eres la hija que siempre quise tener. No voy a permitir faltar a la palabra de tu padre cuando te trajo de joven a Madrid. Y sí. Es cierto, eres bellísima. Tanto que un hombre no se cansaría nunca de ver tu cara tocada por las musas del Olimpo. Acompáñame a la puerta de la cocina. Un carruaje espera.

Compungida y temblorosa, Isabela solo se recompuso un poco al ver a Bautista Martínez del Mazo dentro del coche.

La joven se despidió de la nodriza con un abrazo y tomó camino de Valladolid con Bautista. Nada más sentarse en el tapete del asiento, se llevó una sorpresa: Bautista intentó besarle los labios y ella ladeó la cara para impedirlo. A pocas cuartas presencié la escena Ana de Guevara y entonó una media sonrisa.

—Lo siento, Bautista, mi vida está en peligro; no quiero comprometerme —sentenció ella.

—Pero, pero... yo estoy aquí para cuidarte.

Desde aquel día en que Isabela posó para él, Bautista soñó con tener un chance con la joven de ojos rutilantes. Esos años, que no fueron pocos, se tornaron dichosos para ambos. Isabela era una joven recién llegada a la corte, un tanto insegura, ilusionada y expectante ante su futuro. Bautista representaba para ella a aquel padre que se despidió aquel invierno de manera fría y calculada: como si su propio padre la hubiera dejado en manos de aquel aprendiz de pintor. Y él, mozuelo atrevido y frenético en su quehacer, la llenaba de sonrisas y propuestas continuas, labrando un venidero para los dos sin contar con la aprobación formal de Isabela. A pesar de todo, la felicidad en torno a la corte corría por sus venas. Él, afanoso en su trabajo con los pinceles; Isabela, rodeada de una vida cómoda; y los dos, dando paseos esporádicos por el Retiro de Madrid aquellas tardes primaverales. No obstante, no era Isabela moza de hacer migas con cualquiera; de hecho, aparte de la nodriza y el ama de llaves, una tal Constanza, no había más equipaje en la maleta de las amistades estrechas para la joven. Prefería mantenerse a la orilla de rumores, evitaba intimidades con personal de la corte y otras derivadas de su trabajo. Ni siquiera pudo ir al entierro de su padre, que murió de forma inesperada. Las tardes libres las pasaba cosiendo mantillas... y caminando con Bautista. Que Bautista intentara besarla no le sorprendió.

—Pensaba que... ¿Hay otro mozo? —interrogó Bautista mientras el carruaje se perdía camino de la antaño capital del reino.

La lectura que hizo el joven de la reacción de Isabela se lo dijo todo.

—¿Quién es? ¿Lo conozco yo? —preguntó con vehemencia Bautista.

Isabela dudaba de todo. No sabía si Martín estaba vivo y tampoco si volvería a verlo. Lo que había hecho por ella a raíz de su secuestro no lo había hecho nadie. Sí. Martín merecía una oportunidad.

—No te puedo hablar de lo que no sé —repuso Isabela. Volvió la cara hacia la ventanilla y sus ojos brillaron con la luz que la perfilaba. Parecían incandescentes. Como si se atravesara un océano con solo mirarla.

—Pardiez. No puedo entender lo que no entiendes tú. Perdona si te he molestado, pero pensaba que entre nosotros había más que palabras —aseveró Bautista Martínez del Mazo. Volvió el rostro—. Explícamelo.

—Verás. Ese mozo que ocupa mi corazón puede que no exista ya. Puede que esté demasiado lejos. Puede que no lo vea más, pero merece una espera — Isabela mudó sus ojos a vidriosos—. Nos conocemos desde que éramos chicuelos... y apareció de nuevo en mi vida. Dios ha querido ponerlo en mi camino. Bien sabe el Santísimo cómo mueve los hilos de las vidas.

Bautista metió la mano en su hatillo y sacó una castaña.

—Parece que no vives algo real. Mira —le dio la castaña—. ¿Ves? Esto se puede tocar, manosear, comer... Ese mozo que tienes en la cabeza no pertenece a tu mundo.

Isabela suspiró profundamente, acarició la mejilla de Bautista y lo miró a los ojos de forma pétrea.

—Solo tienes que esperar.

—No puedo ser un ropavejero. ¿Lo comprendes tú? Si se ama de verdad, no se espera a otra persona.

—Mi padre me enseñó a valorar lo que hacen por ti. No lo puedes entender porque va más allá de lo normal. Tendrías que saberlo todo y yo no quiero contártelo.

Bautista desistió de indagar más en la historia de Isabela. Se sentía como un perrito faldero de vendedor cegato que no recibe su recompensa. Y a fe que su malestar se manifestó durante el viaje. Menester era permanecer callado durante todo el trayecto, con aire resentido, musitando ideas contrariadas, dejando manar su dolor repentino por su silencio desjarretado. No sabía quién demonios era ese mozo ni lo que había hecho por Isabela, pero le gustaría

conocerlo, averiguar qué tenía de especial, saber de la persona que tenía las llaves del corazón de ella. Quizás todo cayera en vano. Aun así, jugaría sus naipes hasta el final. Entrado en bellaco por las circunstancias, a fe que no era honrado de pensamiento en ninguna de las dos Castillas. No estaba dispuesto a que el ajuar que preparó para ella durante años y la paciencia almacenada durante tanto tiempo se fueran a galeras por otro mozo con menos valor que él. De alguna forma le dolía pensar así. Le retorció el vientre saber que sería capaz de todo por conseguirla. Se sentía gente de hígados, el típico rufián de las Españas de Felipe el Cuarto. Ana de Guevara representaba su sota de oros... y el tiempo también.

Capítulo 16

Que sí es fuerza mencionar que, en aquellos sitios colmados de roquedales, bastardos de mujeres alocadas, gentuza parásita, un sol hiriente como el potro inquisidor y unos vendavales de allí te llevo, a veces daban ganas de asesinar, de hacer correr la sangre como si se tratara de un cerdo a sacrificar en épocas de chorizos y pancetas. Es mucha verdad que el odio corroe el alma y la cuaja de mala flema. De cierto, añadir que Fernando Melgarejo, Barrabás, utilizaba el hígado para actuar. Es así que, al llegar a las islas Canarias a bordo del galeón San Antonio, escupió toda la ira que acumulaba en sus entrañas sin poder dar disimulo a ella: le dio una patada en el costal a la mula que se acercó para arrimarle el hocico al bajarse del galeón. También se llevó una hostia el negro que se tropezó con él bajando mercancías.

Y miraba de soslayo al cielo aquel, tupido de celeste mar, con el rabillo del ojo; a fin de que la santísima Virgen no le colocara al lado de los elegidos de Satanás, rogando que hiciera oídos sordos al trajín que cosía con sus manos. A fin de que no se asomaran sus intenciones, Barrabás terció su capa sobre su cara, dejando solo sus orbiculares profundos a cualquiera que estuviera a su alcance. Enhorabuena para Fernando Melgarejo que el temporal de la orilla remaba calma contra el puerto aquel día, pues algún correveidile de tejemanejes sucios en el hormigueo del mismo levantaba ánimos de mal cuajo para los intereses del caballero. Las olas besaban la arena con un suave repiqueo de sonidos que agradecía el oído y elevaban fantasías paradisíacas a aquel que viera esa pintura de la naturaleza. La simple visión de aquel paisaje hizo que la mala uva del caballero se transformara en sosiego. Bien saben los señores que pies calmados dan pasos acertados.

Sus esbirros, un tal Juan y un tal Damián, estaban preparados para la misión. Abrillantaban las botonaduras para salpicarlas de sangre y daban lustre a los sables con granito. Fáciles de centellas y filosos, vacuos de palabras de calado importante y menos porvenir que una saca de doblones en la entrada de una cárcel; lelos de conocimiento, henchidos de sumisión y con

intereses banales, se recreaban en las acechonas que acosaban a los marineros con insinuaciones: una promesa de placer de válgame Dios y unas tetas expuestas aullando el “agárrame y no te caerás”. Sin más propiedad que los callos de las manos y la huella del sol en la tez arrugada.

Casi desierta y abigarrada de navíos en algunas épocas, las Canarias eran punto de entrada y salida para la nao de Manila. Diversos productos exóticos: sedas, cacao, tabaco y especias corrían por las entrañas de la ínsula en manos de unos pocos. Unos se llevaban migajas, y malas sombras si se hacían con ellos, de forma que no era extraño ver algún cadáver cercano a la orilla. Otros, chulos crecidos a más, gastándose los maravedíes en las pocas tabernas de allí, ideando vender a indios en las Américas y maltratándolos como Dios manda.

Los pífanos dieron la bienvenida al intendente de las islas, que buscando a los mandamases del galeón San Antonio, pasó de largo al caballero Barrabás con una esquivia de este. El burócrata es una cosa y el felón otra muy distinta, aunque pertenezcan a la misma camarilla. De sabio es saber llamar la atención tanto como escurrirse la presencia cuando las aguas anuncian una tormenta inesperada. Y el caballero veinticuatro tenía certeza de que su cara anunciaba malos propósitos con solo verla.

Tres días tardarían en llegar a las Azores a bordo de la galera que les esperaba en La Palma. Un estandarte con el emblema de Castilla era la identificación entre los navíos del puerto que los transportaría.

Fernando Melgarejo tenía un plan: su idea era esperar en la retaguardia. Sí. Aquella que permite a los ilustres dar un sablazo por la espalda. Y, acostumbrado a ello, que bien saben las Españas que sombra que acecha no guarda del calor, se toparía con los fulanos y les partiría el hígado en trozos para los guarros.

Tomaron rumbo a la costa de La Palma. Damián y Juan importunaban con preguntas al caballero, sin recibir respuesta. Barrabás se limitó a hacer descripciones burdas de Hawkins y Martín.

—Tened cuidado con los dos chulos. Son escurridizos como el agua de beber y duchos con la vizcaína.

—Me conformo con verlos lloriquear mientras esperan la puntilla toril —contestó Damián.

—Sin blanca ni ardite soy más bravo aún. He de reconocer que una noche con una cotarrera me templarí la toledana —dijo Juan.

—Ya hace tiempo que dejasteis de mamar teta. No pienso soltar ni un maravedí para que disfrutéis con las putas —terció Barrabás.

—Soy hombre de encantos varoniles. No necesito cuartos para montar a una dama —insinuó Damián.

Doblando el costado por las carcajadas, Juan notó como al instante el sable de Damián se le pegaba al cuello.

Fue entonces cuando Barrabás se interpuso entre los dos y dijo:

—¡No me valéis muertos! ¡Bastardos! Solo quiero que sepáis que hay buenos reales por cumplir la misión.

Damián gruñó lo que su garganta dio de sí y la respuesta de Juan fue una faz leonina con el ceño fruncido.

—Te aseguro que no te dejaré dormir esta noche —sentenció Damián con los dientes expuestos.

—Serás tú el que no duerma —aseguró Juan.

—¡Imbéciles! ¡No dormiréis ninguno de los dos! —gritó Fernando Melgarejo mientras miraba al cielo— ¿Por qué me mandas dos ratas idiotas? —preguntó Barrabás al Santísimo— Ojos en vilo para mantener despierto a otro, ni duermen ni dejan dormir. ¿Quién demonios os ha enviado a mis órdenes?

Ambos se quedaron mirando sin saber qué contestar. Barrabás los invitó a hablar con un gesto.

—Juan el Arriero —contestó Juan tímidamente.

—¡Maldito baldragas! Ya ajustaré los dineros con él —ladró Barrabás—. Quiero que nos os perdáis de mi vera en toda la noche hasta que os subáis a la nao. Si no matáis a esos perros, os cortaré la piel a tiras.

Sortearon las miradas de guanches, negros, busconas y algún caballero antes de llegar a una posada de la costa de La Palma. Allí, un fulano con mondadientes les quiso vender canela en bolsas, un mozo avisgado se ofreció a cargar mercancías y un monto de arrapiezos les robó dos botas de agua. La ira de Barrabás por la estofa de los individuos creció por sus entrañas trepando como una serpiente.

La noche se hizo presente en un santiamén. Oscuros malhechores aprovechaban para hacer fechorías al amparo nocturno, mientras el intendente de la isla se hacía el pavo y prestaba oídos sordos a la aplicación de la justicia. Eran noches repletas de mosquitos, de repiqueo en los reñideros y de modorros de va y viene. Acostumbrados a los ayunos, los habitantes de la isla

miraban de soslayo a cualquier presencia inoportuna de algún navío. De hecho, se sabía que algunos piratas y corsarios la tenían en el punto de mira. Los recientes viñedos y el azúcar eran manjares exquisitos para aquel que tuviera menester de robarlos. Y no era raro que hurtos luneros provocaran villanías y alguna que otra barcaza viajando con rumbo desconocido. La plaza central de La Palma era lugar obligado para los galleos y duelos. Harto estaba el encargado de limpiarla, pues la sangre con el resol asfixiante dejaba rastros indelebles en el suelo de piedra.

A pocos palmos descansaba, si se podía decir así, Barrabás con la daga en la mano. Ronzaba un bulbo de cebolla entre sus dientes y se deleitaba con el sonido que escuchaba. De no ser que su plan se fuera a galeras de nuevo, se haría con los favores de los duques de alta alcurnia. Compraría un título nobiliario. Sí. Se haría llamar el marqués de Melgarejo y escupiría en la cara a la gente que le viniera en gana.

Cuando menos lo esperaba, apareció Juan con un feo corte en el cuello y algunos mandobles alcanzados en la barriga. No lo podía creer. El gruñido que dio su esbirro antes de caer al suelo fue bestial. Fernando Melgarejo salió disparado con su daga a averiguar la causa de dicho percance. Para sorpresa suya, Damián apareció escupiendo sangre por su boca como si fuera una fuente. Y se maldijo por no haber terciado en la riña de los dos. Entre estertores y un último aliento, Damián mordió el suelo de piedra con sus pocos dientes. Fernando Melgarejo no lo pensó. Aquella idea nació de su hígado. Y bien saben los señores que gente de hígados piensa con otra cabeza. Arrastró el cuerpo de los dos después de darle un maravedí al mozo de la posada para que cerrara la boca y los dejó de un puntapié en la playa. Su plan volvía a fallar. Se vería obligado a retornar a Sevilla y hacer remiendos a sus ideas. Por cada paso que daba para volver al tálamo, escupía hiel. Un fuego rusiente le subía por las entrañas y le hacía daño en la molleja.

—¡Desgraciados tuercebotas! —gritó mirando hacia atrás.

Los dineros para la misión se le acababan. No podía pedir reales a los de arriba. Y menos aún informarles de que había fallado de nuevo. Quizás lo mandarían a galeras. No quería cavilar en ello. Pensó que en su Sevilla ahuecaría su cabeza para nuevas soluciones. Tanto Gómez de Alcántara como el conde-duque de Olivares le apremiaban. Se estaba haciendo viejo para gestionar. Sí. Soñaba con retirarse a una mansión abigarrada de esclavos y que le lamieran la botonadura. Él era un profesional de las riñas. No lo era de

terciar en ellas. Se maldijo mil veces antes de irse a dormir. Los mosquitos no le dejaban conciliar el sueño. Había algo en aquellos tipejos a los que perseguía que le provocaba pelusa. ¿Estarían haciendo brujerías para librarse de la muerte? ¿Serían en realidad marranos de dioses herejes? Pensarlo le enervó aún más. Al llegar a Sevilla les pondría una vela a los santos. Les pediría un último sacrificio para hacerse con una buena fortuna.

La mañana siguiente se levantó templada. Corría una brisa suave que lamía la playa. No le hizo bienestar alguno a Fernando. Un malestar de barriga tremendo le atizó el cuerpo. La hiel le hacía estragos en la garganta. Trató de tomar aire para calmarse. No lo consiguió. El resto de sus días los pasaría entre malas flemas y acusados dolores en los bajos. Volvería a la ciudad de Sevilla en cuestión de varias jornadas. Necesitaba volver a calcular sus fechorías.

Capítulo 17

Que Ana de Guevara no hablara con la reina del asunto de Isabela le hizo recapacitar por las imprudencias que podría haber cometido, pues andaba el conde-duque de Olivares metido hasta el cuello en asuntos de suma importancia. Aun así, en esta ocasión tuvo la suerte de encontrar el despacho abierto. Que saben las mercedes de buen apetito que el yantar es arma de doble filo: a una cena de oca se debe seguir otra con manzanillas y tomillo. Así es que Ana de Guevara tomó muchas precauciones antes de entrar al despacho. Sin embargo, no consiguió desenmascarar alguna resma o badoque de considerable interés. Gozaba ese lugar de varios candiles colocados en puntos estratégicos: uno daba luz en el rostro, otro conseguía penumbra en la entrada y otro aguardaba a ser apagado en la pared repleta de pergaminos y libros. Una polvorienta estantería que hacía toser se reclinaba en la pared final. Varias plumas de oca yacían sobre la mesa de caoba y un tropel de correos e infinitas cartas se alineaban sin aparente control en la mesa. Trabajo arduo para Ana de Guevara, que desistió en un primer momento de intentar conseguir algo. Entonces fue cuando, al acodar el brazo, un manojito de cartas con el sello de sumiller de Corps del valido cayó al suelo. No sabía el tiempo que tenía para sus pesquisas, y eso le hizo temblar de manos y pies. Empezó a leer algunos correos: había varios recibidos de Flandes, otros de Venecia, los había también de la Corona de Aragón y, sobre todo, un innumerable tocho de correos por enviar, atados con una cinta roja a intendentés de todo el reino. La Unión de armas se leía en todos ellos. En un primer momento no entendió nada. ¿Unión de armas? ¿Qué era eso? Hubo una resma que le llamó la atención: se trataba de un correo por enviar en el que el valido se hacía llamar caballero mayor. Parecía aquello una consigna para evitar su figura de valido del rey. La abrió con cautela y la acercó al candil de la pared.

Yo, como caballero mayor, ordeno y mando:

Que se levanten levas en toda España y sus reinos. Para ello se haga una

lista de jóvenes en edad de luchar y todos aquellos que son soldados potenciales. A los intendentes del reino les digo que tengan vuestras mercedes en cuenta que deshacerse de una dama de la corte no es lo mismo que hacerlo con un reino. Andan malas lenguas de sabios comentando que la diversidad del reino es más fácil de gobernar, pues así se reconocen privilegios de naciones y comunidades. No es cierto y bien lo sabe Dios que si quisiera el Santísimo que fuéramos todos iguales no habría ni egipcianos, ni negros ni criollos. Pero sí es verdad que todos tenemos boca para la sopa, y todos tenemos manos para defenderla. Así es que juntos debemos ser España una y grande. Que no puede reconocer el rey el calvinismo y el luteranismo, ni el anglicanismo como pluralidad del reino. ¿Acaso come un marrano en compañía de un cristiano? ¿Acaso tienen el mismo Dios, los príncipes alemanes que nosotros? Debemos ganar la guerra de religión emprendida y así afianzar nuestro poder en el mundo conocido.

La Corona de Castilla no ha de soportar más la carga de la guerra. Que, habiendo innumerables mozos de buena planta en todos los lares del reino, han de sacrificarse por una causa común. He calculado sobradamente que con un grupo de 140.000 hombres mantendríamos la guerra en cada uno de los frentes. E igual cálculo he hecho para levantar las levas de Cataluña, Portugal, Flandes, Venecia y Milán. Sepan vuestras mercedes que la doncella, desposada con un príncipe inglés, haría terminar la guerra con los vecinos del canal de la Mancha. La guerra mueve dineros, mueve honores y mueve las más altas esferas de la nobleza. Que en las Españas de Felipe el Cuarto se libran los nobles de acudir a la guerra bajo pagos insuficientes de impuestos. Que la hacienda del reino anda escasa y corta de maravedís y doblones. Que el enredado círculo de intereses y movimientos de dinero, se acentúa con la guerra. No ha más que saber que la fábrica de galeones de Asturias mueve a dos mil hombres, que la fábrica de municiones de Santa Bárbara, emplea a otros cuatrocientos, y que hierro y madera que se necesita, hace trabajar a otros tantos. ¿Qué vale la desaparición de una dama de la corte en comparación? Tiempo ha que caminan las Españas de los Austrias de la mano de Dios. Bien sabe el clero que una muerte sin recelo no provoca mal agüero. Insignificante es la dama de la corte. Y por ello trabajamos todos juntos. Que es fuerza mencionar que la Santa Inquisición ya juega naipes en la corte del inglés Carlos I. Sepan vuestras

mercedes que la Iglesia católica ha enviado a un hijodalgo inglés para reducir la influencia del anglicanismo en la Europa de la centuria. No hay más que decir que Dios salve a las Españas de nuestro rey de caer en malas gestiones y torpes influencias.

Desháganse vuestras mercedes de este correo.

Ana de Guevara no podía creerlo: había una felonía a nivel nacional para deshacerse de esa dama de la corte que sin duda era Isabela. Dejó la mirada perdida unos instantes y luego devolvió cada resma, correo y orden a su sitio. Trató de dejarlo todo como se lo había encontrado. No sabía qué hacer. Era tal el calado de lo descubierto que las pantorrillas le temblaban tanto como las manos. Pensó en un primer momento en hacérselo saber a la reina. Después decidió no hacerlo porque la reina estaba supeditada incluso al poder del valido. Había tomado la oportuna decisión de intentar desarticular los planes del conde-duque de Olivares con sus propias manos. Aunque no tenía poder suficiente para ello, intuía que todo iba a salir bien. Se trataba solamente de proteger la integridad de Isabela y solo con eso saldría toda la trama a flote y mandarían al valido a galeras. Siempre y cuando pudiera Isabela hacer vida normal en la corte. Al mismo tiempo no entendía cómo el príncipe Carlos I de Inglaterra seguía insistiendo en desposar a su protegida. Podría ser a través de embajadores espías que llegaban enmascarados a palacio o sus intermediaciones. Si consiguiera dar con alguno de ellos, la situación se tornaría más fácil. Pero era una chaladura pensar que ella, la nodriza de los reyes, tuviera acceso a los espías. Así, la única solución posible pasaba por dejar pasar el tiempo y que las Coronas de Castilla y la inglesa se disputaran la mano de la joven. Solo tenía que procurarle una protección suficiente para que el día de mañana pudiera ser testigo de la conspiración en torno a su persona. Sí.

Dudó al salir por la puerta principal. No sabía si sería acertado salir por la misma o esperar a que abrieran la de atrás, que daba a un pequeño corral donde el valido tenía pájaros. En ese caso, tendría que saltar la tapia, que a su vez daba a otro interior. Allí encontraría la forma de subir por las escaleras hasta su cuarto. Desistió. El tiempo apremiaba y tenía que mover piezas.

Metió la llave en la cerradura con un tintineo alarmante y dejó con suaves movimientos cadenciosos el cuarto a sus espaldas. Justo en el momento que

acababa de hacer el clic de la cerradura, apareció por el pasillo el caballero Gómez de Alcántara. Sin duda la había visto salir de la estancia.

El caballero apretó el rostro y echó mano de su daga, mientras la cara de Ana de Guevara tornaba a pálida.

—Son muchos los intereses que tiene vuestra merced. Tendría que saber cuáles son probatorios de acusación —insinuó Gómez de Alcántara.

—No sé de qué me habláis.

—Que digo que la horca recuerda todos los días los pasos mal dados en la Corona de Castilla.

—Quizás tendríais que mirar por vuestro cuello también.

El caballero rio entre dientes.

—Mi cuello tiene las mismas ventajas que el del valido y bien lo sabe vuestra merced —apuntilló el caballero—. Me gustaría saber qué hacíais en el despacho del conde-duque. Os he visto salir.

—No lo niego. Solo os digo que nada os haga temer por vuestro cuello del que tan seguro estáis. ¿Acaso peligra? No. Entonces, si no hay nada que temer, no he visto nada. Me equivoqué de estancia, que bien sabéis vos que muchas hay en palacio.

—¿Me tomáis por lelo? Vuestra merced goza de favores reales. No los del valido. Hay diferencias. Mientras el rey solo piensa y firma, el valido piensa, firma y ordena. Sumiller de Corps, caballero mayor, el sello real... ¿Os suena de algo la muerte de Rodrigo Calderón? ¿La de Ana Bolena en Inglaterra? Estar al lado de la horca es rozarla también con los dedos. Ándese vuestra merced de no meter las narices donde no la llaman para que no la calaveren... algún día.

—Y sepa vuestra merced que no es santo. Que el clero se guarda de no hacer cardenal a cualquiera que tenga un obispo en Sevilla. Desde que lo hizo el duque de Lerma han cambiado muchas cosas... ¿O quizás preferís cobijaros en las enaguas de una dama? Que las damas y las doncellas saben manejar sus cartas mejor cuanto más enredo hay. No lo dudéis. Sea vuestra merced agradecido de andar bajo las basquiñas del conde-duque de Olivares.

Gómez de Alcántara frunció el ceño con acritud. Su rostro mudó a granate en poco tiempo. Se agarró de la daga y dudó en sacarla. Luego se apretó la golilla al cuello y dijo:

—Ana Bolena era bella dama y tenía flechada a Enrique VIII. Perdió la cabeza la pobre. Vuestra merced también se llama Ana y no tiene enamorado

al rey. ¿Sabe vuestra merced lo que le quiero hacer entender?

—Sí. Que perro que saca tajada mueve la cola. Adiós.

Y se perdió por las inmediaciones del palacio.

Una ira creciente se apoderaba del caballero. Por un momento pensó rebanarle el cuello a aquella mujer y ver cómo su cabeza rodaba por las alfombras reales. Tuvo que resoplar y tomar aire. Cuando se calmó, dijo en tono reflexivo:

—Queda menos para que Isabela crie malvas.

Capítulo 18

La Teta estaba escondida bajo un manto de alfombras persas. El guardia dormitaba con la luna llena de vez en cuando: una nube de mosquitos era lo que de verdad lo mantenía en vela. De tragaderas imposibles, Alfonso se jactaba de ser elegido para semejante misión. Y se congratulaba a sí mismo de lo importante que era su persona. Hombre de confianza del capitán en la isla de La Graciosa, con habilidad con el sable y los filosos, mostacho embadurnado de grasa y efluvios corporales que harían vomitar a una rata.

Esa noche, la casucha que guardaba con su llave recibía una luz templada y un relente esponjoso. Una guarnición de pinos la rodeaba acompañada del aullido de lobos que se escuchaba en la lejana cima allende.

Después de ser liberados los tres por el carcelero, Martín, Mani y Hawkins andaban en trote sigiloso para no hacer ruido. El resto de los sublevados dormía a varios palmos de la zona donde se encontraba el cofre. Sus ronquidos parecían abejorros en un vuelo lleno de ira tildados de un calor sofocante. Alguno que otro abría los párpados de vez en cuando mirando de soslayo los víveres que se acumulaban en un granero. Y el carcelero lo tenía previsto todo. Ese hombre se hacía llamar Bermudo, nombre de las Españas rurales donde las haya. Antes de ser capturado presumía de hacer unos quesos mejores que los de La Mancha. Y allí no tuvo oportunidad de mostrar sus habilidades.

Sortearon varias piras de las que quedaba solo el rescoldo y caminaron con pisadas debles hacia la casucha. El guardia los vio llegar con gesto asustadizo.

—Alfonso—medió Bermudo—. Tengo órdenes del capitán de que me dejes comprobar la llave de la casucha.

No hicieron falta más palabras. Sin terciar ningún comentario, Alfonso sacó su daga y se puso en guardia. Con quiebros rápidos, Bermudo se dispuso a atizar tajo. Levantó un cuarto de arco la espada y la dejó caer al bulto. Alfonso la esquivó de un movimiento de cintura. A continuación, llegaron los apresados que rodearon al guardia. Allí, los sables empuñados recitaron una

música tintineante en su choque de metales. Alfonso esquivaba las acometidas de los tres. Duchos ya con el sable, no deberían tener problemas de distancia para abrir hueco en las carnes del guardia. Sin embargo, este mostraba destreza con la cintura y con los envites de sus adversarios. A pesar de todo, uno le sajó el hombro y otro le hizo un descosido en la mejilla. Tambaleaba de pies Alfonso para no caer al suelo. Requeiebros taurinos, medios saltos y vueltas de arco para hincar la daga hasta que alcanzó en el vientre a Bermudo, que cayó al suelo vomitando tiras de carne y sangre. Quedaban cuatro. El italiano Manni no dejaba de sonreír entre dientes, y Hawkins mostraba su figura de pies en guardia como si llevara toda la vida haciéndolo. Martín divisó la llave de la casucha en la faltriquera de Alfonso. Iba a por ella. Ya se escuchaban pisadas de algún hombre que venía al rescate de Alfonso. Ese momento de distracción lo aprovechó Martín para eviscerar al guardia y mover el sable entre las entrañas de su cuerpo. Era su vida o la del otro. Lo tenía claro. Sin esperar más tiempo cogieron la llave de la casucha y fueron en busca del cofre. Al entrar, las alfombras empolvadas hasta la saciedad les hicieron toser. Abrieron la Teta y sacaron todos los doblones que pudieron. Con los bolsillos llenos tomaron camino de la playa en sentido opuesto al que llegaron. En aquella noche solo se escuchaban el jadeo y las pisadas de los tres en la penumbra. Corrieron con los dineros como si tuvieran alas. No había tiempo que perder. Sus ventajas habían sido la sorpresa y la oscuridad. Adentrándose en el sotobosque pudieron dar esquinazo a los perseguidores. Pararon y escucharon voces.

—¡Sabandijas! —gritaron los sublevados.

Ahora caminaban lentamente para no hacer ruido. Sin pausa. Tomaron el itinerario del puerto este. Allí encontrarían a algún fulano fácil de convencer para embarcar. Atravesaron el sotobosque para llegar a un vado por el que subieron. Otearon las teas encendidas de varias tabernas. Decidieron bajar a toda prisa. Que bien saben los señores que sopa que escapa, barriga flaca. Así es como llegaron al puerto este. No se esmeraron mucho en buscar una nao. La primera que encontraron era idónea para negociar con el dueño. Aquello era una salpicadura de teas encendidas, naos de cacareo continuo y borrachos pegados a fulanas de toda clase. Se mezclaban criollos con neerlandeses, portugueses y españoles en un maremagno de diversidad y lucha por cuartos de plata.

El mando de la nave era un orondo barbiespeso de nariz arrugada por el

vino y faltriquera atada a un tahalí donde descansaba una daga damasquinada en Toledo.

—¿A fe que queréis ganar unos doblones de oro? —pronunció Martín jadeando.

—Seguro que vais a las Españas de Felipe —repuso el mando.

—¿Acaso lo llevamos escrito en la frente? —contestó Hawkins.

—No —contestó el capitán de la nao—. ¿Veis? —dijo señalando a la cima que habían dejado atrás— Allá vienen a buscaros. No hay más que prestar oído a la loma.

—Vámonos. Repartimos cuarto —sentenció Martín mientras Manni empezaba a sonreír de nuevo y hacía números con las manos.

Tremenda fue la algarabía que se montó en breves instantes. Los marineros echaron atrás los toldillos invadidos de mosquitos y llenaron de pólvora sus pistolas a una señal del mando de la nao. Montaron en unas barcazas que los llevaron rápidamente a la nave, que chirriaba como las ruedas de un coche viejo. Algunos sublevados se tiraron al agua en busca de los ladrones. Se escucharon varios estallidos de pistola. Seguro que el capitán había calculado bien. Las orillas se tiñeron de sangre y el barco tomó rumbo a la península.

Martín, Manni y Hawkins se escondieron en el castillete de popa. Allí, esperaron que llegara la calma para contar los doblones. Manni empezó a reír de nuevo y se llevó un soplamocos de Hawkins. Numeraron los doblones. Tenían entre los tres un monto de treinta y cinco de oro y seis de plata. Había que repartir entre cuatro, aunque a Hawkins no le gustaba la idea. Una vez que la nao entró en la corriente de aguas que la llevaban a España, salieron a hablar con el capitán.

Mientras un marinero probaba su puntería con las ratas que subían asustadizas por el trinquete, el capitán plantó los pies ante los tres escapados.

—¡Quiero mi parte ya!

—No os conozco de nada. Tenemos que tener garantías de que nos llevará al puerto de Sanlúcar.

Sonrió el capitán entre dientes.

—Mis marineros me llaman el Bueno, Jeremías el Bueno. ¡Escuchad! —dijo un silbido con sus incisivos y apareció el lugarteniente a paso rápido. Se dirigió a él— ¿Te han faltado tiras de tocino y buen vino que llevarte a la molleja?

—No, mi capitán.

—Podéis preguntarle a cualquier hombre de mi nave.

Hawkins lanzó una mirada furtiva al océano y agarró su daga. A Manni comenzaron a temblarle las pantorrillas, y Martín, recio de rostro, miró al capitán con gesto solemne. Después sentenció:

—Tenemos veinte doblones de oro a repartir entre cuatro.

Jeremías el Bueno escrutó la cara de Martín y advirtió:

—Dadme cuatro. Si adivino que lleváis más, os tiro por la borda.

—Tres ahora y dos cuando lleguemos a la península. ¿Trato hecho?

—Estáis en minoría. Podría sacaros la piel a tiras y me quedaría con todos.

—No os daría tiempo. Os lo aseguro. Vuestra merced ha de saber que somos amigos del diablo.

Rio Jeremías con deleite. A continuación, gritó a un marinero:

—Dadle buenas pancetas, un modorro de vino y acomodadlos en una litera. No quiero ni un mosquito sobrevolando sus tálamos. ¿Oído? Suerte tenéis de que mañana zarpábamos para las tierras de España. ¿Huis de los sublevados?

—Sí. Nosotros somos amigos de los bucaneros —cacareó Manni—, pero no nos llevábamos bien con ellos. Soy Luciano María Manni. Italiano.

—Son locos del diablo —sentenció Martín.

Se fueron todos a dormir. Según pensaba Martín, tendría dineros suficientes para que Manni le fabricara unos anteojos y buscar a Isabela. Hawkins le habló de la posibilidad de hacer migas con los marineros y surcar los océanos en busca de aventuras y una buena moza. No desistió el hijo del pirata en ello. Insistía en que había soñado toda su juventud en llevar ese estilo de vida. Aunque Martín intentó disuadirlo, las últimas palabras de Hawkins antes de dormir fueron esas. A pesar de todo lo entendía. Sí. Su prosapia era la de un marinero pirata. O algo parecido. A saber qué destino le tenía deparado a Hawkins aquel barco. Llevaban mucho tiempo juntos Martín y Hawkins, el suficiente como para que Martín ya empezara a echarle de menos. Al amanecer, Hawkins hablaría con el capitán Jeremías. Pensaba Martín que no le costaría esfuerzo alguno convencer al capitán.

Las literas llenas de chinches y un candil de poca luz eran su compañía nocturna. No podían descansar bien. Aquellos vaivenes de la nave, el ruido del maderamen y el olor de la sentina reverberando se tornaban insoportables. Había una escalerilla que bajaba a los tálamos. Cuando se acercaban las cuatro de la noche chirrió una puerta y el sonido de unos pasos crujiendo sobre la tarima despertó a Martín. Un canijo de cara llena de cicatrices

apareció sonriendo. Llevaba un sable de buen temple, una polaina arrugada y unos mocasines desflecados. Martín lo pudo ver con el rabillo del ojo antes de que le lanzara el arma sobre el cuello.

—¿Dónde están los doblones? —susurró el cenceño hombre.

Capítulo 19

Cuando Ana de Guevara cruzó la rúa de Toledo hasta llegar al monasterio de San Francisco el Grande, no sabía qué asunto tenía la Inquisición que reclamarle. El corazón le latía profusamente y las piernas le temblaban. Quizás se estaba metiendo en una historia que no encajaba en su perfil. Lo cierto era que había desistido de contarle nada a la reina y pensaba que el último correo que había leído en el despacho del conde-duque de Olivares guardaba relación con la llamada del inquisidor general.

Una puerta enorme daba a un pasillo tétrico donde varios alguaciles la condujeron hasta una estancia umbrosa.

—Siéntese vuestra merced. Ha de saber que el candelabro que tiene a su lado otorga una luz suficiente —sugirió una voz embaucadora desde el fondo.

La nodriza solo veía una figura atronada en un sillón de enormes proporciones. Se había procurado que la voz de ese contorno humano resonara gutural y solemne al mismo tiempo. En un primer momento Ana de Guevara caviló que la iban a ajusticiar.

—Europa anda en guerras de religiones —sugirió el que había sido presentado como el representante de la Inquisición española—. La lucha contra los infieles no ha de tener tregua. Sepa vuestra merced que tenemos constancia de que su protegida, la tal Isabela, está siendo tentada por la Corona inglesa.

La nodriza real evidenció un rostro de pasmo.

—¿Vuestra merced es fiel a la Santa Madre Iglesia?

—Sí —contestó Ana con cierto titubeo.

—¿Tiene constancia vuestra merced de la gravedad del asunto del que le hablo?

—¿Qué quieren vuestras mercedes de mí?

—Sabemos que está protegiendo a Isabela. Isabela podría unir las dos Coronas en una boda entre Carlos y ella. Vuestra merced se preguntará qué es lo que tiene de especial Isabela. La respuesta está en que, aparte de sus buenos dones dados por el Santísimo, el príncipe es caprichoso. Pero Carlos de

Inglaterra es anglicano y eso no cuadra con el catolicismo que nosotros representamos. Hay más... Está intentando incorporar maestros pintores de toda Europa, además de seguir tentando a Isabela. ¿Sabe vuestra merced que Carlos I atesora un retrato de la doncella?

—Algún rumor he oído. Vuestra merced lo sabe. A pesar de todo no entiendo qué relación hay entre el cuadro, Isabela y la posible boda.

—La Europa de la centuria se ha de construir bajo el catolicismo. Ahí es donde entra Isabela si se pudiera dar el caso de la conversión del príncipe inglés. Así que estamos dejando que siga tentando a la joven doncella... solo para despistar.

—¿Despistar? Si vuestra merced no explica mejor, no le entiendo.

—El retrato de Isabela es el de una joven cristiana que a la vez es deseada por Carlos I. Los príncipes alemanes son herejes y parte de media Europa también. Desde la Santa Sede se apoya a la Corona de Castilla. Estamos intentando hacer algo más. Exactamente... crear confusión en torno a las pinturas y pintores que está importando el príncipe de toda Europa. Se rumorea que llevará a la Corona inglesa a Van Dyck, pintor flamenco. Nosotros hemos de aprovechar para sabotear esas pinturas herejes. Se trata de otro tipo de guerra... ¿Entiende?

—No del todo. ¿Qué esperan de mí y de Isabela?

—El conde-duque se quiere deshacer de ella y de vuestra merced. No ha podido hasta ahora. A nosotros vuestra merced no nos importa tanto como Isabela.

Ana de Guevara entró en estado de enojo.

—Sigo sin entender —repuso la nodriza con la voz quebrada.

—Queremos que sepa que la vida de Isabela estará garantizada hasta que se resuelva el conflicto. La solución pasa por que Isabela deje de interesar al príncipe. Nosotros estamos dejando que lo siga intentando a través de correos espías que interceptamos a veces. Solo hasta que... John Rankmore cumpla su cometido. Es un enviado por nosotros a la Corona inglesa. Solo le puedo decir que la guerra de religión está activa.

—Entonces, ¿qué quieren de mí?

Solo queremos que esté al tanto de la gravedad del conflicto y que siga protegiendo a la doncella. Nosotros los santos no podemos poner cartas boca arriba en el asunto. Alertaría al conde-duque de Olivares. Ándese vuestra merced de no jugar su cabeza por malos tientos con el destino. Solo el

Santísimo tiene la llave de él. Y solo nosotros lo sabemos y podemos interceder. La guerra interesa cuando está la religión de por medio porque las arcas de la Santa Sede suben y las de los católicos también. Todo es en beneficio del santo pueblo cristiano y sus Coronas... Pero al conde-duque le interesan otros motivos. Creo que vuestra merced... los conoce —la nodriza clavó su mirada en aquella figura obtusa—. La Inquisición española en nombre de la Iglesia debe salvar al pueblo cristiano de otras influencias: el calvinismo, el luteranismo... Todos son inventos del diablo... Solo para afianzar la idea de nación propia. La guerra emprendida en Europa solo es la mecha de otras más oscuras que la Inquisición pone en marcha. Y si es a través de la pintura no importa. Isabela solo es la llave que abre el camino contra los herejes en Inglaterra. Siga protegiendo a la doncella.

—¿A través de la pintura?

—Los herejes solo pintan cuadros herejes. Con nombres de gran calado entre los pintores de la Corte inglesa solo resultarían... extensiones del anglicanismo.

—¿Y el retrato de Isabela?

—Carlos I se estará deleitando con él. Quiere saber más sobre la pintura del maestro Diego de Silva Velázquez. Ahí es donde entra John Rankmore.

—Ese retrato lo pintó Bautista.

—Con la misma técnica. Mientras el príncipe Carlos I de Inglaterra siga enviando espías a contactar con Isabela, nos dará tiempo para desarticular con garantías la posible boda.

—Isabela se negaría a casarse con el príncipe inglés.

—¿Vuestra merced cree que renunciaría una vulgar dama de la corte a ser la reina de Inglaterra?

—Su destino está entre nosotros.

El representante se levantó del sillón y dio una fuerte palmada contra su brazo.

—¡El destino solo lo elije Dios! Él es el todopoderoso. La Iglesia solo cumple sus designios. A la Iglesia solo le interesa Isabela de momento. No queremos casarla con el príncipe. Quede vuestra merced tranquila. Solo queremos que la doncella sea partícipe sin saberlo del boicot al anglicanismo. El diablo también pinta retratos. Con ello contamos.

—No entiendo.

—No tiene que entender nada. Solo tiene que proteger a Isabela sabiendo

que nosotros le cubrimos las espaldas. Ella confía en su persona. No hay más palabras. Entenderá vuestra merced por qué le he contado estas cosas. Los inocentes no pueden mover hilos... Solo son puras marionetas del poder. Ana de Guevara es más poderosa de lo que ella piensa. Contamos con que no le haga saber nada a Isabela.

—Su señoría es muy ambiguo al contar tantos jaleos. No he podido entender por qué no han llamado vuestras mercedes a Isabela directamente. Sería beneficioso para todos...Ella sabría a qué se enfrenta.

—Ninguna gallina está tranquila si sabe que se va hacer caldo con ella. No nos interesa que la gallina sepa más de lo oportuno. Estos secretos son de la Corona y de la Santa Inquisición.

—¿Por qué entonces me hacen saber todo este lío a mí?

—Vuestra merced lucha una batalla contra el conde-duque de Olivares. Tenemos constancia de ello. La Iglesia interviene en lo que le concierne... observando los movimientos de aquel. Vos tenéis la llave que abre las puertas de la reina y sus deseos. Si viéramos algo sospechoso en el conde-duque iríamos a por él. De momento solo nos interesa que la red siga tejiéndose... a nuestro favor. El conde-duque intenta deshacerse de Isabela mientras el príncipe inglés sigue tentándola; nosotros actuamos de acuerdo a la ilusión de Carlos I de Inglaterra y sus caprichos. Quiere tener a su lado a Isabela y... pinturas valiosas. Si dejamos que se aburra con la doncella la dejará en paz... Y eso solo es posible hasta que John Rankmore intervenga —hizo una pausa y tosió a conciencia—. Ha de saber vuestra merced que los días del conde-duque como valido están contados. Por eso vuestra merced ha de ser nuestra aliada también. La guerra de religiones no ha de llenar las arcas de la Corona de Castilla, sino las de la Santa Madre Iglesia. Al conde-duque le interesa la guerra; a nosotros nos interesa la guerra de religiones. Si el príncipe Carlos I desposa a Isabela, tiene que aceptar el catolicismo amén de divorciarse de Enriqueta II de Francia. La guerra con Inglaterra se detiene y las guerras de religión también. Solo queremos salvaguardar el catolicismo... como sea. E Isabela solo es una dama de ajedrez que aguarda a ser movida en beneficio de todos. Vuestra merced luchará contra el conde-duque y nosotros contra Carlos I de Inglaterra. El conde-duque sabe que el inglés tienta a Isabela. Lo que no sabe es que nosotros abortamos sus acercamientos. Esto ha sido debatido con el nuncio papal y ha dado su beneplácito. ¿Vuestra merced sabe jugar al ajedrez?

—No sé si podré evitar contarle todo esto a la doncella.

Fue entonces cuando aquella figura emergió de la oscuridad. Su cara estaba sesgada por trazos secos en las mejillas. Una barba puntiaguda languidecía en el mentón y unos ojos profundos la miraron con determinación sin parpadeo alguno. La frente arrugada por los años resaltaba sobre una nariz aguileña con faz pálida y térrea. Apenas articuló sus labios para contestar. Casi susurró.

—¿Vuestra merced desea una tumba llena de flores en el camposanto?

Ana de Guevara ladeó la cabeza y no contestó.

Capítulo 20

Acometió con bravura el nervudo hombre. A pesar de que sus ropones se deshacían con sus ademanes bravíos, acertaba de vez en cuando en sus molinetes sobre el sable de Martín. Hawkins sonrió entre dientes y Manni, amén de hacer lo mismo, se cobijó en la retaguardia. Apenas había espacio para lanzar cuartos de arco. Acorralado, el agresor parecía una marioneta en guardia. El filoso de Martín en la mano izquierda y el sable en la derecha tintineaban contra el arma del atacante. Que no había nadie escuchando los timbres metálicos. Bien saben las mercedes de cuerpo expuesto que se pueden quedar sin lo puesto. Y, a requiebros malos en tan poco espacio, se unían los continuos choques de los aceros con la madera hecha ribetes del camarote. Martín trabó una investida de izquierda del intruso, montó guardia de piernas y lanzó una acometida de sable sobre la cabeza de su contrincante. Este reía con pocos dientes y se quitaba las hilachas de ropa de encima. Exhalaba aquel hombre menudo una bocanada de aliento que podría mandar a criar malvas a un caballo percherón. Y ese tufo debía aspirarlo Martín cada vez que se acercaba a su mentón para rechinar entre dientes que le sacaría las tripas. Un molinete por la izquierda, otro por la derecha y uno de arriba abajo para abrir la testa fueron parados por Martín. El individuo mostraba agilidad de sus brazos repletos de capilares verdosos. Daba la impresión de ser una criatura nacida de los infiernos del hambre. Hawkins acertó a encaramarse detrás y abrir de una rebanada de daga el cuello del hombre. La sangre salió disparada y el tipejo cayó al suelo agonizante.

—No serviría ni para caldo —dijo Martín.

—Vamos a arrojarlo a la sentina —propuso Hawkins.

—¿No lo echarán en falta?

—No creo —repuso el hijo del pirata.

Cogieron entre los dos al muerto y subieron las escalerillas. Justo cuando llegaron a cubierta, aguardaba Jeremías el Bueno plantado de pies con una sonrisa entrecortada.

—No puedo controlar a todos mis hombres —sentenció Jeremías.

Decidieron arrojarlo por la borda. Después de que aquel saco de carne lamiera el mar y se perdiera entre la bruma, no tardó en aparecer por allí un tiburón de proporciones considerables que se hizo cargo del cadáver. Todos volvieron la cara hacia atrás y Jeremías, no tan bueno, sonrió a carcajadas al oír el crujir de los huesos del marinero.

—Sabía que iba a ocurrir este entuerto —informó Jeremías el Bueno.

Los dos se quedaron mirando al capitán, invitándolo a que se explicara.

—Era la única alimaña de abordó. Sí, aunque parezca lo contrario. Comía como un condenado y no engordaba una onza. Que bien sabe Dios que pone a tu vera una rata de vez en cuando.

—¿Cómo sabemos que no va a volver a pasar otra vez?

—Suerte tenéis de que la navegación hasta Sanlúcar es más corta de lo que parece. Andaos con los ojos abiertos.

No imaginaba Martín que su destino le obligara a matar hombres. Aunque soñaba cuando era niño en salir de la calle, hasta ahora no había asesinado a nadie. Ya eran varios en su vida reciente. Y se preguntaba qué le tenía preparado Dios como errabundo.

A una señal del capitán, tanto los curiosos marineros que se acercaron a cubierta como ellos dos bajaron a sus literas a dormir.

—¿Crees que es de fiar? —preguntó Hawkins a Martín, recostado en el tálamo.

—Hay que mantener los doblones escondidos. Haremos guardia cada uno de noche.

—¿A Manni de guardia una noche cada tres? Estás tan loco como él.

—Hay que arriesgarse. ¿Sigues queriendo quedarte con estos marineros?

—Mañana hablaré con el capitán.

—¡Duerme! ¡Centella!

—Sí. ¡Trotamundos!

Esa noche ninguno pudo conciliar el sueño. Hablaron largo sobre sus planes. Martín se prestó a que Manni le observara los ojos. Tomó notas y articuló palabras italianas que solo él entendió. Al amanecer comieron con el resto de los marineros y se unieron a ellos en sus labores.

* * *

Los días pasaron sin incidentes durante la navegación. Jeremías el Bueno

les contó a Martín y Hawkins su vida como marinero. De cómo tenía sobornados con especias a los mandos de las islas Canarias y a los de las Azores. Hubo un tiempo en que negoció con la carne de manatí con los bucaneros de isla Tortuga, pero tuvo que huir a cañonazo limpio para que no le limpiaran las bolsas de dineros. Navegaba desde entonces quizás al margen de la ley. Decía haber conocido a Francis Drake. Eso le hizo chiribitas en los ojos a Hawkins, que no tardó en pedir permiso para unirse a esa banda de marineros sin rumbo ni destino. La conformidad del capitán Jeremías no tardó en llegar. Ricky Hawkins se entusiasmó en seguida. Narró en ese momento el joven su ascendencia pirata y las aventuras de su padre hasta llegar a la cárcel de San Jorge en Sevilla.

A fin de que no hubiera malentendidos con las obligaciones de Hawkins como marinero, el capitán le hizo firmar un pergamino con pluma de oca y sangre de su antebrazo. Decía el capitán que quería viajar de nuevo a la isla Tortuga y volver a surcar los mares del océano. Si las circunstancias se tornaban bien, emprenderían rumbo a las Américas de Cristóbal Colón.

Sortearon las islas Canarias y tomaron rumbo a las marismas de Sanlúcar. Allí tenía que negociar el capitán unas mercancías peregrinas traídas de los confines de la China. Pronto arribarían al puerto.

Las noches previas a la llegada al puerto de la península las pasó Martín charlando con Hawkins. El hijo del pirata estaba totalmente convencido del paso que iba a dar. Que es fuerza mencionar que Hawkins no por eso entraría en chulo de mucho hígado. Ideaba hacerse con una moza caliente de flema en los confines de los océanos, ponerla a parir como coneja y tener una camada de hijos.

Y Martín seguía soñando con Isabela. Le contaba a Hawkins sus correrías de niño con ella. Haría mover montañas. Sus naipes estaban echados desde hacía bastante tiempo. No había marcha atrás. Ella era su destino, era su aliento. Pero ahora, al llegar a Sevilla, debía de hacer quiebros hasta llegar a los calzones de Barrabás. Ese hombre le daría pistas sobre el paradero de Isabela. Aunque la imaginaba en la corte madrileña, había algo en aquel personaje que le sonaba. Quizás era el mostacho asomado a sus labios... Quizás ese gesto seco que haría pararle las zancas al diablo. Lo cierto es que, a más que diera con el susodicho caballero extraño, una rara asociación había en ese rostro con su niñez. Se lo decía su panza. Que bien saben los señores que barriga que avisa no traiciona a las pantorrillas con sucios deshechos.

Sabido es que los tahúres esconden una carta en la manga, unas veces son descubiertos y otras no. Y que por eso Martín guardaba la sota de oros para plantarse de forma imprevista a los pies de Fernando Melgarejo, Barrabás.

Arribaron al puerto de Sanlúcar donde Hawkins y Martín se despidieron con un achuchón. Manni acompañó a Martín a la barcaza que llegaba al puerto. Y como era de esperar, el capitán Jeremías el Bueno tenía acordado unos tratos con subordinados del duque de Medina-Sidonia. Algunas mercancías estaban destinadas para la Corona portuguesa. Pero esa es otra historia. No pudo evitar Martín el meneo de su corazón al despedirse de Hawkins. Respiraba como no lo había hecho nunca el aire límpido y fresco que abría su mente a una nueva vida muy alejada a la anterior. Pensaba Martín que el Santísimo había bendecido esa tarde porque el resol de la brisa era endeble y caía un horizonte ámbar en la lejanía. Aunque él lo vio en tonos grises, le reclamó su atención. “¡Pardiez! ¡Este ocaso es un mensaje divino!”, se dijo. A mal que no supiera dónde estaba escondido su objetivo, ese diablo de Barrabás. Lo primero que haría sería comprarse unos pantuflos de cordobán, unas medias atigradas de seda y un jubón de púrpura oscuro. Luego se haría de una faltriquera de cuero de cabra y de un tahalí dorado, amén de un sable de buen moldado y doble filo. Los doblones, una vez repartidos, le garantizaban el sustento durante mucho tiempo. Le esperaba una nueva vida al lado de Isabela. Quería pensarlo así. Tenía redaño suficiente. Manni y Martín tomaron camino de Sevilla. Si los mentideros no fallaban encontraría a Fernando Melgarejo en el barrio de Santa Cruz. Le haría escupir la verdad. Sí. Y la hiel también. Entraron andrajosos en la zona oeste de Sevilla y salieron como auténticos caballeros en la parte del centro. Se miraron Manni y Martín en un espejo de la calle Cerrajerías. Manni rio, y Martín frunció el entrecejo. Quedaba mucho por vivir. Que bien saben los caballeros que el cobarde muere mil veces, pero el valiente solo una. Observó el filo de su sable tras desenvainarlo y dijo:

—Busca la muerte. Busca la vida.

Manni se quedaría en la posada de la calle Feria.

Y, al caer la noche, caminó con paso determinante hacia el Barrio de Santa Cruz.

Capítulo 21

Varios años habían pasado desde que Bautista Martínez del Mazo puso los ojos en Francisca, la hija de Diego de Silva Velázquez. Y aquella resma llegada de la corte para que se desposara con la núbil de trece años bien pudiera haber llegado en otro momento. Si bien es cierto que Francisca era una garantía para permanecer al lado del ilustre pintor, las miradas de Bautista se dirigían una y otra vez hacia Isabela. Bien es de saber que la niña Francisca lo alejaría para siempre de los antros que visitaba cuando era aún un pipiolo de pocas cuartas buscando a las acechonas del corral de la Cruz. Que la costumbre se pierde con otra costumbre es una cosa y que las nuevas malas son otras, pues no había hueco ahora en su corazón para otra mujer que no fuera la joven Isabela. Y, sin que él lo supiera, el pintor Velázquez lo tenía en el punto de mira de su pincel para que fuera su ilustre discípulo. A tal efecto, había movido hilos para que se encontrara con su hija: como en aquella ocasión en la que el joven entró como era habitual por una ventana abierta de palacio y acabó montado sobre ella. Solo saben los vientos que ella estaba citada allí a la misma hora en ese lugar, pero no imaginaba que su rostro llegara a estar tan cerca del carirredondo Bautista. Si los rumores son las antesalas de las noticias, son conocidos los lances que montaba Velázquez para que su hija, poco agraciada de rostro, coincidiera con frecuencia con las correrías de palacio de Bautista. Y como can que mueve la cola cae en gracia y es amigo de las pitanzas, el joven Bautista era un títere que sonreía con esmero para tener un futuro de andorga rolliza, amén de seguir con sus pinceles cual duende que sale baleado por la ventana... Hasta ahora.

Aquella noche no quedaría nunca en el olvido para Isabela. Las miradas indiscretas de Bautista en aquella residencia de Valladolid se volvían tan pesadas como las moscas de las letrinas. Ella disimulaba con tino cierto interés en la persona del joven. Otras, en cambio, solo eran pasos mal acertados enhoramala para la joven. Y en esos momentos, Bautista cambiaba de humor como los vientos y se mostraba huraño. A tal punto, que existía un grado de temor en esa sonrisa forzada de Isabela, pues quedarse sola ante los

retruécanos que se le avecinaban no eran precisamente cuartos asados de venado.

Bautista, con los sobacos perfumados con aceite de lavanda, se había hecho el desentendido al entrar en el salón de la chimenea con el torso desnudo. Y colocó sus posaderas al lado de la joven mientras la fogata daba calidez al entorno. Bien que se las prometía aquella vez para Bautista. Ella, acorralada como una gallina para caldo, tosía de vez en cuando con arrechucho, intentando mandar un mensaje al joven. Y él, que no quería recibir una negación, hacía movimientos sugerentes de su cuerpo con el fin de embaucarla y deshacerla como doncella.

—Somos una pareja con futuro —atrevió a pronunciar Bautista.

—Solo Dios mueve los naipes a su antojo.

—Quizá sea Dios el que nos ha colocado ahora juntos.

Isabela ladeó la cabeza.

—Quería hacerte saber, y no te lo tomes mal, que mi corazón es un mar de líos ahora mismo. No imaginas lo que se siente cuando han puesto precio a tu cabeza. Sé que eres un hombre de futuro con los pinceles. Soy consciente que no habría mozo que cuidara de mí como tú, pero has de saber que no tengo ajuar preparado ni dote que se le parezca, amén de no haber boda concertada con mi padre por medio. —Hizo una pausa—. Mi padre era hombre de otros tiempos, se preocupó mucho por mí y no quería que sufriera por nada. Me trajo hasta la corte con poca edad. He sido una mujer muy dichosa hasta hace poco. Mi corazón late por otros caminos. No puedo rendirme a tus brazos, Bautista.

—He escuchado que ese hombre al que esperas es un matachín de pocas cuartas. No entiendo cómo puedes compararme con él. Ni siquiera has tenido la oportunidad de conocerlo bien. Por mucho que le doy vueltas a la idea, no logro encajarte con ese mozo. ¿Qué ha hecho por ti?

—Lo suficiente como para que se merezca una oportunidad. Era mi amigo de la infancia y ha demostrado que sigue siéndolo. Es difícil entender que cuando las raíces son tan fuertes y se han tomado caminos tan diferentes llegue a haber un poco de chispa. Para que lo entiendas: ese mozo ha cambiado toda su vida por salvar la mía.

—¿Y piensas ganarte el sustento con ese mozo dando palizas? —dijo Bautista con grado de enojo.

—Verás... Observo las nubes, el sol, las estrellas... y hablo con el

Santísimo. Todos me dicen que ese mozo ha cambiado para mejor, que yo soy la pieza que faltaba en su vida. No tengo ajuar preparado para casarme. Ya hace tiempo que mis padres me faltan a mi lado. Él es el único recuerdo que me queda de mi infancia. Se merece una espera.

Bautista torció el gesto con ademán de impotencia.

De pronto sonó la madera de la puerta. Unos nudillos impacientes llamaron con determinación. Bautista se quedó mirando el rostro de Isabela esperando una explicación. Aquella pequeña casa era la residencia antigua de Ana de Guevara. En principio solo ella sabía que ellos dos estaban allí. El joven Bautista escuchó la llamada de nuevo, e Isabela corrió enseguida a esconderse en la cocina con movimientos silenciosos. Él echó mano a la daga de pomo nácar que tenía a resguardo. Sus manos temblaban. Decidió acercarse a la puerta.

—¿Quién es? —dijo Bautista con la voz quebrada.

—Correo —repuso alguien con marcado acento inglés.

—No nos interesa. ¿De parte de quién?

—Importante correo.

—¿Cómo sé que vuestra merced no quiere otra cosa? Déjemelo por debajo de la puerta.

—He de asegurarme de que le llega a Isabela.

—Ella no está. ¿Quién es?

—Sí está. Seguimos sus pasos. Es importante.

Bautista se quedó estupefacto. ¿Quién demonios seguía los pasos de Isabela hasta ese lugar?

—Ella no está, pero le puedo llevar el mensaje si tan importante es. Déjelo vuestra merced por debajo. Le aseguro que se lo haré llegar.

—De acuerdo. Comprobaré que le ha llegado la carta.

Esperó el pintor que la carta se deslizara por debajo de la puerta. Al otro lado se escuchó con rotundidad:

—Carta del príncipe Carlos I de Inglaterra.

El joven no podía creerlo. ¿Qué estaba pasando? ¿En que estaba metida Isabela? Decidió leerla antes que ella.

Te quiero a mi lado, joven de ojos refulgentes. Desde aquellos días que te vi por primera vez, no he parado de soñar contigo. No puedes preguntarme por qué hago esto, porque no lo sé tampoco. Los sabios dicen que vuela de

vez en cuando una paloma cerca. Tú eres ella. No me importa la distancia ni el olvido. No amo a Enriqueta II. Estoy dispuesto a sacrificar a mi esposa si puedo conseguir tenerte conmigo. Recuerdo tu pelo en cascada sobre tus hombros, tu sonrisa tímida, tus movimientos tocados por la divinidad. Nos espera juntos un futuro esplendoroso. Tú y yo, Isabela. Hasta la eternidad. Prometo hacerte la reina más dichosa de toda la historia de Inglaterra. Todos los días me recreo en tu rostro de aquel cuadro que me regaló el rey Felipe IV. Es lo único que me hace vibrar; el tiempo que me hace mover montañas por tenerte junto a mí. Quiero que sepas que los tiempos vuelan, que los días son estrellas fugaces que pasan con celeridad. El tiempo apremia. Solo has de hacerle saber a mi espía que estas dispuesta a cruzar el canal de la Mancha. Él te preparará el viaje en secreto. Nadie ha de saber que yo quiero desposarte. Las palabras han de ser hojas que las mueva el viento. Te aseguro una vida lujosa en el reino inglés. No me preguntes por qué bebo los vientos por ti. La respuesta está en tus ojos.

Príncipe Carlos I de Inglaterra.

Bautista, mudo y tembloroso, se encaminó a la cocina donde le aguardaba Isabela. En realidad, no sabía qué hacer. Debía rumiar la resma. Sí. Podría perder a Isabela en cuestión de poco tiempo. No obstante, quizás ella se mereciera saberlo: que el príncipe Carlos I de Inglaterra la pretendía como esposa. ¿O puede ser que ella lo supiera ya y se lo hubiera ocultado? Isabela salía con paso cadencioso de la cocina. “¿Qué hago?”, se dijo. Si ella no le había mentido y le iba a dar un chance al mozo de su infancia, entonces sí debía enseñarle la carta. Decidió al final entregársela. La Isabela que Bautista había conocido era sincera. No había de tener miedo a que se marchara. Debía de seguir intentándolo con ella. Sí. Estaba seguro. Entregarle el correo era una baza a su favor.

—¿Quién era?

Sin decirle nada, Bautista le entregó el papel sellado de la corte inglesa.

Isabela solo exclamó dos palabras al leerla:

—¡Dios mío!

Capítulo 22

A John Rankmore no le costó esfuerzo alguno ponerse en contacto con el pintor de cámara inglés Cornelius Janssens. Le prometió pasarle información sobre la técnica pictórica de Velázquez. Y Carlos I de Inglaterra, entusiasmado como un chiquillo, lo atiborró de carne de venado y vinos traídos de Francia. Ese rostro le sonaba. Sí. No sabía el príncipe en qué lugar y fecha se había topado con aquel hombre. Pero, con la carta de recomendación que le enseñó, no dudó ni un instante en mandarlo a las órdenes de Cornelius Janssens. Aunque los caprichos del rey con su devoción a la cultura habían llegado tarde, sabía que podría contratar en breve con pintores de reconocido prestigio de la Europa de la centuria. A tal fin, ya tenía el visto bueno del reconocido pintor Van Dyck.

Cornelius Janssens presumía de su condición de pintor del rey. Embadurnado en soberbia e inquieto como una lagartija, no tardó en poner en marcha la creación de nuevas obras tras las primeras consignas de John Rankmore. Cornelius era hombre misántropo y ermitaño, costaba sacarle algunas palabras cortas pero exhaladas de la evaporación de un alma rasgada por la crudeza de la vida que levitaba en su pasado. Los chascarrillos decían que fue tentado por el duque de Buckingham y este, al recibir negativa, le hizo la vida intratable, insoportable. Aquello dejó su sello en el trato que exhibía con los demás mortales.

El día que empezaron a trabajar juntos se había levantado caprichoso de lluvias zigzagueantes. Amenazaba tormenta y se cerraron los ventanucos que tildaban de aire fresco la sala de pintura.

—El maestro empieza por superponer dos capas; una de ellas es la que llama tierra de Esquivias —explicó John—. La verdad es que no sé de dónde la saca, pero os puedo decir que sus principales colores son los grises y negros —apuntó mientras mojaba el pincel en el gris óleo.

Hizo un trazo endeble de toque ligero sobre el tafetán y aguardó un momento a que seicara. Allí, enmudecidos con las primeras clases se encontraban dos aprendices: uno de ellos soplaba su flequillo caído hacia arriba y se hacía

llamar Ernest; el otro, un tal Samuel, prestaba tanta atención a las lecciones que su rostro parecía el de uno de aquellos desgraciados lunáticos recluidos en Yorkshire.

—Hay varios secretos en la pintura de Diego de Silva Velázquez. De momento solo os diré que la base que utiliza de fondo es aplicada siempre. Se trata de un compuesto de plomo que al mezclarlo con agua se vuelve amarillento, y al hacerlo con óleo se torna casi transparente —apuntilló John con su solemne acento inglés.

Ernest resopló y se atrevió a preguntar. A sus diecinueve años apuntaba buenas maneras con el pincel. Ya desde niño había sufrido las eróticas miradas de Jacobo I cuando era rey. La condición de hijo de paje real le provocó esa dualidad: contactos con los pinceles y abuso del rey Jacobo I. Como huella le había quedado un tartamudeo en la voz fruto de aquellos lances.

—¿Qué compuesto es?

—He oído rumorear que eres una promesa con los colores —Ernest no pudo disimular su orgullo al recibir el elogio—. El compuesto se está sacando del taller. Es albayalde o blanco español. Por otro lado, la paleta de colores es muy reducida. Utiliza pequeños pigmentos para resaltar los detalles.

—Me gustaría que el tema de la obra fuera pintura mística o mítica, pero la Iglesia anglicana nos tiene encasillado —apuntó Samuel.

Rankmore ladeó la cabeza. Aquel insensato no sabía que podría tener las horas contadas, pero parecía intuir algo. Volvió la cara hacia el ventanuco para disimular y luego volvió a coger el pincel.

—Es obvio que la llegada de Van Dyck reportará más libertad. No es preciso recalcar que el pintor flamenco quiere que sus pinturas tengan su sello propio. Así que de momento, nosotros con estas clases solo nos dedicaremos a la pintura anglicana... Ya sabéis que las imágenes no recibirán su culto oportuno. Para hacer los vitrales ya están los cristaleros especialistas. Recordad la frase de San Pablo de Tarso: “Os digo que os quedéis todos como me he quedado yo” —todos rieron—. No sabemos si divorciado o viudo. Se puede intuir que San Pablo se había divorciado de su mujer. Así lo quiere el arzobispo de Canterbury y así se tendrá en cuenta. Dios sabe dónde colocar a la mujer y al hombre sin necesidad de que se lo propongan sus siervos.

—¿Habría algún problema en hacer pinturas religiosas? —preguntó Ernest.

—Ya os he dicho —aclaró Rankmore— que las imágenes no son objeto de

culto. Yo me decantaría mejor por retratar al nuevo rey de Inglaterra. Quiero deciros que os exponéis a un juicio de la Iglesia de Canterbury si pintáis escenas religiosas.

Aquella estancia gozaba de dos ventanucos al final de la pared principal. Desde allí se podían ver los hermosos cipreses que circundaban el palacio real. Varias macetas con hortensias colgadas de la pared iluminaban con su belleza un pasillo estrecho que conectaba con otras habitaciones del edificio. Por allí llegó Cornelius Janssens con una pequeña paleta de albayalde conseguida en el taller. Al verla, a John Rankmore se le encendió su mirada y se acercó a cogerla.

—Creo que está conseguida —informó Cornelius.

Los dos pupilos se reunieron pronto junto a la base de pintura albayalde. La curiosidad de Samuel le hizo llevarse una bocanada de plomo que le dejó atolondrado.

—No está terminada aún —sentenció Rankmore. Tomó la paleta de albayalde y se recreó en ella. Acercó su nariz perfecta, olisqueó el profundo olor del plomo y esbozó una sonrisa maliciosa—. Necesita un toque de mi mano —se volvió hacia Samuel—. ¿Quieres empezar esta tarde con el fondo? ¿Sabes lo que vas a pintar?

Entusiasmado, Samuel ideó con rapidez lo que iba a pintar.

—Un retrato de Enriqueta II —afirmó.

—Está bien —dijo Rankmore—. Solo has de mezclar el albayalde con oleo para el fondo. Recuerda que puede volverse transparente, eso te indicará que necesita más cantidad. Te dejaré la mezcla en el caballete y cerrarás los ventanucos. No me gustaría que se rumorearan en el palacio los secretos de la pintura.

—No hay problema —repuso Samuel.

Rankmore esperó que todos se marcharan del taller para coger el albayalde. De su faltriquera sacó una cajita metálica donde guardaba mezcla pura. Vertió una cantidad pequeña sobre la paleta. Todo estaba preparado. El catolicismo puro tendría su voz propia en aquel palacio de Carlos I.

* * *

Samuel entró como de costumbre en el taller. Al llegar inhaló una tufarada de albayalde que le hizo toser. No le dio importancia. La primera pincelada

fue la de albayalde con óleo negro. Pudo comprobar cómo se puso claro con el paso de los minutos. Volvió a toser. Hizo un trazo de lo que podía ser el rostro de Enriqueta II en una escena campestre. Dibujó a continuación las líneas de un árbol al fondo. De pronto, sintió que se mareaba. Decidió salir a beber agua. Tenía las manos manchadas de albayalde y se las enjugó. Bebió un poco. Sintió que la garganta le pedía carraspear. Su cuerpo cayó al suelo flácido como una marioneta.

Y allí, en aquel rincón que conectaba con el pasillo del taller, la mano de Rankmore anudó su nariz. Esbozó una sonrisa burlona. Salió con celeridad a pedir ayuda.

—¡Un médico! —gritó.

Capítulo 23

Ese matasiete se escondía como un murciélago al caer el día. Sí. Eso pensaba Martín. Barrabás era más escurridizo que el agua. Y, entrado en bellaco de hígado cuajado, Martín, daba fe que su venganza del caballero veinticuatro era obligada. Si no se torcía la carta, Barrabas acabaría como un atizacandiles de tres al cuarto. Que buscar al que tiró la piedra es chocar con ella si no la ves. Así que Martín andaba a tientas por el barrio sevillano de Santa Cruz. Y esa noche estrellada exhalaba un aroma a azahar en las calles. “Buena tilde para acuchillar y morir”, se dijo. Las angostas calles daban pie a una buena estocada, fina, certera, libre de trabas de piernas. Es de obligado decir, que la luna llena amenazaba con destapar el rostro. No por eso lo cubrió Martín con un pañuelo. El soplón que le había escurrido el paradero de Fernando Melgarejo, Barrabás, era de fiar: le había dicho que el caballero veinticuatro rondaba el barrio a la hora del gallo. No era extraño, pues, verlo con azumbre de vino de más por esas callizas colmadas de claroscuros.

Dudaba Martín entre enfrentarse a sable limpio a Barrabás o por el contrario buscar a Isabela. Que la sombra te persigue siempre es algo que saben los campesinos y no por tal dejan de estimarla. La sombra que podría ser Fernando Melgarejo le acompañaría si movía hilos hacia el centro de las Castillas. Era cierto que deshacerse de aquel tipejo de antros oscuros era una labor clavada en el destino, como si el Santísimo no le hubiera dado opción alguna. Y Martín, quizás tocado por el halo de lo excepcional, decidió inhalar los sutiles toques de azahar que removían los naranjos sevillanos, en caso de que, no quisiera Dios, fueran los últimos que oliese.

No perdía ripio de nada a su alrededor: el zumbido de unos mosquitos cojoneros, el aleteo de las hojas por el viento, aquella campana que sonaba a lo lejos y cualquier murmullo lunero que transitara la noche. Daba Martín pasos plomizos, tanto que cualquiera diría que le pesaban los pies. Y, con el trazo del rostro marcado por el deseo de venganza, se aventuró entre las calles estrechas carcomidas por riñas.

Cuando menos lo esperaba Martín, aquel caballero veinticuatro surgió de la

penumbra. Los ojos de Barrabás se tiñeron de rabia, pues reconocerlo y desenvainar el sable fueron solo uno. Brillaba también la mirada de Martín. El fulgor de la luna llena dibujó sus rostros con nitidez. En un primer lance, Barrabás se echó la mano a la faltriquera en busca de una pistola. Al comprobar que no llevaba ninguna terció con el metal. La pierna derecha hacia delante; la izquierda, atrás; y la guardia baja. Atesoraba el caballero una daga en la zurda aguardando a hacer un requiebro inesperado. Y Martín lanzó un arco de arriba hacia abajo con el sable. Los aceros se chocaron en un golpe seco. Un paso adelante sin mediar palabra de ninguno. Fernando Melgarejo trataba de desestabilizar las piernas de su contrincante.

—Haré ganchillo con tus tripas —sentenció Barrabás.

Los cuartos laterales con los que acometía Martín encontraban trabazón una y otra vez en el filoso del veinticuatro, que retrocedió levemente ante su empujón. El joven esquivó con un juego de cintura rápido un molinete de la daga del caballero.

—Te cortaré el pelo para enseñárselo a Isabela —gruñó Martín.

Aquella habla singular le sonaba a Barrabás. Sin tiempo tardo lo asoció al cocinero del duque de Medina-Sidonia años ha. Paró un momento.

—Eres el hijo de Lope de Guzmán —afirmó Fernando Melgarejo.

Lunas eran los ojos de Martín ahora.

—¿Qué sabes de mi padre, bastardo?

—Hice un nudo con sus entrañas. Tuve el placer de acortar su miserable vida.

—¿Tú lo mataste?

—No es moco de pavo que te salpiquen el jubón dos veces de sopa rancia.

—Pardiez. ¡Te sacaré la piel a tiras!

Enervado como un volcán, Martín acometió con tres cortes al viento. Las trabas de Barrabás sonaron con chispas mientras algún vecino curioso asomó el gaznate.

Dos molinetes más de Martín con bravura. Un corte en la manga del caballero que se dolió como un jabalí en un día de caza. Vigilaba el joven la daga en el puño izquierdo del otro. En verdad que, si no fuera por esto, se hubiera lanzado sobre el chulo de enfrente. Un cuarto de arco sobre la diestra del caballero le hizo toser la daga, que cayó sobre el suelo de agua va. Escaso de piernas por el trote continuo, Barrabás decidió que debía acabar ya con el duelo. Tres pasos sobre la derecha, un empujón con la mano zurda, y Martín

tambaleó. Sacó el joven redaño de este último lance, escupió sangre de sus labios y maldijo al caballero veinticuatro. Chocaron entonces sus brazos a la distancia del aliento; poco más y se mordían uno a otro. Un quiebro de Martín acabó con el sable del caballero en la arena. No le dio tiempo a patearla cuando estaba empuñada de nuevo por el bellaco, que ya se sentía tocado de los ánimos. En una maniobra inusual, Barrabás lanzó su sable sobre la cara de Martín y voló con sus pies. Un corte feo en la mejilla que de no esquivarlo le hubiera provocado un chirlo en el cuello. El joven corrió en busca del caballero. Mala suerte. Tropezó con una piedra y vio cómo aquel se perdía por la umbría nocturna.

Por la retaguardia apareció una figura. A paso rápido, certero en sus zancadas. Martín se cubrió el rostro y empuñó su arma. Era Luciano María Manni.

—Te dije que te quedaras en el bodegón.

—Imposible dejarte solo. ¿Ya está hecho?

—Esa alimaña ha huido.

—Ninguna venganza tiene sentido. Todo forma parte del pasado y hay que dejarlo atrás.

—Mató a mi padre.

—Dios hará justicia. Necesitas sutura en la cara.

—Más profundo es el dolor del alma.

—Las heridas del alma se curan con el tiempo. Te espera Isabela.

Manni rio a carcajadas.

—¿Por qué ríes? —dijo Martín.

—Me hace feliz. Es una campanilla que hago sonar de vez en cuando.

—Pardiez.

—Deberías buscar a Isabela. Te necesita. ¿O pretendes ir tras el caballero veinticuatro?

—Difícil elección, pues Isabela seguro que está en la corte madrileña. Su paradero no puede ser otro. A saber qué puedo encontrarme en Madrid. Me gustaría que fabricaras los anteojos antes de irme a la capital. ¿Cómo lo ves tú?

—El tiempo no camina de nuestro lado, pero se puede intentar. ¿Tan importante es la moza para ti?

—Es lo único que me queda en la vida. Ahora soy un hombre distinto. Ella es la almohada donde construyo mis sueños. Si no has pretendido nunca a una

mujer no lo puedes entender.

Manni reflexionó en voz alta.

—Se llamaba Constanza —Martín agudizó el oído—. Era hija de un mercader de buena bolsa en la Barcelona de años atrás. Yo era joven y pipiolo, lo suficiente para no saber que un hombre sin dineros no puede pretender a semejante moza. Ella me amaba. Al arrancarla su padre de mi lado, enfermó. Contrajo la enfermedad de la tristeza. Murió mientras yo intentaba sacarla de la jaula de oro que era su casa. Me dieron por loco varias veces en Barcelona. Mi familia me abandonó y yo me lancé a los mares. Fue entonces cuando di con los bucaneros. Pero mi pasado pesaba mucho y no quedé bien de la chorla. Lo único que pude conseguir es que no me quemaran vivo. Antes era un hombre de talento y porvenir. Mi pasión eran los anteojos, algo novísimo ahora. En Italia tenemos tradición para mejorar la vista, no la testa.

—Solo te puedo decir que se sale del infierno. Yo he salido... hemos salido. Deberías buscar otra moza. La mujer es el asiento del hombre. Necesito a Isabela.

—¿Qué crees que hará cuando te vea?

—Posiblemente no me conozca por las ropas. Nunca he vestido un jubón. Tengo mucho que ganar y poco que perder.

—Así se hará —Manni volvió a reír—. Te haré los anteojos y buscarás a Isabela.

—Ella me espera. Me lo dice el viento, ¿sabes? No hay nada mejor que fijar un reto en la vida. Asentarse en el camino para conseguirlo es lo mismo que lograrlo. Este viaje me pertenece. Me lo debo a mí y a Lope de Guzmán, mi padre.

—Barrabás lo mató.

—Eso me ha jurado esa sanguijuela. Rememoraba yo algo de ese rostro único. Algo me decía que lo había tratado de niño. Nunca imaginé que ese chulo matara a mi padre... por sopas rancias.

—¿Sopas rancias?

—Mi padre le volcó dos sopas rancias sobre el jubón. Por lo poco que le conocí, seguro que lo hizo adrede. No era hombre de tragar injusticias. Se defendió con el arma que sabía utilizar. Alguna fechoría calaría mi padre en el rostro de Fernando Melgarejo. No hay otra explicación.

—El destino está escrito.

—No lo creo.

—El destino mueve los naipes y tú los juegas. Solo Dios ha querido unirme de nuevo a Isabela. Piensa que si no hubieras sido un matón nunca la hubieras reencontrado. Los hilos que teje el sino se cruzan de vez en cuando.

—Puede ser. Caminemos pues en busca de esos ojos —Martín miró al cielo y dijo—: Más allá de tus ojos, Isabela.

Y juntos caminaron en pos de un futuro incierto.

Capítulo 24

Bien sabía Isabela que en las Castillas de aquellos años todo era posible.

Que andar en aguas sucias podía traerle consecuencias fatales para su persona. Atrevida, pero timorata para algunos lances de la vida, la joven destilaba impaciencia por su sino. No era mal destino que un príncipe le tirara los tejos, que anduviera bebiendo vientos por su rostro; amén de que estaba claro que ni era el momento, ni era Isabela la persona adecuada.

Eludía una y otra vez los espejos de aquella casa de Valladolid, como si quisiera que aquella maravilla de la técnica del cristal le devolviera a una vida más tranquila. No se engañaba: a pesar de la algarabía, era consciente de que su rostro era angelical. Que esos ojos verdes mar bien pudieran iluminar la noche más oscura. Y Bautista Martínez del Mazo tentaba continuamente a la joven, aunque recibiera varapalos de toda índole. La verdad era que Isabela no sabía dónde diablos meterse para escapar de los tejemanajes que se traía Bautista para intentar enamorarla. El joven se atrevió en una ocasión a hablarle del mito de Psique y Eros; en otra le atizó un mal poema:

*Un beso frio lancé al viento
y lo soplé hasta ti
para congelar el momento
en el que te conocí.*

Incluso intentó besar esas amapolas que florecían en la boca de Isabela, según decía Bautista. Enredada en sus tripas y su hígado, la mala hostia de Bautista por los fracasos avenidos iba en aumento. Se le encendían los pómulos en color granate y se le erizaba el vello como el de una gallina puesta a cocer. Aquello tenía toda la pinta de una batalla perdida. Así que Bautista decidió poner sobre la mesa el as de oros que tenía en su manga.

Aquella noche un aguacero dejó su huella en las ventanas con líneas de agua que parecían pintadas por las musas del Olimpo griego. El aliento de los

verdes allende respirando llegaba hasta los huecos de la casa envejecida. Un suave aroma a madera áspera y mojada reptaba por el suelo. Rielando poca luz, el candil lamiaba con su pequeño resplandor las sombras proyectadas sobre la chimenea. Y Bautista, más motivado que nunca, inhaló aquel ambiente antes de lanzarse sobre el corazón de Isabela.

—Solo quiero saber si tengo alguna posibilidad. Mi pecho late como un huracán. Bien sabe Dios que te haré la mujer más dichosa de las Castillas —se atrevió a confesarle Bautista.

Ella, sorprendida, evitó su mirada girando la cabeza mientras rumiaba una nueva excusa.

—Sabes que se merece una oportunidad.

—Sí. Ya lo decía yo. Hasta su nombre es insípido como cualquier otro. En las Castillas de esta España hay hombres con más calado en su casta. ¿Cuántos Martín hay repartidos por el mundo?

No pudo Isabela evitar las carcajadas por el mal encaje de su respuesta. A tal punto que Bautista, iracundo como un pavo en vísperas navideñas, se levantó del asiento y dijo:

—No te voy a decir que Dios te proteja, te digo que Martín te proteja... Me marcho a Madrid.

Una lágrima cayó por el bello rostro de la joven. Por un momento pensó en quitarse la vida. Sí. La suya daba tumbos como una noria de agua. No obstante, pensó que debía esperar. Si su intuición no le fallaba, seguro que Martín andaba buscándola. Eso era lo mismo que rendirse a sus brazos. A pesar de la incertidumbre con el joven, el viento le susurraba que sería esplendoroso. A esto se añadía lo del príncipe inglés. No sabía cómo demonios iba a salir de ese entuerto. Tenía claro que no se iba a marchar a Londres a ser una reina infeliz. Dudaba si el susodicho príncipe seguiría intentando llevársela consigo. A tal efecto tenía miedo. Veía al inglés capaz de todo para conseguirla. “Seguimos en conflicto con la vieja Inglaterra”, recordó. ¿Cómo demonios había dado con su dirección el mensajero? Todo aquello olía a cloacas. Ni siquiera estaba segura de que el conde-duque de Olivares supiera que ella se alojaba en una mansión de la corte de Valladolid.

Y Bautista se había portado con ella como un fierabrás mocososo y caprichoso. Al salir el joven, Isabela miró por la ventana y se cercioró de que caminaba en busca de un coche de caballos. Era un arma de doble filo. Si era cierto que no debía espantarlo más, también lo era que se sentía desprotegida.

Nunca imaginó que aquella mirada que atesoraba le supondría tantos problemas. Se acordó de su padre. De esas palabras que solo él era capaz de decirle: “recuerda que el hombre que esté por ti moverá montañas”. Y ese hombre podía ser Martín. No quería caer en las garras de la duda. No. El mero hecho de pensarlo le daba miedo. Necesitaba idear soluciones. Tal vez Ana de Guevara le ayudara. La nodriza del rey apoyaba a Bautista por encima de todo. “¿Por qué diablos ha arremetido el destino contra mí?”. Estaban jugándose las cartas de su destino. Caer en los brazos de Bautista sería una solución a corto plazo. Su padre le habría dicho que no. Se sentía anclada a esos valores. Lo que le quedaba de su padre: recuerdos de palabras sabias y poco más. “Si él estuviera aquí me diría que aguardara a Martín”. Sí. Debía obedecer a la memoria de su padre. Debía obedecer a su instinto.

Le temblaban las piernas y el resto de sus carnes parecían un saco de panderetas. Por más que intentaba no hacer ruido, no lo conseguía. Apagó el candil y se sentó a oscuras. La oscuridad le ayudaba a pensar más, y no quería hacerlo. No podía despreocuparse. Podría buscar a Martín. Tal vez fuera una buena idea si supiera dónde estaba, pero lo ignoraba. Sería lanzarse a una aventura quijotesca sin más aliento que el suspiro del aprecio que sentía por él. Se le antojaba imposible.

Poco a poco sintió que sus párpados le pesaban. Y en pocos instantes cayó rendida de sueño.

* * *

Bautista Martínez del Mazo se sentía despechado. No estaba acostumbrado a retroceder. No le gustaba perder ni a los dados. ¿Qué le diría a Ana de Guevara? Buscaría una excusa. Tal vez pudiera decirle que Isabela la había echado de aquella mansión, que necesitaba sentirse sola. Conociendo a Ana de Guevara como la conocía, quizás no tuviera buenas tragaderas la mentira. Lo más sensato sería decirle que la había dejado sola unos días. Que Isabela necesitaba esos días para poner en claro sus ideas. El caso es que no estaba seguro de lo que había hecho. Mientras avanzaba el coche de caballos para Madrid, le dijo dos veces al cochero que frenara para dar la vuelta. Una parte de él necesitaba estar al lado de Isabela. Y otra parte alimentaba su orgullo y le sugería lo imposible de aquel amor. Es de fuerza mencionar que corría por las venas de Bautista cierto grado de buen hidalgo. Amén de que una lagartija

no huye por orgullo, es cierto que sentía cierto resquemor a perder la vida por una mujer. “Mujeres hay muchas”, se dijo. Así que confiaba que, cual paloma que vuelve a su nido, Isabela caería rendida a sus brazos por miedo a quedarse sola. Que bien saben los señores que mujer timorata tiene los brazos más largos. Si todo salía según sus planes, Isabela no tardaría en mover sus piernas hacia Madrid. Y a él le daría tiempo de mandar a la fea de Francisca a hacer puñetas a un convento, a disposición de cualquier letrado que requiriera sus servicios. Sí. No necesitaba para nada a aquella mujer poco agraciada para dar el gran salto en el mundo de la pintura. No. Ana de Guevara había confiado muchas veces en él. Era una baza con la que jugar en ese rollo de naipes que se traía entre manos con Isabela.

Cuando más absorto estaba en sus pensamientos, el cochero frenó en seco. Apareció delante una figura recia y con la capa terciada. A claroscuros, ese hombre era corpulento, con una nariz aguileña fácil de distinguir y un paso marcado y solemne. Dejaba entrever una mirada profunda y perspicaz. Con marcado acento inglés se dirigió a Bautista.

—¿Por qué ha dejado a Isabela sola?

A Bautista le temblaron las cejas.

—Volveré en unos días —acertó a decir Bautista.

—Vuestra merced morirá si ella muere, y no de amor precisamente.

—S-s-s-sí. Sí. Lo sé.

—Recuerde vuestra merced lo que le he dicho.

Y aquel hombre se perdió por el entramado de calles de Valladolid mientras el cochero interrogaba a Bautista con la mirada.

—Sigue —dijo Bautista. “Ya sé que está protegida”, meditó.

Capítulo 25

Era una pocilga. Así llamaba el italiano Manni al pequeño taller en el que trabajaba con las lentes de Martín. Durante varios días y noches estuvo ojeando y comprobando la vista de Martín. Y el joven, cabreado como un toro con banderillas, le apremiaba sin que el italiano acabara el trabajo.

Manni había conseguido hacer un cristal con varias capas. Superpuestas unas sobre otras, había realizado una prueba a los ojos de su amigo. No hubo resultado. Decía tener las varillas para las orejas fabricadas. El cuarto día dijo haber terminado unas lentes. Debía resultar.

Acomodado sobre una silla de anea, Martín aguardaba que Manni le colocara los anteojos. Se sentía nervioso, quizás más de lo que pudiera pensar. Manni sonrió como siempre. El italiano había colocado varios colores frente a su amigo: una tinta roja, otra azul y otra amarilla. Cuando le puso los anteojos, Martín tenía los ojos cerrados. Los abrió y los agudizó sobre las tintas: grises y negros. Acertó tímidamente con el rojo. El azul aparecía celeste para él, y el amarillo se tornaba gris.

—No —afirmó Martín—. Debe haber algún fallo.

Manni escrutó de nuevo la mirada de Martín.

—Más fino el cristal. Si quitara una capa... Necesito varios días.

—No los tengo..., ni Isabela tampoco —exclamó—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Quitaré una capa... Demasiado gruesa. Busca a Isabela. A tu vuelta estarán listos los nuevos anteojos.

Martín decidió entonces viajar a Madrid en busca de la joven. Para ello se vistió de unas medias leonadas y un jubón gris. Con esa estampa ella no le reconocería. Pensó incluso en ponerse unos calzones más discretos, luego lo desestimó. Fue entonces en busca de un buen corcel para cargarlo de pancetas, chorizos y una bota de agua. Mientras, Manni se quedaría probando los nuevos anteojos.

La tarde que Martín emprendió la marcha, unos nubarrones negros tildaban el cielo. A poco que el caballo tomara camino con él, tendría que buscar una

casa de postas cercana. Podía coger el camino de Extremadura, pero se decidió por el de Jaén. El caballo, un buen animal de patas y cuartos delanteros robustos, se quejó de las primeras lloviznas que racheaban con los vientos. Y, a la altura de la villa de Bailén, tras jornada y media cabalgando a trote de puerco, Martín se acomodó en una casa de postas. Durmió evitando las miradas quebradas de los peinabolsas y bruhadores que frecuentaban el lugar. Que bien saben los señores que un ojo cerrado y otro abierto libra de algún entuerto. Y la noche, tupida como una madeja de lino, la dedicó el joven a pensar en Isabela. La posada dejaba gotear fugaces hilos de agua por el cañaverál del tejado. Ronroneaba cerca un gato flaco como las cuerdas de una guitarra. Y varios lobos aullando en la lejanía parecían tener el vientre hueco. Malos panoramas para concentrarse Martín en lo que quería. Aquello le sonaba a pasado, a todos los lances penosos que sufrió de niño.

Si Isabela era fiel a sí misma, estaría esperándolo para que la sacara de aquel embrollo. Sí. Las tragaderas de Martín se habían hecho más fuertes con el paso de los años: ya no era aquel mozuelo que a duras penas se ganaba el pan con esfuerzo considerable. Tenía que pensar un plan para la vida en común con Isabela. Quizás como mozo de caballerizas del palacio del rey. Le gustaban los caballos, tratarlos, montarlos, limpiarlos. O podría proponerle un viaje a las Américas. No. No apostaría por un futuro incierto hasta ese punto. De todas formas, Isabela tendría una red de contactos importantes, lo suficiente como para conseguirle un trabajo para comer todos los días.

Cuando Martín se levantó por la mañana, apretó el paso del animal tras pagarle al cantinero. A poco que tuviera algún tropiezo en el camino, llegaría pronto a Madrid. Los roquedales y pinos de las vaguadas le daban umbría suficiente. El caballo se entusiasmó con el heno embuchado en la posada y dejó de quejarse. Cuanto más se acercaba el joven a la villa de Madrid, más apretaba el pomo de la espada de la faltriquera. Era de esperar que algún fulano lo reconociese. La noche se hizo negra y ya se encontraba en Talavera de la Reina. Al sur de la ciudad, los cipreses se abanicaban al son del viento en un baile de copas que daban ganas de acuchillar. Ese viento encogió el rostro de Martín y lo volvió enigmático. Ladrones de medio pelo se veían correr por las callejuelas empujando vino turco. Ni ardites ni blancas en los bolsillos roídos por los ratones, tan solo una mirada perspicaz y un oído fino como el del gato. Y las mujerzuelas que lanzaban su red de pesca a los nocturnos se atrincheraban en los cantones de las callizas sucias, tan

mugrientas como las rúas. La lluvia había levantado malos olores en las calles. A tal, Martín se anudaba la nariz permitiéndose poco aliento. Y el joven, cual soplagaitas pipiolo que no sabe nada de la vida, se sentía extraño en las Castillas aquellas por las que circulaban transeúntes por doquier. Que es fuerza decir que, a pesar de que Martín era hombre ducho y hecho, la Madrid de las Castillas era un laberinto para cualquier forastero de borceguíes nuevos. Llegó pronto Martín a la puerta de Lavapiés. Allí las casas de malicia y corralas repletas de fantoches de todo tipo le dieron un soplo de velocidad para evitarlos. Arribó a la fuente de Lavapiés, donde pudo comprar unos buñuelos a Manolos judíos a un precio de catorce maravedíes. Luego, pasó de largo por la cárcel de los clérigos, la fuente de Diana y la alhóndiga de ventas de grano. No tardó mucho en llegar a la plazuela de la villa, adentrarse en la puerta de Guadalajara, girar a la izquierda y plantarse en la casa de la reina.

Toda una cohorte de personal al servicio de la reina circulaba por allí, desde el camarero mayor hasta las dueñas. El mozo de cámara era el mozo para todo; debía saber abrir cuellos, pegar plumas y calzar al señor. Por otro lado, los pajes, muchachos en general de buena familia, alumbraban con hachas y hacían otros menesteres. La función de acompañar la desempeñaban las dueñas. Por lo general eran malfamadas solteronas de buenas familias venidas a menos que consumían su existencia en el ocio, la asistencia al estrado, labores de aguja, chismorreos, oraciones y quejas sobre el hado adverso que las había conducido a una situación tan ajena a lo ilustre de su prosapia. Y Ana de Guevara no se encontraba en ese momento en la casa.

Mientras Martín hablaba con el paje de la entrada, una figura se apoyaba en el alféizar de un ventanuco. Su mirada era curiosa, cautiva. Diríase que podía cazar mariposas y moscas con sus ojos. Con una nariz porrona, un pelo caído en cascada sobre el lecho de la golilla, de piel tiznada, pero a su vez altivo de miras, resuelto y de gesto pétreo. Las mejillas caían flácidas sobre un bigotillo frondoso y su frente era ampulosa y surcada por algunas líneas de expresión. Ese hombre observó a Martín con ademán quedo. Había algo de él que le llamaba su curiosidad, quizás fuera sus medias leonadas o su jubón gris, o tal vez fuera que sus gestos no eran lo elegantes que estaba acostumbrado a ver. En poco tiempo prestó oído a la conversación del joven con el paje. Escuchó el nombre de Isabela. Eso le trajo una palpitación en el vientre. Que ni pincha ni corta en las carnes de caza del rey ni de su señor, el ilustre pintor

Velázquez, pero se siente con voz para gritar, mediar y zurcir palabras que le den un voto en lo ajeno. Es así como Juan de Pareja, nacido en Antequera y moro castizo, dio un paso al frente para buscar al mozo una vez que salió de la conversación con el paje.

—Ssssssssss. ¡Oyee! —gritó el Moro, Juan de Pareja.

Volviéndose de espaldas, Martín buscó el origen del siseo.

—Eeeeeeeh. Aquí.

Estaba el moro esperándolo en el guardacantón de la esquina. Martín se dirigió a él.

—He oído el nombre de Isabela. ¿Vuestra merced la busca? —preguntó el Moro.

Anonadado por la sorpresa, el joven tardó en contestar.

—Sí. ¿Sabe vuestra merced dónde está?

Juan de Pareja cogió a Martín de una mano y se cercioró de que no existía peligro alguno para sus palabras.

—Primero he de saber a qué se debe su búsqueda. Vuestra merced ha de ser cauto —dijo Juan de Pareja—. Es un secreto a voces que la joven anda en líos de alta alcurnia.

—Soy Martín, amigo de la infancia de Isabela. Trato de rescatarla del entuerto en el que anda metida. La historia es demasiado larga para contarla con discreción y levedad. Articular su nombre enciende un volcán en mi interior. Por no decir que vengo de mil batallas antes de llegar hasta aquí.

—¿Es verdad que el príncipe de Gales esta flechado de ella? ¿Qué la busca el conde-duque de Olivares y medio reino de las Castillas?

Martín puso los ojos como la escudilla de los pavos.

—Desconozco mucho. Solo sé que han intentado deshacerse de ella. Si vuestra merced sabe dónde está, hemos dado un paso para ayudarla.

—Bien. Esa joven siempre ha inspirado mis sueños. Isabela. La recuerdo retozando entre los lirios de palacio tiempo ha. Mas, vívida y jovial, parecía una flor más entre tanta peste de aristocracia. Solo le puedo decir a vuestra merced que marchó a Valladolid. En concreto a la casa de campo que tiene en las afueras la nodriza Ana de Guevara. Por lo visto, la nodriza quiere protegerla, pero no sabe cómo. Lo último que ocurrió en palacio es que el cabrero que la acompañó hasta aquí apareció tieso como una espada. Ni decir tiene que las malas lenguas saben que no era fuerza del destino sino más tino del enemigo, que en palacio no es otro que Gómez de Alcántara. Ándese bien

lejos de este tipo. Que bien se sabe que fuego alejado es garantía de no quemado. Me gustaría conocer la historia de vuestra merced con Isabela..., pero he de reconocer que el tiempo es oro y que debe viajar a Valladolid.

—Pardiez. Mil gracias. Que el destino sea benevolente con vuestra merced. He de marchar sin premura. Isabela me espera.

Y Martín marchó en busca de su corcel para cabalgar hacia Valladolid.

El moro se quedó observando a aquel joven. Quizá anhelando ser el salvador de Isabela. Había algo de nostalgia en su mirada. También de envidia sana. Había podido ofrecer su carta de naipes en aquel embrollo. Se sentía ufano, dichoso... valorado. Quizás necesitaba ser algo más que el puñetero moro huidizo de palacio que no es más que moco de candil. Lo cierto es que ni él mismo sabía por qué había actuado así. Desde que llegó a la corte como esclavo de Velázquez, añoraba subir un peldaño en los asuntos de palacio. Si evitaba enseñar su mano, mejor. Se miró a un espejo y observó cada línea que rasgaba su rostro, sus mejillas de tizne mora y su bigote esplendoroso que le daba lustre.

Capítulo 26

Ernest, ayudante de pintura de Cornelius Janssens, murió a los tres días de manipular el albayalde de Rankmore. El médico de cámara de Carlos I atribuyó las muertes a unas fiebres pasajeras que inundaban la corte. Decía que los humores nocivos se encontraban por toda la urbe londinense. Cornelius, que no creía la versión del médico, estuvo dándole vueltas al asunto varios días. Tras comentarlo con el duque de Buckingham llegó a la conclusión del envenenamiento por el albayalde u otras sustancias. No tardó pedir al rey la prisión y decapitación de Rankmore.

Rankmore esperaba tener otra oportunidad para seguir con su plan. A tal efecto había invitado al príncipe Carlos I a realizar pinturas e incluso había colocado su punto de mira en el pintor recién llegado a la corte, un joven que se hacía llamar Peter. No tuvo tiempo para más. Apresado, encarcelado y condenado, los días de vida de Rankmore estaban contados. Antes de ser capturado tuvo tiempo de escribir una carta. Tenía un contacto infiltrado que podría hacer llegar la resma a Madrid, pero en ese momento se encontraba haciendo otras labores. No pudo ser.

El plan ha salido bien. Dos jóvenes promesas de la pintura en Inglaterra han caído en los brazos de Morfeo para siempre. Dios recordará que los ilustres y bienaventurados son aquellos que hacen justicia con sus manos bajo el beneplácito del Divino. Hoy que me van a cortar la cabeza, me siento bien. ¿Para qué demonios la quiero en su sitio atormentada y endiablada? No puedo más que recordar a mi esposa Margaret y a mi hermano en estas últimas horas que me quedan de vida. Me reúno con ellos al lado del Santísimo. Y he de decir a la Corona española y a su Santa Inquisición que no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Que el tiempo, sabio en su labor, hará que cada una de las piezas de este rompecabezas de guerras de religiones coloque a cada Corona en su sitio. No me cabe duda que Dios camina al lado de las Españas. Que el anglicanismo es un invento del diablo a capricho del rey. Que no hay más satisfacción que el deber

cumplido. La justicia divina ha caído sobre aquellos que la merecían.

Rankmore.

Dios salve al rey Felipe el Cuarto.

Y, aquel día que amaneció con lluvias bajo un sol que parpadeaba con nubes grises, Rankmore subió al cadalso. Previa lectura de su sentencia, se le había pedido arrepentimiento sin que Rankmore accediera. Y para que todos en aquella plaza londinense vieran el rostro de la muerte, no se le cubrió la cabeza con tela alguna. La testa de John salió disparada de su cuello en pocos instantes. Se llevó recuerdos, se llevó memoria anclada al desconsuelo, se llevó el soplo de un hombre firme en su determinación y de carácter rígido.

La Santa Inquisición española tuvo conocimiento de su muerte al transcurrir dos meses sin noticias. El padre Isidoro rezó una oración por el alma de Rankmore.

Capítulo 27

No era difícil dar con la calle Olivar de Valladolid. Tras el cambio de la capital a la ciudad decretado por el duque de Lerma, era tarea asequible para cualquiera diferenciar las mansiones y casas de la aristocracia y auxiliares de mayor grado del resto de casuchas que componían Valladolid. Aquello le pudo costar la cabeza al entonces válido duque de Lerma, pero ahora las posesiones compradas al válido por los grandes de España y los subordinados de los reyes emergían nítidamente entre el resto de los caseríos de la urbe vallisoletana. El Valladolid castellano era lugar idóneo para que Isabela se refugiara de las manos indebidas. Había varias razones para ello. Una, que seguía siendo la morada de algunos grandes de España. Bien sabe el diablo que un buen árbol da buenas sombras. Otra, que algunos tercios del ejército también hacían vida allí porque las guerras de Flandes se abastecían en lo posible de ellos. Y el hormigueo de soldados hacía más difícil que un acontecimiento escapara a mil ojos. Pero la razón fundamental era la oscuridad que guarnece a aquellas mansiones vallisoletanas construidas en su mayoría a las afueras del centro. Y no es que la negrura no fuera amiga de lo prohibido, sino que en ese entorno azabache se tornaba más complicado que una luz pasara desapercibida.

La noche envolvía a Martín cuando llegó a la calle Olivar. Resplandecía una luna llena mordisqueada por nubes grises. Las estrellas parpadeaban en el techo negro como si fueran a dar una buena nueva. Había llovido hace poco, así que los borregués del joven estaban empellados de un barro copioso. Se los quitó para no hacer ruido. Tras otear los alrededores, se asomó con desconfianza a un ventanuco que, anieblado por el relente, poco vislumbre le pudo ofrecer. Martín amarró el corcel a un pesebre con restos de paja, con los que el equino se entretuvo. Y Martín, tomando aliento antes de llamar a la puerta, se asomó a una ventana a través de la cual se distinguían varios candiles encendidos en un salón aparentemente deshabitado. Rumoreaba la brisa con sonidos de roce mientras castañeaban las puertas y ventanas como si se tratasen de una nao camino de ultramar. Quebrar el silencio de la noche no

era lo más adecuado; no obstante, Martín se arriesgaría a llamar a la puerta. Se olió los sobacos y los ropones a fin de no ahuyentar a la dama y dar una voz a las moscas, sacudió las botas, se recompuso el jubón gris y agarró el pomo de su espada. Llamó con tres golpes secos.

—Soy Martín —se atrevió a vocear.

Nadie le abría ni emitía ruido alguno en el interior de la mansión.

Volvió a golpear la puerta.

Se escuchó el paso cadencioso de unos chapines y la puerta se quejó al abrirse. La bonita nariz de Isabela apareció a través de la puerta.

—¿Eres Martín? —susurró Isabela.

—¿Qué te dicen mis ojos?

—¡Maaaarrrrtííííí! ¡Pasa con soniche!

Isabela le puso el dedo índice en los labios a Martín mientras, en señal de silencio. Lo miró de arriba abajo. Observó su impecable jubón gris, sus botas de cuero y sus calzones imponentes sobre los que descansaba la espada. Se lo llevó cogido de la mano al salón con chimenea. Allí se sentaron enlazando sus dedos.

—Tengo mucho que contarte —dijo el joven.

—Dios ha oído mis palabras.

Y Martín le narró todas sus vicisitudes hasta llegar hasta ella.

—¡Es increíble! —repuso Isabela. Bajó la cabeza unos instantes— Imagino que tanta aventura por mi persona significa que estás enamorado. Dime que sí, que nadie ha hecho nunca tanto por mí. Yo he esperado, he llorado, he rezado, y el Santísimo me ha escuchado. Siento mariposas por mi cuerpo, como si mi sangre se alterara con tu presencia. Es buena señal —le clavó sus ojos profundos.

Y Martín le besó los labios. Acariciaron sus mejillas y enredaron sus alientos. Poco a poco iban quitándose la ropa. Ella le ayudaba a él a que le bajara la basquiña. Martín se desajustó la faltriquera y se quitó los calzones. Sentía que el corazón se le desbocaba. Se tumbaron en la alfombra de terciopelo con la chimenea palpitando. La sombra de la figura de los dos cuerpos desnudos se proyectó en la pared. Ella quería gritar, vocear a los vientos cuánto aire de deseo se le escapaba. Soltó una lágrima de felicidad, salada como el mar, que el joven desmenuzó entre sus senos. Martín le pasó la lengua por el vientre y desde allí subió hasta saborear de nuevo sus labios. Isabela siseaba, estiraba y encogía las piernas y ladeaba la cabeza. El cuerpo

le pedía movimiento, atraparle, sentirle. Él le agarró los senos abombados y los palpó con delicadeza. Los besó con suavidad, deleitándose con la miel maravillosa que refulgía en ellos. No tardó Isabela en llevarse la mano de Martín hasta su sexo húmedo. Aquella maravillosa cueva embaucaba y gritaba en silencio. Martín la tomó con tacto. Primero se subió a Isabela, luego se dio la vuelta para dejar que ella le hiciera el amor. Una bruma de silencio los retenía en aquella alfombra. Apenas un tímido respiro de la chimenea bastaba para que el calor los cobijara. Isabela jadeaba con ademanes imprecisos, nacidos de la agonía del anhelo. Martín trataba de no perder de vista su mirada. Para él era gris y opaca. Intentaba descifrar el color que translucía bajo esas largas pestañas. Era suficiente con recrearse en la caída intermitente de sus párpados. Pasaba con frecuencia sus manos sobre los senos de ella, que turgentes y cálidos invitaban al tacto. La piel exterior lucía granate, la interior respiraba pasión. Tras los oportunos vaivenes, llegaron al clímax y quedaron tendidos en la alfombra bajo la luz del fuego.

—Llevo toda mi vida esperando esto —aseguró Isabela.

—Juntos para siempre, Isabela —respondió Martín—. ¿Qué te dicen mis ojos?

Isabela sonrió y le besó la mejilla.

Se tumbaron para descansar y vestirse. Era la hora del gallo y el frío empezaba a aumentar.

De pronto, sonó de nuevo la puerta. Ellos se miraron uno a otro. Sin que le diera tiempo a Martín de buscar su espada, la madera se hizo añicos y los esbirros de Gómez de Alcántara entraron en la mansión. Entre gritos de Isabela se llevaron al joven y lo metieron en un carruaje. Martín perdió la consciencia por los fuertes golpes que se llevó en la cabeza. La voz de Isabela se apagó y la imagen de ella se borró de su memoria. Lo llevaron a los prados de la pequeña estepa vallisoletana y allí lo soltaron casi sin aliento. Desnudo, el viento que soplaba con fuerza, lo despertaría como una marioneta.

Isabela trató de resistirse gritando el nombre de Martín. Pudo darle una patada a un secuaz, que le devolvió una bofetada. Rápidamente la sacaron a empellones a las afueras de la casa. Gómez de Alcántara reía a carcajadas. Cuando todo parecía perdido para Isabela, apareció el carruaje de Ana de Guevara, iracunda.

—¡Me la llevo, sabandijas!

El caballero dejó de sonreír y tragó saliva. Por un momento intentó entrar en

trifulca con los dos hombres que acompañaban a la nodriza. Luego desistió. Bautista Martínez del Mazo con rostro circunspecto observaba a los crápulas desde el interior del coche. Por un lado se felicitaba de haber llegado a tiempo de rescatarla, por otro una sonrisa maliciosa fluía en su interior, como si la joven Isabela mereciera el destino que le había tocado por el desaire que le hizo.

—¿Sabe vuestra merced que esto llegará a oídos de la reina? —sentenció Ana de Guevara.

Gómez de Alcántara escupió en el suelo, ladeó la cabeza y dijo con tono altivo:

—No me preocupa en absoluto. El valido es todopoderoso.

—Hasta que deje de ser el valido —resolvió la nodriza.

—¿Y Martín? —gritó la joven Isabela.

—Está criando malvas —repuso Gómez de Alcántara sonriendo.

—Vámonos —dijo Ana de Guevara—, primero eres tú. Ya encontraremos al fulano ese más tarde.

—¡Es un caballero de las Castillas! —contestó Isabela sollozando.

—Sí. Te prometo por el Santísimo que lo buscaremos —afirmó la nodriza, guiñándole el ojo a Bautista Martínez del Mazo, que sonrió de forma burlesca—. Mi niña, ese hombre no te conviene, es un tunante callejero. Tú te casarás con Bautista.

—¡No! —sollozó la joven— ¡Martíiiiiiiiiín!

Se subieron todos al carruaje con destino a Madrid.

* * *

Martín movió tímidamente los dedos de las manos, tosió sangre y vomitó. Lo primero que le vino a la mente fue el rostro de Isabela. Su grácil mejilla carmesí, su dulce mirada empapada en miel y su cabello ensortijado de bucles. Ni siquiera sabía qué había ocurrido por momentos. Miró en derredor y solo un viento amenazador le contrajo el rostro. No sabía dónde demonios estaba. Apenas acertaba a mantenerse erguido. Un dolor punzante le recorría todo el cuerpo. Se maldijo por imprudente y gritó al cielo:

—¡Isabelaaaaa!

Capítulo 28

Una saeta cortó el aire a velocidad pasmosa y se fue a clavar en la ventanilla de madera que cobijaba a Isabela. Con tientos medrosos, la joven se asomó a ver lo que había ocurrido. Aquella flecha con suaves plumas de oca había sido lanzada con la intención de asesinarla. No cabía duda. Conocía Isabela aquel invento de tiempo atrás. Se había rumoreado en palacio que las saetas de los esbirros mayores del conde-duque de Olivares brillaban con el color ocre de su acabado. Después de cerciorarse de que era así, una trepidante ola de fuego le recorrió el cuerpo. Corrió la joven a darle la noticia a Ana de Guevara. Le dijeron que la nodriza iba camino de entrevistarse con el inquisidor general, así que no pudo desahogarse con ella. A varios palmos de allí, a la hora del ángelus, unos borceguíes tronaron contra el suelo. Dieron varios pasos y luego, con aire arpadado y determinante, se perdieron entre la muchedumbre que circundaba las goteras de palacio. Gómez de Alcántara se ajustó la botonadura y achicó la cara bajo una capa de terciopelo azul traída de la China. Esos regalos que tanto le gustaban de manos del conde-duque de Olivares dejarían de alegrarle la vida si no conseguía deshacerse de Isabela. Escupió el suelo y desapareció.

—No sé cómo puedo ayudaros —aclaró Ana de Guevara.

El inquisidor tomó aire antes de contestar, ladeó la cabeza y apagó el candil que perfilaba su rostro tímidamente.

—John Rankmore murió. Tenemos noticias de que le cortaron la cabeza. Vuestra merced solo sabe que enviamos a un hombre a hacer un trabajo a la corte inglesa. Ese hombre era John. Isabela —añadió el inquisidor—, ya no nos importa tanto. Resulta que sabemos que el príncipe Carlos I la protege desde allí.

—¿Me está diciendo su señoría que antes valía tanto como un reino y ahora les importa una higa?

—Verá. Las relaciones amistosas con nuestros vecinos del norte acabaron hace tiempo. Y es ese tiempo el que hace que sea importante Isabela... Quiero decir...el tiempo empleado en su búsqueda. Será tan célebre su muerte como su vida... En el sentido que, si muere, se acabó marear la perdiz en torno a ella por el príncipe Carlos I, y, si vive, estará abstraído con la idea de tenerla en su regazo... Y son esas horas antes de uno u otro suceso las que de verdad nos traen de cabeza. Si bien es cierto que en las Castillas de esta centuria hay personajillos de poco calado que viven sin vivir y mueren con insipidez, para la Inquisición española estos intervalos de tiempo son especiales. Harán que rearmemos nuestra flota ante un inminente ataque a las islas Canarias, por ejemplo, del que tenemos constancia; y, sobre todo, hará que, ensimismado con Isabela, pierda la cabeza en zarandajas irrelevantes. No quiero decir con esto que no nos importe la vida de Isabela, solo que... no nos vale tanto como antes. Los hombres que le proporcioné para protegerla dejarán de estar a su servicio. Y como buena noticia decirle que los días del conde-duque de Olivares como valido están contados.

—Qué bien sabe vuestra merced que soy hombre que ni teme ni debe en las Castillas y, por tal, no albergo temor alguno de que soltéis la lengua. Pero sí he de deciros que simpatizo con la joven Isabela y, que a fe de que es cierto, dejaremos que los secuaces de Carlos I sigan protegiéndola.

—¿Por qué me cuenta esto vuestra merced? ¿Acaso no sabe que ningún acto queda impune en cuanto se tiene constancia de él?

—Vuestra merced es una mujer inteligente. Me interesa que lo sepa para que actúe en consecuencia... Quiero decir... que mueva hilos para proteger a Isabela. Nosotros no nos podemos mojar tanto en el asunto. El conflicto de las instituciones sería alarmante y nuestros enemigos saldrían de las cloacas para pegarnos un puntapié. Desde la sombra la protegeremos, una sombra lejana. ¿Me ha entendido vuestra merced?

—Sí. Que solo somos puras marionetas para los poderosos. Me voy, no quiero saber más. Tenga buen día vuestra merced.

Y se marchó Ana de Guevara acompañada por un fámulo con rostro de pocos amigos. Al cerrarse la puerta tachonada de relieves, una figura de tonsura apreciable y gesto pétreo apareció.

—Vuestra merced juega bien al ajedrez.

El inquisidor no hizo ademán alguno. Fijó su mirada y la dejó congelada en el vacío.

—Me interesa que hable del asunto con la reina y que conlleve consecuencias. Yo muevo la dama y cobra vida sola. El rey aguarda a ser informado de todo. Los alfiles están apostados y mis torres protegen a la dama. El simple hecho de que informe a Ana de Guevara hará rodar cabezas. Isabela es nuestra excusa... solo eso.

—¿Qué pensáis hacer con Isabela?

—Nada en especial. Jamás tendría aprecio por una desdeñable moza que lo único que ha hecho en su vida es asistir a la reina bajo las órdenes de Ana de Guevara. Solo nos interesa que siga moviéndose por el tablero. Es un puro títere cuyos hilos se manejan con facilidad. El poder es como un juego del que penden lazos... y esos lazos están compartidos desde su agarre. Es increíble pensar que el Príncipe Carlos I de Inglaterra muestre tanta bisonería con la estúpida de la moza. ¿No pensáis lo mismo?

—Dicen las lenguas que cualquiera que la mire a los ojos se queda prendado —el inquisidor ladeó la cabeza con una sonrisa entrecortada—. Solo interesa el papel que ha jugado en esta historia. Ana de Guevara es muy poderosa con las amistades que tiene... Sí. No debería fallar vuestro plan con ella. Está claro que cualquier comentario que llegue a la reina Isabel de Borbón es trascendente. Pero el valido se resiste a dejar el puesto. Pienso que vuestra merced ha acertado al pasarle información. No sé qué relaciones tenéis con la reina. Ni por qué no habéis hablado con ella el asunto directamente.

—Es fácil de contestar. Las mujeres son los vientos que mueven las palabras. No hay mejor medio que dos mujeres contando secretos... teniendo en cuenta que hablamos de la reina Isabel. Tarde o temprano el valido caerá. Nosotros no podemos permitir que el conde-duque de Olivares maneje tanto poder...: pasaríamos a un segundo plano en el reino de las Castillas. Ana de Guevara es un puro trámite entre mis palabras y el oído de la reina. No está tan clara su influencia en un rey que anda mareado con las rameritas y las busconas. Esa almohada de plumas que representa Ana de Guevara para la reina Isabel ha sido más importante de lo que pensábamos.

—¿Y si Isabela decide marcharse a Inglaterra?

El inquisidor soltó una leve sonrisa.

—Está claro que no conocéis el alma de las jóvenes —dijo el inquisidor—. Isabela no aceptará nunca al príncipe Carlos I de Inglaterra por mucho que insista. Si no fuera una moza acomodada, tal vez sí, pero ser doncella de la

casa de la reina es suficiente para que su corazón se mueva con honestidad. Son florecillas inexpertas que vuelan como mariposas esperando que alguien las cace. No importa que tengan veintitantos años, la experiencia me dice que el palacio del rey temple el alma. Parecen vivir en un cuento de hadas y sueñan con su príncipe propio. Me río yo de las mocedades.

—¿Y el tal Martín?

—Es la pieza que encaja. La que faltaba para mantener en espera a la joven. En realidad, no me importa en absoluto la vida de Isabela. Un tal Bautista Martínez del Mazo intenta conquistarla también. Para bien de Ana de Guevara, es un joven que promete en la pintura como discípulo de Diego de Silva Velázquez. Eso ha sido un motivo para que la nodriza intente hacerla esposa de Bautista, y nos ha servido para que ella busque un aliciente en su lastimosa vida de palacio al lado de los lloriqueos de la reina Isabel. ¡Imberbes pipiolos! Parece de cuento. No saben que el poder del mundo entero está en manos de unas cuantas personas y el resto son manadas de ocas que crías a tu antojo.

—Un cuento que empezó permitiendo el rapto de Isabela.

—Todo ha salido según los planes previstos. Érase una vez una doncella de linda apostura raptada... —rió el inquisidor—, que era tentada por la corte inglesa. Y empezamos a mover las marionetas... ¿Sabes que teníamos correos espías que andaban tras los pasos de ese tal Martín? Energúmeno tuercebotas de movimientos predecibles. Sería algo así como saber dónde van a caer las gotas de lluvia y rodarlas a tu antojo. Cuando no eres nadie estas en las manos de los demás... hasta un punto impensable. Risa me dan los lloriqueos y duermevelas en torno a la moza. Antes de que muevas la dama, ya tenemos la casilla ocupada. Érase una vez una doncella de palacio —repitió el inquisidor—, que sirvió para hacer caer unas cuantas cabezas.

—Me sorprende el grado de cálculo que atesora vuestra merced.

—Amigo. Con la edad que tiene vuestra merced, no le debería sorprender ya nada. De sabios es sabido que el que se sorprende con facilidad no tiene conocimiento. ¿Crees acaso que mi posición se alcanza sin más? ¿Que el poder que se me concedió en su momento fue ganado con facilidad? La Iglesia es la dueña del mundo. Que bien sabe Dios la manejamos en su beneficio. ¿Acaso no nos está permitido mover piezas para salvaguardar los intereses del Santísimo? Observa mi mano. Nunca me arrepentiré de trazar caminos obligados para los demás.... Había una vez una doncella de palacio... —rió

entre dientes.

Capítulo 29

El alba vallisoletana amanecía distinta. Enjaulando una bruma que parecía exhalar aliento del suelo, los verdes en esa época del año trepaban por el pie de la meseta lanzando figurillas floreadas por efecto del haz de luces del sol, tildando de gualda toda la explanada. Mirtos, romeros y margaritas se disputaban el espacio entre los pinos y abetos. Y allí, en aquel paraje de hadas, abrió los ojos Martín para intentar reaccionar a lo ocurrido la última noche. Que en las Castillas de Felipe el Cuarto había muchos hambrientos y mendigos. No era de extrañar que los carruajes que veían al joven tendido pasaran de largo. Ni siquiera era capaz de despertarle el intenso frío que circundaba la mañana. Después de un buen rato inmóvil, movió torpemente los brazos y las doloridas piernas. No se encontraba tan mal desde que estuvo en la galera de forzados. Hasta la luz aparecía turbia como el sobaco de un egipcio. Se formó ante sus ojos la imagen de alguien que se acercaba. Parecía aquella forma humana un ángel caído del cielo. Y no era precisamente por la apariencia, sino por la familiaridad que denotaba su paso. Pudo distinguir cómo esa figura traía algo entre las manos con lo que jugaba moviéndolo de una mano a otra. ¿Quién demonios era?

—¡Martín! —gritó.

El joven lo reconoció inmediatamente: Luciano María Manni.

—Estás para que te manden a galeras de nuevo.

—Me han dado una paliza. No estoy ni para ordeñar una vaca.

—Te recuperarás. A ver... Varias heridas que no sangran en la cara y magulladuras en los costados. No es nada.

—¿Qué traes? ¿Cómo has dado conmigo?

—Traigo tus anteojos. Y no te perdí el rastro en ningún momento. Te seguía en la sombra.

—Pues ya podrías haberlo evitado. Estoy que no me puedo mover.

Manni rio.

—Tenía que dejarte hacer un poco. Solo me he limitado a descubrir dónde te despidieron a puntapiés. Bicho malo no la palma nunca. Tengo que decirte

algo: ya está solucionado lo de tu vista. ¿Lo quieres probar?

—¡Maldito loco! —exclamó Martín.

El italiano extendió sus manos para colocarle los anteojos a Martín.

El joven se incorporó y se colocó el cacharro. Ante él apareció un mundo de colores. Pudo comprobar el amarillo de las margaritas, el celeste claro del cielo, el verde de los mirtos y un paisaje de ensueño en derredor que le hizo sonreír.

—¡Magnífico! —voceó Martín— Los colores ya no son un acertijo para mí.

—Vámonos. Tienes que recuperarte. He visto una posada turca no muy lejos de aquí.

—Tenemos que buscar a Isabela —comentó Martín.

—Tienes que buscarla tú —repuso Mani.

—Con esto no puedo pasar desapercibido. Tendré que buscar la forma de guardarlo y ponérmelo cuando lo necesite.

—Está claro.

Y retomaron camino a la urbe vallisoletana. Mani sacó unas pancetas y chorizos con un cuartillo de vino Valdeiglesias. En poco tiempo, entre las quejas del joven y la ayuda del italiano, se habían metido por las callejuelas de la ciudad. Y aquellas rúas de suelo empellado de barro y casuchas de distinta apariencia aparecieron repletas de gente de toda condición. Había en ellas una cola para tomar la sopa boba de los dominicos cerca del centro: algunos estudiantes sopistas; otros, mendigos mutilados no se sabe cómo, metiendo mano en lo ajeno amén de rezar a santa Genoveva. Soldados lisiados se disputaban el mejor paso por las zonas angostas (capitanes y alféreces incluso) para taladrar con balas al más aparente de los hombres. Ricoshombres de jubones resplandecientes lucían a sus damas con aire prepotente. Se adentraron por la calle Santiago, cruzaron la calle sucia Labriegos y se dieron de frente con la posada del turco, evitando el peligro de las reuniones del Corriño y el Prado de la Magdalena, repletas de alcatíferos, cuatrerros, capeadores y otros maleantes que metían el dos de bastos.

Cojeaba Martín más que un perillo pataleado. Mani sonreía y lo calmaba. Una vez que le dieron unos maravedíes al cantinero, subieron unas escaleras para descansar. Que eran de pocos amigos los rostros que se disputaron las miradas lanzadas a ambos. Bigotillos con la marca amarilla del tabaco, barbas picantes, sombreros de distintas alas, alguna buscona somnolienta y un posadero tizado de moreno con rostro perruno. Que bien saben los señores,

que la apariencia grita la esencia. En los platos que se beneficiaban los clientes se ahogaban trozos de nabo en un caldo oscuro en el que flotaban hebras finas de carne, a saber si eran de liebre o gato. El romero y las hierbas provenzales se disputaban verdear el mejunje, tanto, que era menester que el bicho que fuera cambiara de color con premura. Y Martín, que inhaló aquellos efluvios mientras subía, no pudo evitar mudar su cara como si le hubieran metido la nariz en la letrina de una cárcel. Con la calorina que entraba por el alféizar, no tardó el joven en vomitar los primeros tragos de leche que mamó de niño. Tras oír el galleo de una voz femenina entrecortada, se sentaron en las literas. Manni sacó un fermento de trigo para untárselo a Martín en las heridas, mientras el joven no paraba de quejarse de dolores repartidos por todo el cuerpo.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó Manni.

—Solo uno. Buscar a Isabela como sea.

—¿Y qué sabemos?

—Nada. No sé si estará en palacio o en otro lugar.

—¿Irás allí?

—No tengo otra opción. No sé dónde demonios buscarla.

—Te juegas la vida. Tienes que saberlo.

—Algo me dice que Isabela pudo escapar. Me golpearon con prisa, como si dejaran atrás algún asunto importante que no era otro que Isabela. Estoy empezando a cansarme. No me dio tiempo de saborear sus labios cuando me encontré arrojado al campo como un perro.

—Te necesita.

—Tanto como yo a ella. ¿Qué asunto se traerán entre manos con ella?

—Algo gordo.

—Es mi único aliento. Más ahora que es mía. Tuvimos un encuentro en el que pude disfrutar de su compañía. Quisiera que fuese eterno. Que en algún lugar de Sevilla se hable de los ojos de Isabela, de cómo yo la tomé como esposa después de tanta dificultad. Que los vientos la rumoreen, que los truenos evoquen su nombre y que el cielo dibuje su rostro.

Manni rio como siempre.

—No puedo seguir siendo tu sombra —dijo el italiano—. Me he hecho a la idea de volver a Italia. Entiéndelo, amigo mío. También tengo una vida por delante. Puedo fabricar anteojos allí. Con el tiempo los hilos de mi mente volverán a su cauce. ¿Sabes? He aprendido mucho con toda esta historia. Los

ojos de Isabela tienen que ser soberbios, pero tú los idealizas como si no hubiera nada más importante. Mueven montañas. En esta vida que nos ha tocado llevar a cabo, lo aparentemente nimio tiene mucho más valor de lo que se piensa. Para ti es fundamental y eso es digno de admiración.

—Me gusta que lo entiendas así. Todo el mundo no es capaz. Y sí, te queda una larga vida por delante. Triunfarás porque llevas un arma importante, tu risa continua.

—Creo que sí.

Y mediaron historias entre ellos de chascarrillos hasta que se durmieron.

Por la puerta de la posada apareció un tipo apergaminado y nervudo. Mostraba interés por hablar con el posadero. Acodó el brazo en un tonel y le dio un silbido al tendero. Aquel se dirigió al individuo con cara de pasmo.

—Pásale esta bolsa de dineros a los dos últimos alojados —dijo con marcado acento inglés y escondiendo el rostro—. Y esto para ti —comentó acercando el brazo.

El inglés miró de reojo a su alrededor, achicó el rostro bajo una capa de terciopelo negro y se quedó observando el lugar. Las ratas correteaban a su antojo. Un candil susurraba la luz alojado en la pared, perfilaba la sombra de un gato que acechaba a los roedores; y bastardos y borrachos se hacían los desentendidos. Miradas tétricas, mendicantes de rumores de la noche siempre dispuestas a hacer quiebros a la justicia. Mercachifles de telas de Granada y Barcelona que paseaban su porte para burlar al bobo que se hicieran con ellas lanzaban su mirada fugaz sobre la posible clientela.

Se hizo el silencio. Las botas de ancas de yegua del inglés desaparecieron por la puerta. El posadero no pudo resistir la tentación de abrir la taleguilla. Serpenteó una alegría hasta su cara con la rapidez de un rayo. Muchos dineros: platas, doblones de oro y maravedíes en abundancia. Por un momento pensó en quedarse con todo, pero la atención que le provocó la espada del inglés le echó hacia atrás: goteaban unas gotas de sangre sobre el filo refulgente y de buen moldado. Algo le decía que debía obedecer al señorito. Además, aquel hombre aparentaba mala hostia a pesar de finos modales. Guardó la bolsa de dineros y esperó a que cayera la mañana para entregársela a los fulanos.

Capítulo 30

Escondida en una habitación con llave, Isabela dormitaba como si hubiera tomado un bálsamo. Rumoreaban las voces de palacio de aquí a allá sin descanso. Sonaban cercanas las de Ana de Guevara y Bautista; otras, alojadas en lo más recóndito del edificio, pertenecían a Gómez de Alcántara y sus secuaces. Y el conde-duque de Olivares, perdido en mil batallas del reino, refunfuñaba y resoplaba por los pasillos a la espera de un encuentro con Felipe el Cuarto. El jaleo de los asistentes era enigmático y efervescente. Iban algunos con una orden, otros con la contraorden. Es de fuerza decir que aquellos días fueron los más convulsos en torno a la corte. Dicen las brujas que si tienes un secreto guardado vas más rápido, que las sombras son sospechosas. A fe que no hay revuelo que no cure el tiempo y se haga más corto el desvelo. Los marranos saben que ese que te observa tiene el olfato acentuado. Bien que los soplillos no soplaban en fragua ajena, bien que dicen los vientos que llevan voces cabalgando.

Para el pueblo llano los rumores se habían centrado hasta entonces en las frías heladas que ese año amenazaron los frutales de pera, manzanas y nueces. La ennegrecida huella que dejaba en las casas las continuas lluvias daba como resultado que la distracción se centrara en menesteres de limpieza y reparación. En los alrededores de palacio ya no se escuchaba tañer las campanas cercanas por las noticias reales: que si un hijo se casa, que si una hija se muere; pues las sogas que tiraban de ellas, flácidas como las hierbas caducas, no podían con ellas. Pero había más fuerza en los cotilleos que de costumbre. Para más canelo, la gente se preguntaba de aquí allá si la plata guardada valdría menos, si los maravedíes saldrían más caros, si las castañas para los potajes se ausentarían una temporada o si los señoritos hijosdalgo tendrían dineros para no ir a las guerras. Que para modales de apariencia ya no habría ni un ardite, pues el madrileño típico, que gustaba de endomingarse en las cercanías de palacio, no tendría ni un doblón que gastarse en la carreta de paseo, ni en abrillantar los escudos de los portalones. La plebe, adormecida a diestro y siniestro, recorría la urbe madrileña aterida por el

invierno.

Y Ana de Guevara, encapuchada por el temporal, debía darle una mala nueva a Isabela. Si el frío le templaba la flema, no necesitaría tomarse los caldos de hierbas que le había endilgado el médico de palacio.

—Mi niña —le dijo despertándola con un cachete en la mejilla—, has dormido mucho.

—¿Y Martín? —repuso Isabela.

La nodriza agachó el mentón y luego subió la mirada hasta ella.

—Lo han encontrado muerto en los campos de Valladolid. Lo siento, pequeña.

Unas lágrimas rápidas resbalaron por el rostro de la joven.

Que las lágrimas son solo fugas de la prisión del alma.

—No te preocupes, me tienes a mí y a Bautista.

Isabela ladeó la cabeza sin nada que decir. Se quedó absorta unos instantes y luego dijo con tono melifluo:

—Necesitaré muchos días para recuperarme de esto. —Y sollozó.

Ana de Guevara entendió con rapidez la reacción de Isabela. Mas no por mentir se le sonrojaron los pómulos.

Tenía arduo interés Ana de Guevara en desposarla con Bautista. Cuando la razón estriba en lo más profundo del alma, ni siquiera la entiende el que la lleva. Que aquellos años eran cortos de vida. Sí. Con cierta edad ya y con los enemigos de palacio a puntapié, no era de extrañar que la soledad de la que huía la nodriza quedara mitigada con la presencia de ambos.

Varios hijos parió Ana, la nodriza. Una chiquilla malaventurada que nació con medio cuerpo lisiado, de la que la leche materna se aprovechó para los infantes. Otro mozo de buen ver que no aceptaba la condición de su madre. Y un joven bastardo de otro hombre, huido a hacer la carrera de las Américas, del que no hubo más noticias tras su marcha. Bien se sabía en palacio que las riendas de su casa las llevaba ella. Sí. Su esposo, un mercader de las Castillas con menos chicha que una serpiente, era puro trámite entre un embarazo y otro, que tenían que coincidir con los de la reina madre. Y su marido, con las pelotas de adorno como un títere de feria ambulante, quedaba goteado a la izquierda de la nodriza sin voz ni voto.

Se ahogaba Ana en aquella situación. Isabela cuidaría de ella, y los mocosos que tuviera también lo harían. Ese era el porvenir más placentero que podía soñar. Si las aventuras de Isabela llegaban a buen término, tendría la

vejez asegurada. Una familia. La familia que nunca tuvo. Y aquel secreto que no compartía con Isabela era una chispa que ardía en el corazón de la nodriza.

Carcomido por la enfermedad, el marido de Ana apareció paseándose por el jardín. Tenía la papada caída, la tez granate y decían las malas lenguas que no resistiría el próximo invierno. Ana lo observó fijamente. Aquel hombre era una desdicha con zancas, se dijo. No le hacía gracia que pasados los años la ingresaran como inválida en el convento de San Francisco.

—Isabela —dijo—. No te puedes permitir dejar de lado a Bautista.

—No puedo pensar ahora en eso —murmuró la joven.

—¡Pues tienes que pensarlo, mi niña! Es un hombre de porvenir. Será discípulo del maestro Velázquez. No tardará mucho en ganar dineros con la pintura y ser el pintor de la corte. ¡El tiempo apremia!

No estaba acostumbrada Isabela a esa vehemencia de la nodriza.

—No puedo pensar en Bautista ahora. Martín necesita su duelo.

—¿Quién diablos es Martín?! ¿Un matachín callejero que te ha envenenado el alma? Bautista se codea con hombres poderosos de la corte. No puedes comparar a una sabandija con un caballero. Prepararé tu boda en breve. No hay más que hablar. Si no tienes la cabeza en tu sitio ahora, me lo agradecerás cuando vuelvas a la realidad. Hasta tengo preparado el ajuar para ti. Vestirás un hermoso vestido y tocarán las campanas. Iré a comunicárselo a Bautista Martínez del Mazo.

—No puedo... —susurró Isabela antes de taparse la cabeza con una almohada.

—Harás lo que yo te diga.

Y salió de la habitación Ana en busca del aprendiz de pintor. No pasó tiempo tardo en dar con él. Pintaba en ese momento en el taller del maestro Velázquez mientras recibía consignas.

—Ssssssss —le siseó Ana al joven.

Bautista torció la cabeza y se acercó a ella.

—Tengo algo importante que decirte. Estoy preparando tu boda con Isabela.

A Bautista se le encendieron el alma y el rostro. Hizo una mueca de leve sonrisa, elevó la barbilla y suspiró con alegría.

—¿Y el fulano? —preguntó Bautista.

—Solo Dios sabe dónde estará ese muerto de hambre. Imagino que estarás contento.

—Mucho. Mis días con Francisca están acabados. Ya se lo diré al maestro.

Espero que no se enoje.

—Ya me encargaré de eso. Óyeme. Si aparece por casualidad el tal Martín ese, le dices que Isabela murió. Tendré a Isabela varios días encerrada hasta que se acerque la boda. Será suficiente. Así me dará tiempo para que acabe de convencerse.

—¿De qué?

—Es un poco reacia a casarse contigo. El tiempo le hará despertar de la bisonñez que la acompaña.

Bautista ladeó la cabeza.

—No estoy convencido de forzar nada —dijo el joven.

—No vas a forzar nada. Será cuestión de tiempo que caiga en tus brazos. Me lo dice la experiencia. No hay nada que no doblegue el tiempo, Bautista. Ya se le olvidará el Martín ese. Nos tiene solamente a nosotros, y yo me encargaré de cerrarle el círculo de amistades aún más. La solución la tienen los relojes.

Francisca, la hija de Velázquez, se quedó plantada como un cardo borriquero. Ninguno sabía si era definitivo. Y la joven hija del maestro inundó de llantos los rincones de palacio como si una nube negra se hubiera metido dentro de su cuerpo. El maestro relegó de su puesto por unos días a Bautista, mientras Ana de Guevara intentaba convencerlo de que su hija era demasiado joven para su protegido.

Y así fue como Ana de Guevara animó a Bautista a que siguiera en el buen camino...que ella había trazado. El joven precisó de poco tiempo para hacerse nuevas ilusiones con Isabela.

Los días siguientes fueron pura rutina para Isabela. La primera medida que tomó Ana fue la de enfrentarle a las otras doncellas. Se limitó a expresar en voz alta la sublime belleza de Isabela. Valió con eso para algunas, otras se mantuvieron neutras. E iba Ana de Guevara de aquí a allá vigilando los movimientos de la joven para poner el matiz necesario que aumentara su aislamiento. Apenas la dejaba salir de la habitación y no hablaba otra cosa con ella que no fuera exaltar la figura de Bautista Martínez del Mazo. Que bien saben los señores que una gota puede hacer rebosar una jofaina. Consiguió que Isabela se dormitara en las nubes, que se doliera en silencio por la desaparición de Martín. Cuando conseguía entristecerla con algo, le preparaba un encuentro con Bautista.

Y el tiempo pasaba...

Capítulo 31

Después de despedirse del desorejado posadero, Martín puso rumbo a Madrid tras recibir los dineros. Que había algo que no cuadraba en su mente era cierto, pues no eran épocas para regalar cuartos de plata y oro sin más. ¿Quién demonios era ese tuercebotas que le había entregado la plata y oro al tendero? Ni zorra idea. “A caballo regalado no se le mira los dientes”, recordaba. Y cabalgando como nunca en situaciones que no esperaba que se dieran en su vida, galopó aquella mañana al centro de las Castillas tras despedirse de Manni. El italiano acabó aquella conversación con una carcajada. “Solo puedes conseguir lo que intentas”, le había dicho. ¿Para qué valen las intenciones si se quedan solo en eso? El gregario se perdió entre el guirigay de las callizas de Valladolid entonando una cancioncilla que recordaba de niño. Nunca más supo Martín de él.

De fuerza es decir que para conseguir otros resultados no se puede hacer lo mismo. Y por ello, Martín había decidido adentrarse hasta las entrañas de palacio si hiciera falta para dar con el paradero de Isabela.

Atesoraba los anteojos en la taleguilla. De vez en cuando se los ponía para ver el cielo celeste, el fondo ambarino del atardecer en el horizonte, un inmenso verde en las montañas pobladas de árboles y todo un manto de flores que se encontraba a su paso. Parecía que había vuelto a nacer. Jocundo y con los filosos preparados, torció en el centro con el caballo y se adentró hasta la calle donde estaba la casa de la reina. Quizás encontraría a Isabela allí. No lo sabía con certeza, así que decidió llegar hasta el mismísimo palacio donde se supone que trabajaba. Recorrer las calles a lomo del caballo le hizo sentirse dichoso, como si lo hubiera soñado alguna vez. A pesar de todo, agarraba con fuerza el pomo de su espada, deleitándose en su relieve, su talle y su frío agarre. Como tenía dineros suficientes para comprar otro caballo, no le importó soltarlo tal cual en medio de las callizas madrileñas para que corriera y desapareciera, pues la presencia del equino le podría ocasionar problemas. Anduvo a pie preguntando por los corrales la dirección de palacio. Y llegó sin acidia a las inmediaciones.

Tras bichar que los soldados de la entrada lo observaban con atención, decidió dirigirse a uno de los laterales para asomarse por los ventanales. Solo vio un ajeteo de gente por los pasillos sin orden aparente. Cuando iba a dar una vuelta hacia el otro extremo del edificio, apareció ante él una mujer de unos cincuenta y pico de años. Con tetas como carretas, una basquiña que pudiera servir para toldo de aguadores, oronda, pero de movimientos fáciles, una ligera carrerilla de pelillos por encima de los labios, un moño como un ramo de cebolletas y unos chapines que hacían destacar los huesillos de los pies. Tenía aquella mujer la cara ovalada, los ojos saltones como los peces; aireaba un quejido con resoplos por el esfuerzo de caminar rápido e iba bien vestida con un elegante tropel de joyas que caían como cascada en sus ubres. La mujer se detuvo ante él, observándolo con aire prepotente.

—¿Quién eres? —le dijo la señora.

Martín enarcó las cejas antes de contestar.

—¿Por qué he de contestar esa pregunta a vuestra merced?

—Porque puedo hacer que te manden a galeras —repuso ella.

El gesto de sorpresa del joven fue tan acentuado que no pudo disimularlo.

—Vuestra merced quizá me pueda ayudar —susurró Martín—. Busco a una joven que se llama Isabela, doncella de palacio. Tengo muchos dineros para desposarla.

Ana de Guevara no pudo aguantar una sonrisa burlona. Lo observó de arriba abajo y sin dejar de sonreír se preparó para poner cara de circunstancias.

—Creo que te puedo ayudar. ¿Cómo te llamas?

—Martín de Guzmán.

—Mira, voy a ser sincera contigo. Has de saber que murió hace tres días. La asesinaron los esbirros del conde-duque de Olivares. Ha sido una losa de piedra para el palacio. La enterramos en el camposanto cerca del cementerio moro. Además, tenía ya una enfermedad incurable, habían dicho los médicos... Una de esas que se pegan con la tos. Y dicen en los mentideros —se acercó Ana de Guevara al oído de Martín— que andan buscando al mozo con el que estuvo en Valladolid para ajusticiarlo en el potro.

El rostro de Martín se tornó ajado en breves instantes. No dijo ni una sola palabra mientras se marchaba por donde había venido. Caminó sin rumbo con el solo propósito de asimilar la mala nueva. Ni siquiera se despidió de Ana de Guevara, que lo vio alejarse con una sonrisa entre dientes. Le faltaban las fuerzas, el ánimo. Por un momento pensó que todo había sido inútil, que lo

único que podía hacer era llorar la muerte de Isabela allí en el camposanto. Se sentía indefenso, impotente. No había podido salvarla. No se lo perdonaría en la vida.

Con el rostro compungido y cabizbajo se metió en una taberna de vino turco y pidió al cantinero un modorro bien lleno. Allí un individuo de aire soñador y gesto seco lo escrutaba desde el fondo. Aquel hombre recordó haberlo visto antes. Con un tintineo en el mostacho inhalaba cada soplo que le provocaba ese visitante. Dudaba si intervenir o no, mas aquella duda nacida de su situación personal tenía que ver con su anhelo de gentilhombre que añoraba desde que san Esteban echó los primeros dientes. Jaime de Pareja, el Moro, constató que ese mozo era el que anduvo buscando a Isabela unos días atrás. Pudo ver cómo el joven sacaba los anteojos y se quedaba observándolos mientras la ingesta de vino hacía su trabajo. El Moro presenció cómo Martín caía al suelo de piedra y serrín entrado en una cogerza demoníaca. Se prestó a ayudarlo. Lo asió por las axilas y lo levantó para sacarlo fuera de la posada. Exhalaba odio y alcohol Martín. Luego, lo dejó marchar por aquellas calles preñadas de relente. Si su reflexión era cierta, aquel mozuelo se despabilaría con el frío nocturno.

Martín no sabía qué hacer con su vida. Todo su empeño se había tornado inútil. Decidió pimplar del modorro que se había llevado consigo. Esos tientos le produjeron una cogerza aún mayor. No tenía sentido nada en ese momento. Y así era como Martín no era capaz de pensar ni actuar. Su cabeza, mareada como una noria, daba vueltas sin parar de hilar e hilar ideas severas. El alcohol le templaría el alma. “Si el alma está templada aguanta de todo”, se dijo. No. ¿Qué haría ahora sin Isabela? La mujer de su vida. Ni siquiera los anteojos le sacaban de su tristeza. Por un momento pensó en tirarlos al río. Rechazó esa idea descabellada. Sería traicionar el trabajo de su amigo Manni. No. No podía clavarle una aguja al alma del italiano. Se encontraba a la deriva. Que bien se sabe que antes de empezar a caminar hay que saber a dónde va uno. Se dejó caer al suelo de barro y apareció una lluvia minúscula. Martín, tumbado boca arriba, agarró un manojito de hierba. Lo apretó con fuerza. Se quedó observando las estrellas. Estaban nítidas esa noche, como si algo le enviara un extraño mensaje. ¿Y si esa mujer le había mentado? ¿Por qué esbozaba una sonrisa con un asunto tan serio? Quizás era una persona de tantas que estaba a favor de la conspiración contra Isabela. ¿Podría ser? Estaba claro que parecía una mujer poderosa. Más aún cuando le dijo que lo podría mandar

a galeras. Ya no quería pensar más. Su cabeza estaba ahíta de tanto hilo mental. Decidió dejarse estar. El tiempo lo cura todo. Como mucho volvería a preguntar otra vez por Isabela. Ahora solo quedaba templar el alma con vino. Cuanto más mejor. Esperaría unos días antes de acercarse a palacio. Aunque no sabía si lo haría. Quizás el vino le matara. Eso no tenía importancia ahora. Su vida era puro trámite hacia una muerte libre de sufrimientos. Su dolor era tan acusado que no se decidía si ir a buscar a Isabela o visitar el camposanto. No le importaba que lo estuvieran buscando. Lo más placentero que le podía ocurrir era tener una muerte lenta.

Tras pasar toda la noche a la intemperie, unos cuantos guantazos de una mano desconocida le despertaron.

—Mozo —le dijo una voz ronca—. El vino no es una solución, es un problema.

Capítulo 32

Andaba Martín como un pituso con la melopea a cuestras riéndose de sus propias desgracias. Y no es que no le doliera el alma, sino que la entibiaba con el cuajo que le provocaba el vino turco no cristianizado con agua. Mesaba su barba crecida de unos días como si fuera a perderla con la misma fuerza que apretaba los dientes en un tintineo que sonaba a metal. Quizás pensaba que le templaría la rabia. Iracundo por momentos, de osamenta destejada y con quijada que se iba tornando resultona, paseaba a tientas por las calles de la urbe madrileña visitando posadas, tenderías y mentideros de puntapié desleídos en mala vida que no hacían otra cosa que corroer el cuerpo nervudo que había anieblado su trasnochada mente. Que dicen los caballeros que hombre sin dineros es yantado por el mundo entero. Pero ese no era el caso de Martín en aquellas Castillas por donde los guijos eran tantos como egipcianos, mendigos y tusonas de mala hostia y hambre encomendados a peinar bolsas. Es cierto que achicaba los maravedíes y doblones en su faltriquera con más fuerza que un niño mama de la teta. Mas, si tuviera algo que hacer algo por sí mismo que no fuera eso, acabaría criando malvas como cualquier cochino abandonado en la puerta de un matadero, porque se le iba la sangre en el esfuerzo de seguir bebiendo. Y un modorro de vino solo valía tres blancas.

Aquella tarde las nubes hilaban melancolía. Sí. No se podía llamar de otra manera. Un cierto aire tibio hacía levitar las hojas caducas de árboles de los alrededores como si lagrimaran bajo un horizonte que parpadeaba ámbar. Isabela había decidido recrearse en ese paisaje. El ocre tizado del suelo le recordaba a los ojos de Martín, el viento que mecía las ramas de los arbustos parecían un susurro de él y el paseo sobre el cielo de los claroscuros nubosos se tornaban tan cadenciosos que lo asociaba al caminar de sus piernas. E Isabela no paraba de rememorar las andanzas con Martín. Cuando eran niños

estaban tan unidos como las estrellas a la noche.

Ana de Guevara la había dejado salir de la casa de la reina. Había acordado con ella que Bautista Martínez del Mazo la recogería de su paseo por las inmediaciones. Con un bicheo propio de alguaciles, el joven no paraba de observarla desde una de las ventanas. Buscaría el momento adecuado de abordarla para sacarla de su tristeza como si fuera un auténtico médico de palacio. Aquella bilis negra desaparecería. Sí. Así lo había decidido el pintor con la nodriza. Él sería su remedio, su panacea, su nuevo mozo.

Y Clotilde, la ama de llaves de palacio que paseaba junto a ella, sonreía entre dientes por la niñez de la joven. Entrada en carnes como un verraco de Segovia, rostro ajado, huellas surcadas por los años y alma cosida a las desdichas; ideaba participar en aquella historia de Isabela que habían murmurado hasta los mayordomos. Isabela podía ser su ideal de mujer, aquella que no pudo ser. Martín podría ser su caballero quijotesco. En sueños se vio una vez cabalgando a lomos de un Pegaso, mientras su pareja la abrazaba. Y eso era, un sueño, solo eso. Pero Clotilde, embadurnada de regocijo por aquella pareja singular y alimentada por los vaivenes de los rumores de palacio, decidió dar un paso adelante con la última noticia oída. Dudó unos instantes antes de hablarle a Isabela.

—Ssssssss. Isabela —dijo—. ¿Sabes que estoy emparejada con el Moro? Planeamos casarnos dentro de poco. Ajuar tengo para varios años y él conoce ya a mi padre. Trabajo que me ha costado su bendición. Si todo sale bien el Santísimo será testigo en el convento de San Francisco. Conocemos un sacerdote allí que cristianó a un sobrino mío. Bien es cierto que hay que ayudar a la Santa Madre Iglesia, pero el Moro gana buenos cuartos hoy día. Que sí, que sí, que no es castizo de Madrid y que correrán voces. Pardiez, si Dios quisiera que fuéramos iguales, no le habría dado el color de la tierra. No por eso pueden impedirlo. Mi Moro es hombre de futuro y sabe hacer chorizos y quesos. Fíjate. Que en esta vida no es todo pintar, como él dice —Isabela escuchaba un tanto despistada—. Por cierto, ¿qué hay del mozo ese? Dice el Moro que lo vio con una pea de mil demonios y por mor de no asustarlo no le dijo nada más.

—¿Qué mozo? ¿Martín?

—Sí. Imagino que sí —al contrastar que Isabela le prestó atención habló con más énfasis—. No puede ser otro. Llevaba una cogorza increíble.

Sin esperar más tiempo, Isabela se apresuró a preguntar por Juan de Pareja.

—Está ahora mismo en el taller con el maestro Velázquez, en el palacio. Creo yo —contestó Clotilde con sorpresa.

—Pardiez. Esto es una luz.

Parecía que le habían puesto alas en los pies a Isabela y su rostro se encendió como una tea.

Al advertir Bautista Martínez del Mazo las prisas de la joven, supo que había algo que se le escapaba. Alguna noticia importante, pues no era normal la carrera de Isabela por el jardín de la casa de la reina. Salió tras ella con la intención de interrogarla.

E Isabela tuvo suerte. El Moro volvía con desgana de una riña con el maestro por una pintura. Su rostro lo decía todo. Cabizbajo y con el ceño fruncido, no acertó a vislumbrar a Isabela, que se acercaba a él con zancadas largas.

Era la hora de la cena, de aquella que podían disfrutar algunos. Los carruajes de grandes de España se alejaban de las zonas concéntricas. Aguadores, mendigos, otros maestros del hurto se retiraban hasta el día siguiente; un ligero olor a sopa se olía por los alrededores y canes, caballos y algunos gatos habían dejado su impronta en las rúas junto al “agua va” de vecinos acomodados luchando por competir en olor con los azahares de los naranjos. Isabela se plantó jadeando ante Juan de Pareja.

—¿Y Martín? Me han dicho que lo viste. ¿Dónde está?

—Déjame ahora. No estoy para menesteres de cosas ajenas.

—Tienes que contestarme. Por Dios y la Virgen santísima —insistió Isabela.

El Moro la agarró de la muñeca y la alejó de miradas peligrosas. Miró de soslayo a su alrededor intentando asegurarse de que nadie los veía y dijo:

—Ese mozo anda con vino hasta el sombrero. No puede apenas tenerse en pie.

Isabela puso los ojos como soles.

—¿Dónde lo viste? ¿Por qué bebe tanto? —interrogó la joven con vehemencia.

—A mi edad no tengo ganas de chascarrillos de palacio ni verbenas cojoneras. Solo te diré que bebe más que el que inventó el vino. No te puedo decir por qué porque no lo sé. Lo saqué de la posada del trianero que está junto a la alhóndiga. No hemos hablado nada ¿Entiendes?

—Sí. Perfecto. Muchas gracias a vuestra merced por la buena nueva.

Poco después de acabar la conversación, la marcha de Isabela en busca de la alhóndiga se vio interrumpida por un brazo. La agarraba ese brazo con fuerza, como si le fuera a ir la vida en ello. Miró hacia atrás. Bautista la observó con gesto seco. Quizás pensaba que podía detenerla.

—Lo sabías, ¿verdad?

Bautista tragó saliva y su rostro mudó.

—¿Qué?

—Que está vivo. Que Martín vive por ahí perdido en batallas contra el vino.

—No. No sé nada, solo sé... que murió.

La bofetada que se llevó Bautista le hizo temblar las orejas de soplillo.

—Un hombre solo vale lo que vale su palabra —aseguró Isabela—. Tú estás más muerto que Martín. Así te veo yo y así te recordaré.

E Isabela marchó rápido en busca de la taberna del trianero. Si sus pesquisas eran ciertas, estaría cerca en breve. Buscaría a Martín hasta que lo encontrase. Su corazón se desbocaba y su alma resplandecía de nuevo.

A pocas cuartas, Bautista informó a Ana de Guevara de lo ocurrido. El joven volvió a recibir otro soplamocos. Y la nodriza, encolerizada, llamó un carruaje para adelantarse a Isabela. Cruzaba una daga en su cintura. Tenía esa daga anhelo de muerte, de deseo no conseguido, de rabia acumulada durante años. Aquel mozo no podía torcerle los planes.

Capítulo 33

Martín se había recuperado ese día de la ingesta de vino para visitar el camposanto en busca de la tumba de Isabela. La posada en la que se acicalaba para salir se encontraba a un tiro de ballesta de la taberna del trianero. No recordaba nada de la borrachera, tan solo un recuerdo anieblado del personaje de tez térrea que lo sacó de allí. Se ajustó el cinto y la faltriquera, se recompuso el pantalón y el jubón y trató de enmendarse los pelos y la barba de unos días. Tendría que llegar hasta el cementerio y buscar la tumba de ella con ahínco, el suficiente para encontrarla. Y la encontraría, aunque le llevara días y noches. Las escaleras de madera podrida por las que bajó castañeaban como una gallina timorata. Y en el rellano, aceleró para pagarle al posadero los cuartos que le debía de dos noches. Trataba de hacerse el fuerte, apretaba los labios y se los mordía ligeramente mientras una ígnea palpitación bajaba y subía por su garganta. A bien que estuviera el día soleado y diáfano, podría tener algo de suerte con rapidez.

Justo en el momento en el que cruzaba entre los pesebres de caballos y dejaba atrás el olor a caballeriza, una mujer aceleró el paso hasta él después de bajarse de un carruaje. Trataba sin acierto de identificarla, de recordar dónde había visto ese rostro familiar. Y aquella señora bien vestida, que zarandeaba carnes entre joyas de buen gusto, movía sus piernas con más ímpetu del que quizás tuviera. Allí la calle era angosta. Un leve vaivén del terraplén hacía crujir los carruajes a su paso. Para enhoramala de Martín, una ligera niebla se había hecho dueña de la rúa. No dio tiempo para más, la mujer cruzó con el rostro hecho fuego y la mano derecha en la cintura. Martín, entre dudas miles, no era capaz de saber lo que ocurría. Y la señora perdió pie y fue a parar a las fauces de un carro que transitaba a buen arreo. Crujieron varios huesos, un fino hilo de sangre emanó de su boca y, amén de ser pisoteada por los equinos, la primera rueda delantera del carruaje la embistió también. Gorgoteaba palabras de odio aquella boca ensangrentada, apenas audible, marcadas por la agonía. El joven no entendía nada. Se apresuró a ayudarla sin éxito. Arrodillado frente a ella, pronto los gritos de la muchedumbre se

hicieron círculos ante el cadáver y una voz gutural en la lejanía se oyó de pronto.

—¡Anaaaaaa!

Corría un hombre joven hacia el tumulto acaecido. Se identificó como Bautista Martínez del Mazo y observó de arriba abajo a Martín. No dijo ni una sola palabra. Un ademán avinagrado de odio recorría su rostro. Perplejo y apocado, Bautista abandonó a la mujer y se volvió cabizbajo sin saber a dónde dirigirse.

Martín empezó a idear que tal vez esa mujer quería matarlo. No supo por qué hasta que reconoció su rostro. Algo le decía que había algún entuerto serio tras los lances ocurridos. Esa mujer murió agarrada a la daga que guardaba en su cintura. Tragó saliva Martín. Ojeó los alrededores. La calma tras la defunción le hizo meditar. ¿Por qué quiso asesinarle? Era la mujer que le comunicó la muerte de Isabela. Tal vez fuera mentira.

Los alguacilillos se hicieron dueños del suceso. Unos decían que la mujer estaba loca, otros que la culpa era de la niebla. Y entre perdones no concedidos, el cochero se bajó del pescante y dijo que esa mujer era conocida como la nodriza Ana de Guevara.

En ese momento Martín no sabía qué hacer. La duda le hacía temblar hasta las orejas. Se limitó durante unos instantes a emitir preguntas en silencio sin que nadie respondiera. Y trataba de sacar una conclusión sin acierto. Se quedó observando todo aquello hecho piedra, reseco de voluntad en poco tiempo. Decidió por fin caminar sin rumbo para airear ideas. Escrutó los anteojos que tenía en las manos y decidió colocárselos. A poca distancia el reguero de sangre de Ana de Guevara se hizo fulgurante. Caminaba entonces lerdo, hueco de ganas. Que la falta de fuerzas achica las decisiones es sabido por los caballeros. Mas, Martín, que tropezaba más que caminar, inhalaba aquel entorno con resignación.

Cuál fue su sorpresa al observar una figura jadeante al final de la calliza. Pudo ver un elegante vestido blanco que perfilaba su cuerpo. Se acercó poco a poco.

—¡Martín!

Y vio aquellos ojos de Isabela: oceánicos, de luz de mar, envueltos en círculos perfectos bajo pestañas de sombra propia, brillantes de día, sonoros de noche, guarnecidos con unas cejas azabaches acentuadas, que contrastan rabiosos con la aguamarina que coloreaba su mirada. Eran oasis lunares,

cantos de sirena, tormenta de agosto, hechizante flor sin pétalos, agua que se desliza entre el agua.

Sean vuestras mercedes que de esta historia se habló durante largo tiempo. Martín e Isabela se casaron y tuvieron ocho hijos, dos varones de nombres Ricardo y Luciano y seis hembras preciosas como joyas, orgullo de sus padres. Es de fuerza decir que el conde-duque de Olivares desistió de su cargo, amén de Gómez de Alcántara, que al irse a tierras francesas con él murió de la peste. No hubo más rumores de palacio que el idilio entre Martín e Isabela. Ricky Hawkins no llegó a ser pirata conocido, pero sí surcó mares y océanos deshaciendo doncellas. Luciano María Manni se estableció en Italia sin éxito con los anteojos, pero mucho con una bella dama de nombre Priscilla. Y tuvo once hijos, algunos medio tarados como su padre. Poco después de los sucesos acaecidos en la corte, Fernando Melgarejo, Barrabás, fue asesinado en un duelo de espada. Dicen las lenguas que a traición, tanta como el caballero profesaba. El príncipe Carlos I de Inglaterra fue ajusticiado, quizás por sus caprichos. Y Bautista Martínez del Mazo, que nunca llegó a ser un reconocido pintor, malvivió al lado de Francisca, la hija de Velázquez, durante toda su vida.

Miren vuestras mercedes a su alrededor, quizás haya una Isabela esperándoles. Y piensen las damas que un Martín en sus vidas crea muchos sueños. Que la vida es un sueño, que cualquier soplo o chispa puede encenderlo. ¿Por qué no? Quizás en lo aparentemente insignificante reside la belleza de la vida. Sueñen y sigan soñando.

La paz sea con vuestras mercedes.

AGRADECIMIENTOS

En general, a toda persona que me conoce. A toda mi familia. A mi señora Mara, a la que tengo en alta estima. A todos aquellos que otras veces han estado ausentes de estas páginas. A los lectores: los nuevos, los de siempre, a los habituales. A aquellos que nos dejaron, a todos los amantes de la ciudad de Sevilla y su historia. A todos los que siguen confiando en mí y a todos a los que espero llegar por primera vez.

Queda dicho también que cualquier error de cualquier tipo es absolutamente mío y solo mío y pido disculpas por ello.

GLOSARIO:

ACHICAR: Esconder.

AGRAZ: Que se está avecinando.

AHECHAR: Arrojar.

AHIGADADO: Gente de hígados. Enérgicos.

AHUECAMIENTO: Huecos.

ALDAFINA: Olla que los judíos preparan la noche del viernes y cubren con brasas para comerla el sábado.

ALHEÑA: Polvo que se obtiene del arbusto aligustre, cogido en primavera y secado al aire libre.

ANDORGA: Vientre, barriga.

ARTEJOS: Nudillos de las manos.

APERGAMINADO: Delgado, enjuto.

AQUILINO: Relativo a la nariz aguileña.

ARDITE: Moneda de Castilla de poco valor.

ARPADO: Que ha hecho un movimiento rítmico o cadencioso.

ARRAPIEZO: Muchacho joven.

ARRECHUCHO: Voz vehemente.

AVENTARSE: Irse, desaparecer.

AVINAGRADO: Malhumorado.

AVIVAR: Hacer.

AZOGAR: Agitar, zarandear.

BADOQUE: Resma o carta sellada.

BALDRAGAS: Torpe, grueso.

BALEADO: Relativo a la bala. Mover algo muy rápido.

BARBIÁN: Atrevido, gallardo.

BARBIESPESO: Persona de barba densa.

BARBILINDO: Galancete y bien parecido.

BARRUNTO: Presentimiento o sospecha de que algo va a suceder.

BASQUIÑA: Especie de falda de los siglos XV, XVI y XVII.

BEDERRE: Verdugo.

BEFA: Burla, mofa.

BISBISEO: Murmullo bajo.

BIZARRO: Valiente.
BOQUIRRUBIO: Inexperto, candoroso.
BOSQUEJAR: Esbozar, diseñar.
BRAGADO: Resuelto, firme.
BREGA: Riña.
BRÍO: Energía.
BRUHADORES: Ladrones que aprovechaban los ruidos fuertes para hurtar.
CACHAZA: Temple, calma.
CALLIZA: Calle.
CARPANTA: Hambre.
CETRINO: Color amarillo verdoso.
CHURRUSCO: Pan demasiado tostado.
CINGLAR: Remar.
COLLACIÓN: Barrio.
CONCHABANZA: Acomodación conveniente de una persona.
COPADO: Lleno, pleno.
CRISTIANAR: Bautizar.
COTARRERA: Prostituta.
CURRUSCO: Pan
DELACIÓN: Acusación, denuncia, vileza.
DESJARRETADO: Que se ha quedado sin fuerzas.
EMBARRO: Problema.
EMBOZO: Máscara. Disimulo para decir algo.
EMPELLAR: Cubrir de algo una cosa.
ENDOMINGADO: Emperifollado.
ENVILECER: Degradar, enlodar.
ESPIGAR: Erguirse.
ESTARIBELES: Cárceles.
ESTOFA: Condición de la persona.
FALTÓN: Provocador.
FALTRIQUERA: Bolsillo atado a la cintura.
FÁMULO: Criado doméstico, por lo general de algún sacerdote.
FARDELES: Saco o talega de los caminantes.
FERRERUELO: Capa pequeña.
FIERABRÁS: Persona fanfarrona.
FILOSO: Arma pequeña afilada.

FISGÓN: Aficionado a husmear en asuntos ajenos.
FLEMA: Calma, lentitud.
GALOPINES: Pícaros sin vergüenza ni educación.
GALLEO: Riña, pelea.
GALLOFAS: Rumores.
GRANEADO: Salpicado.
GUARDACANTÓN: Cubierta de una esquina.
HABLILLAS: Rumores.
HATILLO: Conjunto de enseres envueltos en un paño.
HERRUMBROSO: De color amarillo rojizo.
HIPAR: Soltar hipos.
HORCOS: Horcas de ajos.
INQUINA: Mala voluntad.
JACARANDINA: Jácaras cortas y breves.
JÁCARAS: Romance alegre escrito con la lengua de los pícaros y rufianes.
JACOS: Caballos de escaso valor.
JAEZ: Condición de la persona.
JÍCARA: Taza pequeña. Se usaba preferentemente para tomar chocolate.
JOFAINA: Palangana.
JUBÓN: Camisa que cubría de los hombros hasta la cintura.
JURADO: Oficial de orden.
LAR: Plaza, lugar.
LECHUGUINO: Persona demasiado arreglada y presumida.
LIBREAS: Uniforme de mayordomos.
LIGAZÓN: Enlace, ligadura.
MACILENTO: Demacrado. Pálido.
MAGRO: Flaco.
MAITINES: Primera hora canónica, antes del amanecer.
MAMELLAS: Mamas.
MANCEBÍA: Casa de prostitución.
MANDÓN: Jefe, cabecilla.
MATACHIN: Camorrista.
MATASIETE: Matachín atrevido.
MAZAMORRA: Sopa avejentada propia de la navegación.
MENDA: Persona indeterminada.
MODORRO: Vasija de barro para almacenar o llevar vino.

MOJÁBANA: Torta de harina con queso de origen árabe.
MOLICIE: Comodidad o regalo excesivos.
MURCIOS: Ladrones.
PAZGUATO: Persona simple.
PEINABOLSAS: Ladronzuelo.
PERDONAVIDAS: Persona déspota que presume de valiente sin serlo.
PICHEL: Vaso o copa pequeña.
PIMPLAR: Beber.
PINCHAUVAS: Pillo que en los mercados comía la granuja pinchándola con un alfiler.
PINGAJOSO: Despreciable.
PISAVERDES: Presumidos, ociosos.
PITANZAS: Vitualla, comida.
PITUSO: Niño gracioso o lindo.
PRÓCER: Persona respetable y elevada.
PROSAPIA: Ascendencia. Linaje.
RÁBIDO: Que tiene rabia, enfado considerable.
RALEA: Condición de una persona.
REBOZO: Simulación, pretexto, excusa.
RECATO: Cautela, reserva.
RESMA: Carta.
RESOL: Calorina parecida a la emitida por el sol.
REZUMO: Manifestar algo en grado sumo.
REZONGAR: Gruñir, refunfuñar.
RINGAR: Vencer, doblar.
ROLLIZO: Grueso.
RONZAR: Hacer ruido al masticar un alimento quebradizo.
ROPAVEJERO: Persona que vende ropa usada o vieja.
ROPÓN: Prenda de vestir larga y suelta.
RUSIENTE: Que se vuelve rojizo, como norma general por el calor.
SAÑUDO: Que tiene saña, fuerza, energía.
SAPIDEZ: Sabor.
SATURNINO: Triste y taciturno.
SINHUESO: Referencia a la lengua.
SONICHE: Silencio.
SOPLAMOCOS: Bofetada.

SORNA: Tono irónico. Dícese también del relente matutino.

TAHALÍ: Pieza de cuero desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura que sostiene la espada o puñal.

TAIMADO: Astuto, ladino.

TAPABOCA: Orden de silencio.

TARDO: Lento.

TONSURA: Coronilla afeitada propia de la casta sacerdotal.

TRABAZÓN: Obstáculo.

TRANCADA: Paso largo.

TRAPÍO: Aire garboso.

TROTACALLES: Callejero.

TUL: Tejido transparente.

TURBACIÓN: Tumulto.

TURBAMULTA: Multitud confusa.

TUSONA: Prostituta.

VELLÓN: Aleación de plata y cobre para el labrado de moneda.

VILLANÍA: Expresión indecente o grosera.

ZAMPOÑA: Algo insustancial.

ZARANDAJA: Cosa o asunto insignificante.